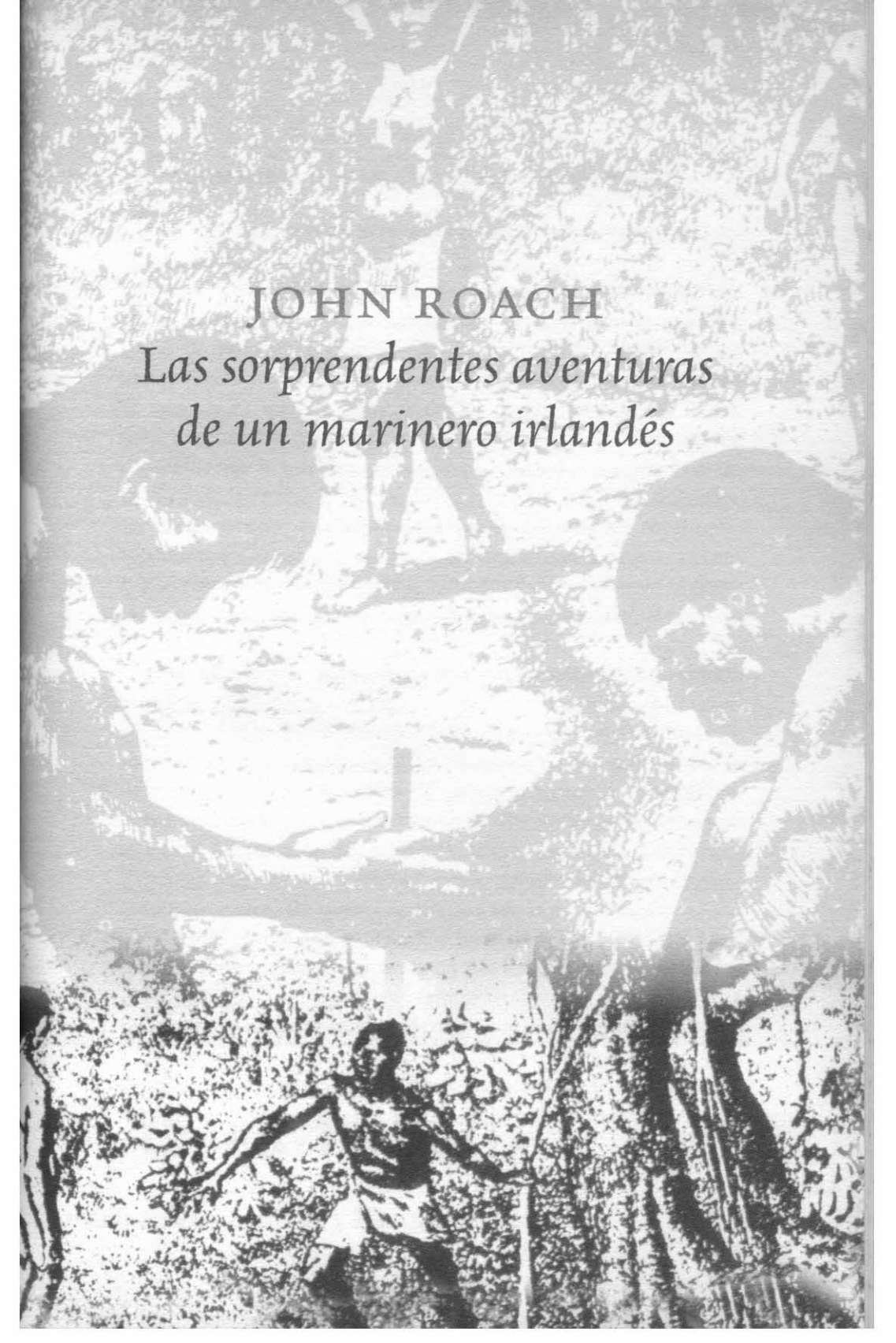




JOHN ROACH

*Las sorprendentes aventuras
de un marinero irlandés*

COMENTARIO A LA CRÓNICA DE JOHN ROACH

En 1784 apareció en Whitehaven, pequeño puerto inglés junto al canal de Irlanda, una insólita publicación escrita por un marinero, de nombre John Roach, que anduvo rodando fortuna por el Caribe. En ella el autor describe su largo cautiverio en las selvas de Nicaragua, cuando fue apresado y esclavizado por los indios Ulwas y Kukras que vivían junto a la laguna de Bluefields.

Habiendo logrado escapar de sus captores indígenas Roach fue nuevamente apresado en Matagalpa, por las autoridades españolas que lo tomaron como espía inglés, en una época cuando las rivalidades entre España e Inglaterra parecían irreconciliables. En consecuencia, fue remitido a varias cárceles de Nicaragua, Honduras y Guatemala, antes de ser desterrado a cadena perpetua. Embarcado con tal destino rumbo a España, obtuvo la libertad a su paso por Cuba, donde el gobernador español, al tomarlo a su servicio, comprobó su inocencia.

De regreso a su patria, después de once años de infortunada ausencia, publicó sus memorias en un librito que tituló *The Surprising Adventures of John Roach*, ("Las Sorprendentes Aventuras de John Roach"). La publicación fue motivada, según parece, por la necesidad que tuvo el autor de ganar el sustento, después de haber vivido una penosa aventura a la intemperie en las selvas de la Costa Atlántica de Nicaragua y sufrido encierro en húmedas y oscuras mazmorras españolas, que lo dejaron tullido e incapacitado para ejercer de nuevo su antiguo oficio de marinero.

Aparentemente la publicación tuvo cierto éxito, pues Roach preparó de inmediato una segunda edición "aumentada y corregida"; advirtió a otros impresores que se abstuvieran de plagiar la obra porque serían demandados por "piratería" literaria.

El marinero abre la historia recordando su iniciación en la vida del mar como aprendiz en los barcos que traficaban carbón entre Inglaterra e Irlanda. En más de una ocasión quedó expuesto a la zozobra sobre las tormentosas aguas del Mar del Norte, sobrevi-

viendo -según afirma- gracias a la intersección de la Divina Providencia, a la cual fervorosamente invoca a lo largo de la narración como la protectora que lo sacó avante de todos los peligros que tuvo que arrostrar en su aventurada vida.

Por un tiempo Roach anduvo embarcado en el mercado de esclavos de Guinea, o comerciando madera de tinte en la costa de Honduras. En 1770, cuando tenía 22 años, fue contratado por un capitán que condujo el barco a Nombre de Dios (Panamá), con la aparente intención de intercambiar con los pobladores del lugar cierta ropa y utensilios por ganado; pero una vez que las bestias estuvieron a bordo el inescrupuloso capitán, en vez de cumplir con su parte, escapó con el botín ante los atónitos ojos de los engañados.

Después que dejaron Nombre de Dios navegaron unas cincuenta leguas hacia el oeste, pero como tenían necesidad de leña anclaron en una gran bahía cerca de la boca de un río. Aunque Roach no identifica el nombre del lugar, la distancia y ambientación geográfica que menciona corresponden a las de la bahía de Bluefields, donde desemboca el río Escondido.

Estando en la faena de cortar leña, fue rodeado y capturado por una horda de indios salvajes. Estos formaban parte de un grupo familiar de indios Woollaways (Woolwas o Ulwas), quienes lo desnudaron, pintarrajearon y esclavizaron, cargando sobre sus hombros las piezas de cacería que los indios obtenían usando con gran certeza rústicos arcos y flechas.

El grupo estaba integrado por unos cincuenta hombres y doble número de mujeres y niños. No tenía residencia fija; vagaba diariamente por la extensa selva, ejercitando la cacería para asegurar el sustento cotidiano. Los indígenas se movían diariamente de un sitio a otro buscando los mejores lugares para la caza; no se atrevían a construir habitaciones permanentes para no llamar la atención de sus enemigos, especialmente los Miskitos del litoral, que a menudo realizaban incursiones al interior de la selva, remontando los ríos en largas canoas, para capturarlos con armas de fuego y venderlos como esclavos a los comerciantes de Jamaica.

La cacería entre los indios se ejercía sin descanso a lo largo del día. Roach tuvo que soportar aquellas caminatas que realizó descalzo, semidesnudo, siempre a la zaga de los cazadores indios, cargando las piezas cobradas y abriéndose paso entre un espeso bosque, con la piel rasgaba y lacerada la planta de los pies. Al anochecer los indios acampaban debajo de un gran árbol, encendían una fogata y asaban la carne de monte en barbacoa. Era la única comida del día, o mejor dicho hartazgo, que devoraban con salvaje apetito. Carecían de sal y el agua era la principal bebida. Algunas veces las mujeres envolvían plátanos en hojas hasta que se tornaban rancios; luego los majaban y mezclaban con agua, elaborando así una bebida intoxicante.

La cacería era una actividad diurna incesante. Admiraba el prisionero inglés la energía extraordinaria que los indios manifestaban en ella, pues no paraban sino hasta impedirla la noche. Roach menciona al respecto: "El jefe toma siempre la delantera, seguido por un tren de arqueros, con las mujeres y niños en la retaguardia. Marcha adelante de sus compañeros, husmeando el aire alrededor, y les señala en la dirección donde los animales se encuentran; también busca los rastros como las mejores pistas para perseguirlos. Cuando los indios dan con la huella de cualquier bestia no hay forma de hacerlos regresar, no importando las espinas y otros obstáculos que encuentran en el rumbo. En ese caso el jefe se va de cabeza contra el matorral en forma tenaz, abriéndose paso a como de lugar para que lo sigan los arqueros. La brecha se amplía cuando toca el turno a las mujeres, que cargan niños, animales capturados o los utensilios de la tribu."

Los miembros de este grupo fueron descritos por Roach como de regular estatura, bien proporcionada, robusta y fuerte. El pelo lacio, largo y negro, les cae sobre los hombros; el cutis es de color cobrizo aunque lo pintaban cada mañana con hollín y achiote. Con el tinte tatuaron una marca indeleble en el brazo del prisionero como signo de posesión.

La cabeza de estos indios estaba artificiosamente deformada,

con el cráneo abultado hacia atrás. Los indígenas consideraban esta deformación como algo bello y se esmeraban en provocarla en los niños desde el momento en que nacían. Para lograrlo utilizaban un par de tablitas que aplicaban contra el cráneo del recién nacido, atadas fuertemente con cuerdas de henequén, acercándolas en la medida que la frente se aplastaba. La deformación quedaba completa para la época en que el niño solía caminar. Los Miskitos apodaban *Laltantas* a los Sumus, palabra que significa "cabeza chatas."

Cubrían el pudor con una pequeña pieza hecha de la corteza que llaman polpro (tuno). Una vez que la separan del árbol la secan y aporrean hasta darle la consistencia de tela; luego la enrollan en torno a la cintura, dejando caer los extremos hacia delante y atrás para cubrir las partes pudendas.

Los modales de los indios eran graves y solemnes, sin asomo de júbilo y tan parcos en la conversación que con frecuencia viajan juntos por varias horas sin cruzar palabra. El éxito para localizar la caza exigía silencio y atención. Los indígenas no practicaban ritos matrimoniales, pero el muchacho de mayor edad solía tomar a la muchacha también mayor, unión que se establecía entre los doce y los catorce años. La mujer no sufre durante el parto, que realiza sentada en el suelo, sin dolor ni peligro. La recién parida salta al agua y nada por largo tiempo, mientras sus compañeras lavan al bebé. Cuando la madre termina con su ablución se une al resto de la compañía como si nada hubiese sucedido; lleva al niño amarrado a la cadera, modo como cargan siempre a los tiernos, hasta que puedan caminar por si solos.

Los indígenas padecían de pocas enfermedades a las que curaban con las hierbas del bosque. A la muerte de un miembro el resto de la tribu excavaba un hoyo, donde depositaba el cadáver sin exhibir ninguna ceremonia, o expresar el menor signo de duelo. Tampoco realizaban actos religiosos, salvo por cierto rito chamanístico que el *sukia* o hechicero ejecutaba todas las mañanas con unas varas plantadas en el suelo para determinar el rum-

bo a seguir en la búsqueda de las presas del día.

Después de un tiempo como prisionero de los Ulwas, fraguó Roach el plan para escapar de sus dominios, cansado de servirles como esclavo. La ocasión se presentó una noche cuando los indios decidieron celebrar un gran banquete para aprovechar la abundante cacería que habían obtenido durante el día. La cena fue opípara, acompañada con copiosa libación de chicha de plátano. Toda la tribu, hombres y mujeres, quedaron fuertemente intoxicados y profundamente dormidos.

Roach escapó, sobreviviendo en los siguientes días con los frutos que encontró en la selva; pero no tardó en caer en manos de los Buckerás o Kuckerás (Kukras), otro de los grupos de la estirpe sumu.

Los miembros de esta segunda tribu, según Roach, eran de buenas proporciones, excesivamente livianos y activos a pesar de ser robustos. Sumaban un poco más de quinientas personas. En sus prácticas diarias estos indígenas eran similares a los Ulwas, de los que se diferenciaban únicamente por la forma de decorar el cuerpo. Tenían la nariz plana. Los varones llevaban el tabique nasal perforado por un palito en cuyos extremos venían amarradas unas plumas de lora. También horadaban el labio inferior para colgar de él un pequeño pendiente de madera en forma de pez. Las mujeres lucían un arete de madera suspendido por una fibra del tabique nasal. Tales ornamentos—dicho sea de paso—habían sido observados un siglo antes por el pirata Dampier, entre los indios salvajes que vivían junto a la laguna de Bluefields.

Una de las costumbres más interesantes observada por Roach, descrita con todos los pormenores, era una especie de competencia practicada por los varios grupos selváticos. Se realizaba según parece con el fin de determinar la capacidad de los varones para resistir y soportar cierto tipo de castigo brutal, especie de torneo sangriento, que ponía a prueba su fortaleza. Se trataba de un ejercicio ocasional, bárbaro, que depuraba a los débiles y cobardes, asegurando así la supervivencia de la tribu como grupo fuerte.

Dicho sea de paso que siglo y medio después de Roach, el etnógrafo Eduard Conzemius encontró que esta tradición—llamada por los Sumus *Asang Lauwana*, "el canto de la montaña"—era practicada por los indígenas, aunque de manera un poco más humanizada. Tenía mas bien sentido de ejercicio iniciático entre los jóvenes aspirantes a adultos, que de supervivencia selectiva de los más fuertes. En estos "juegos olímpicos," realizados en un lugar secreto en medio de la selva, los jóvenes soportaban estoicamente los golpes que le propinaban otros competidores. Aquellos que pasaban el "examen," según Conzemius, adquirirían derecho al estado marital, que los incorporaba de lleno a la tribu como miembros hábiles y útiles.

Después de diez meses de cautiverio entre los Kukras, Roach logró escapar de la selva. Luego de haber vagado por varios días, cayó por tercera vez prisionero, en manos de los Asserwasses (¿Asanguases?). Esta gente era vecina a la frontera de los españoles, con quienes tenían comercio; vivían en ranchos, cultivaban maíz y preparaban tortillas. Aunque su comportamiento era más humano, Roach no tardó en escapar nuevamente. Esta vez salió a un amplio llano donde los españoles tenían haciendas de ganado. Fue recibido por un capitán indio, que hablaba inglés por haber residido un tiempo en Jamaica. Ahora gozaba de la confianza de los españoles como "guardián de la frontera." El lugar y el personaje permiten deducir que Roach había alcanzado el llano de Olama, siendo huésped del cacique Yarrince.

El cacique le aconsejó que se presentara ante las autoridades españolas que residían en Matagalpa, les contara las desventuras y solicitara su apoyo. El consejo no dio los resultados esperados porque los españoles incrédulos, además de no entender el idioma inglés, tomaron a Roach como espía, lo encarcelaron y enviaron a Granada escoltado.

Pasando de las brazas a las llamas vivió Roach los siguientes años en sucesivos calabozos de Nicaragua, Honduras y Guatemala en espera de una sentencia. Ésta al fin llegó con una orden

condenatoria para ser remitido a España donde sería recluido a cadena perpetua. Sin embargo, en el viaje que lo conducía a una prisión definitiva, enfermó de tal manera que fue necesario internarlo de paso en un hospicio de La Habana. Una vez sanado entró como traductor al servicio del gobernador de la isla, quien compensó sus oficios dejándolo en libertad, al igual que a otros prisioneros ingleses que fueron indultados con motivo del ascenso al trono de un nuevo rey español.

Con el apoyo de algunos amigos financió su pasaje a Jamaica y de ahí partió a Inglaterra, arribando a su pueblo natal después de trece años de ausencia y sufrimientos.

Como epílogo valga decir que esta historia, llena de dramáticas aventuras, tiene el mérito de haber sido la primera que dió a conocer las costumbres de los grupos Sumus o Mayagnas que vivían tierra adentro de la Costa Mosquitia en el siglo XVIII. Las observaciones pioneras de Roach, así como los escenarios geográficos donde tuvieron lugar, eran antes poco conocidos por los etnógrafos interesados en las culturas selváticas de los indígenas de la América Central, así como entre los lectores de habla hispana. Una antigua copia de esta narración se guarda entre los libros raros de la Biblioteca del Congreso, en Washington, D.C.

Después de la publicación de su interesante aventura, no se supo más de la vida de John Roach en Inglaterra. También desconocemos si en la actualidad sobreviven los descendientes de sus antiguos captores entre los ríos Sikia y Kurinwás, donde las selvas de Wapí y Wawashán han sido abatidas en recientes años por la colonización agropecuaria que avanza desde Chontales. Ya no quedan los bosques, seguramente tampoco los indios.

XIV

El marinero extraviado en la Costa Caribe de Nicaragua, esclavo de los Indios y prisionero de los Españoles

1770-1783

*Que contiene un relato genuino de su tratamiento cruel
durante un largo cautiverio entre indios salvajes y su prisión
por los españoles en Suramérica. Con su milagrosa
preservación y liberación por la Divina Providencia; y retorno
feliz al lugar de su nacimiento después de pasar trece años
entre enemigos inhumanos*

Capítulo I

*De su nacimiento, parentesco y obligación al mar,
con varios viajes a diferentes partes del mundo;
y sobre un daño singular hecho a los españoles*

Nací en Whitehaven en el condado de Cumberland, en el año 1748, de padres honestos aunque no ricos. A la edad de once años, sintiendo inclinación por los viajes marinos, me fui de aprendiz por seis años en el Leviathan, comandado por John Steele de Workington. Navegué con todo éxito por unos tres años, durante los cuales viajamos entre Whitehaven y Dublín en el comercio del carbón. En la noche del 4 de diciembre de 1762, navegando con rumbo a Dublín, fuimos sorprendidos por una violenta tormenta de viento y nieve que parecía amenazarnos con la muerte inmediata, pues el barco comenzó de pronto a hacer agua en exceso, al extremo que encontramos casi imposible mantenerlo a flote. Siendo la noche muy oscura fue difícil saber en qué parte del canal nos encontrábamos y cuál curso seguir

para salvarnos. No obstante que el barco se hundía logramos soltar el bote. Todos le echamos mano deseando conservar la vida como fuera posible, aunque nadie tenía la menor idea para donde íbamos, salvo que seríamos tragados rápidamente por el tempestuoso abismo. Pero las bondades de la divina providencia sobrepasaron grandemente nuestras esperanzas, pues apenas habíamos estado hora y media en el bote cuando arrimamos salvos a la bahía de Dundalk, en Irlanda, donde nos socorrieron con amabilidad y obtuvimos de inmediato pasajes para Whitehaven.

Después de este desastre me enrolé en el Heart of Oak del capitán Fawkin, de Workington, para completar el entrenamiento. Durante la última parte de mi servicio como aprendiz transporté carbón de Workington a Dublín y Corke. Terminado mi deber, cansado de comerciar constantemente entre esos lugares y ansioso de conocer el mundo, me embarqué hacia Petersburg, en el Hawk de Workington, comandado por Michael Fawkin, hermano de mi capitán anterior. Completado el viaje en cuatro meses regresé al negocio del carbón, en el que me mantuve por medio año aproximadamente. Luego embarqué en el Pearl, del capitán Fisher, rumbo a Noruega y regresé a Workington después de un placentero viaje de tres meses.

Aunque mi mente estaba todavía ansiosa por escenarios extraños, nuevamente ingresé en el comercio del carbón, pero después de tres meses decidí engancharme en una goleta francesa que iba primero a Waterford y luego a Dunkirk. Por lo tanto me embarqué en ella, pero no habíamos navegado mucho cuando nos sorprendió una violenta tormenta de viento por el oeste, que obligó a buscar el primer puerto que nos ofreciera seguridad. Enrumbamos pues en dirección a Bolbrigen en Irlanda, pero entrando en el puerto el barco fue lanzado a la costa sufriendo una gran avería, aunque la tripulación estuvo toda a salvo felizmente.

Después de esta mala suerte marché por tierra a Dublín y, persistiendo en la decisión de satisfacer mi curiosidad por paisajes

lejanos, me embarqué de inmediato para Jamaica a bordo del Earl of Chatham, de Londres, con el capitán Arthur. En siete semanas arribamos al lugar de nuestro destino salvos y sanos. Allí dejamos un cargamento de provisiones y tomamos otro que consistía principalmente en azúcar y ron consignado a Londres, a donde llegamos después de un viaje severo de nueve semanas.

Poco después de mi arribo fui enrolado por el capitán Tobias Collins para regresar a casa en el Columbine, un barco nuevo que había comprado en Londres últimamente. Arribamos a Whitehaven después de un placentero viaje de veinticuatro horas.

Otra vez volví a comerciar carbón en Workington, pero luego de seis meses me llegué a cansar por completo del negocio y resolví nuevamente visitar el extranjero. Estando entonces en Corke y no encontrando allí barco que me satisficiera decidí tomar un pasaje de aventura para Bristol en un bergantín de cabotaje local, arribando sin contratiempo al deseado lugar el 4 de julio de 1769. Luego trasbordé al Jane de Bristol, del capitán Clarke, que hacía comercio de esclavos en la costa de Guinea. Una vez en dicha costa tomamos 500 negros con los cuales procedimos hasta Jamaica, a donde llegamos en el siguiente diciembre.

Aquí dejé el barco y entré al servicio de una goleta, comandada por un criollo llamado Peter Richardson, rumbo a Ratán en busca de tortugas.¹ Por consiguiente dejamos Montego Bay en enero de 1770 y en cinco días arribamos al lugar de nuestro destino, donde capturamos unas noventas tortugas en el espacio de un mes. Luego salimos para Jamaica, pero después de algunos días en el mar, con poco viento y una fuerte corriente, fuimos empujados hacia el golfo de Florida y obligados a botar ancla en el río Mississippi.² Allí permanecemos unos cinco días antes de hacernos al mar de nuevo, hasta alcanzar Montego Bay después de nueve días de viaje seguro. Más tarde navegamos a

¹ La isla de Roatán junto a la costa norte de la presente Honduras.

² En el Golfo de México.

la bahía de Honduras, por madera de tinte y caoba, en el bergantín Nancy del capitán Ferguson. Terminado el viaje regresamos a Jamaica en marzo de 1770.

El Capitán Woodhouse de la goleta Betsy me contrató a continuación para ir a la bahía de Honduras. Salimos de Jamaica el 20 de marzo, enteramente convencidos que la bahía era nuestro destino, pero entonces el capitán nos reveló su intención de dirigirse al istmo de Darién en busca de mulas y vacas. Alrededor del 10 de abril anclamos un poco al oeste de Nombre de Dios. El capitán despachó a la costa a un mensajero negro que hablaba la lengua española, para avisar a los habitantes su deseo de comprar unas pocas mulas y vacas, las cuales pagaría con algunas cuantas telas que traía, además de sábanas, utensilios metálicos y cuchillos.

Tan pronto como los habitantes recibieron la propuesta trajeron a la costa unas treinta mulas y cuarenta cabezas de ganado, que llevamos a bordo tan rápido como fue posible. Los españoles fueron invitados a bordo de la goleta para recibir a su gusto los artículos del intercambio; pero antes que regresaran a tierra el capitán nos ordenó que los capturásemos por la fuerza de las armas y pusiésemos en la playa, lo cual ejecutamos al pie de la letra. Luego levamos anclas, dejando a la pobre gente ofendida, lamentando las pérdidas y su mala suerte, lanzando imprecaciones contra los comerciantes ingleses por el daño péfido que les hicimos.

Tales prácticas ilícitas han causado dificultades a muchas personas de estas partes, quienes podrían realizar negocio honesto y obtener buenas ganancias si trataran con la gente de una manera decente; pero los naturales después de sufrir tales experiencias y tras las muchas ofensas que han recibido no volverán a confiar en los ingleses por ninguna razón, lo cual representa una grave inconveniencia para el comerciante industrioso y justo. No obstante, a nuestro tramposo capitán no le importó el bienestar de aquellos que podrían venir detrás, mas bien se vanaglorió de su gran logro y de las ganancias que posiblemente obtendría con tal acción.

Capítulo II

Desembarco en Sur América para cortar leña; su cautiverio por una tribu de indios errantes; lamentable condición, humilde esclavitud y tratamiento bárbaro entre ellos; su condición de nómadas; situación y productos del bosque donde habitan; de sus enemigos vecinos que los molestan; con particular descripción de sus personas y las varias peculiaridades de su vida

Después de dejar Nombre de Dios navegamos unas cincuenta leguas hacia el oeste, pero teniendo gran necesidad de leña anclamos en una gran bahía cerca de la boca de un río para obtenerla.³ Fui ordenado de inmediato bajar a tierra con cinco negros portando machetes y otros implementos para cortar leña. Por lo tanto desembarcamos, pero no habíamos avanzado mucho de la orilla cuando mi sorpresa fue grande al ver a los negros emprender súbitamente una carrera apresurada hacia los botes. De repente, para mi asombro, me vi envuelto en la mayor confusión, cuando volteándome para conocer la causa de la estampida me encontré con una partida de indios indómitos que venían hacia mí. Estaba muy cerca de ellos para pensar en una retirada, pues si la hubiese intentado me exponía a una lluvia de flechas fatales que probablemente habrían sellado mi destino en ese instante.

Los indios me capturaron y despojaron de inmediato de toda la ropa, reduciéndome en pocos segundos a un desnudo perfecto. No manifestaron el menor deseo de conservar la vestimenta, sino que la deshicieron en pedazos furiosamente y la botaron con gran escarnio y burla, sin al menos examinarla o buscar en ella alguna curiosidad. Tan pronto como quedé desvestido formaron un círculo poniéndome en medio para examinar mi piel uno tras otro y parecían muy sorprendidos de su color. Después compararon las diversas partes de mi cuerpo con las

³ La bahía de Bluefields donde desemboca el río Escondido.

suyas, hasta que su curiosidad quedó completamente satisfecha. Luego se apresuraron a internarme en la selva vecina y me cargaron con piezas de los diversos animales que habían cazado, con las que fui obligado a viajar hasta el anochecer, cuando ya estaba a punto de desfallecer de hambre, sed y fatiga.

Cuando la noche caía, el comandante o jefe de la tribu salvaje dio orden de acampar debajo de un gran árbol. Fui obligado a recoger leña para hacer una fogata; limpiaron las piezas cobradas y las prepararon para el asado. Después hicieron un fuego grande, construyeron la barbacoa encima y extendieron las piezas. El grupo se agolpaba alrededor, impaciente por disfrutar de lo que se estaba cocinando. Acicateados por un hambre feroz cortaban la carne en el mismo fuego con desesperación, antes que estuviera asada completamente, engulléndola a cuál más voraces y en sorprendente cantidad, sin que permitieran que yo la probara sino hasta que dieron solaz a su irrefrenable apetito.

Después del hartazgo procedieron con diversiones absurdas y ridículas, que consistían en la ejecución de gestos grotescos, saltando, rodando y riendo a mandíbula batiente, de modo que podía verles claramente el techo de la boca y el arranque de la lengua. Luego torcieron los ojos como para asustar, moviéndolos con rapidez en todas las direcciones, abriéndolos y cerrándolos entre torvas miradas y con tales ceños en formas y expresiones que las muecas les daban una horrible apariencia. Concluyeron su ridícula diversión con gritos y alaridos en una manera verdaderamente espantable. El jefe me ordenó imitar algunos de los gestos absurdos, que desde luego intenté, pero no logré ejecutarlos a su gusto. Una vez terminada la diversión, la entera tribu se echó en el suelo alrededor de la hoguera para dormir.

Amable Lector: me faltan las palabras para dar una idea sobre mi infeliz condición en esta crítica coyuntura, estando totalmente separado de toda sociedad cristiana y rodeado en las silenciosas horas de la noche por una compañía de temibles salvajes, que el sólo pensar en ellos siembra el terror en mi tembloroso corazón. Estaba casi reducido al deplorable estado de poner un

final a mi miserable existencia, pero el Dios que me creó me previno milagrosamente de perpetrar semejante crimen horrible. En su misericordia me hizo considerar seriamente la imperdonable ofensa que le haría, pues yo estaba compuesto no solamente de un cuerpo mortal sino también de un alma inmortal, que debe existir por toda la eternidad para felicidad o para condenación; me hizo sentir que un suicidio voluntario me hubiese deparado el último destino tan temible. Por lo tanto, imploré con la mayor ansiedad al Altísimo por mi preservación y libertad. Tuve la consolación de estar seguro que mi omnipotente Creador me conservaría con su gracia y que a su debido tiempo encontraría una oportunidad conveniente para efectuar mi fuga. Pero ésta no la lograría con éxito de inmediato, porque el territorio que nos rodeaba era una selva continua e impenetrable, que hacía del intento una acción totalmente impráctica.

Varias ideas sobre la suerte incierta me mantuvieron despierto hasta el amanecer, hora en que nuestro jefe, (así deberé llamarle en adelante), nos levantó del duro lecho. Entonces supe que mi principal tarea sería la de seguir los pasos ambulantes de la tropa miserable y llevar sobre mis espaldas desnudas las desafortunadas víctimas de sus flechas. Así cargado me hicieron caminar a menudo, al extremo de caer bajo el pesado fardo y, cada vez que tropezaba o caía accidentalmente, un indio tras otro me golpeaban inmisericordes con sus arcos hasta que me incorporara. Tales acciones, junto con las heridas que recibí de las espinas y varejones, (que penetraron muy profundo en mis carnes, cuando caminaba en medio del bosque) tornaron mi situación en algo verdaderamente deplorable.

El trato al que fui sometido, el cambio de dieta y la constante exposición a la inclemencia del tiempo, (que en esa época era muy lluvioso y tormentoso), pronto me produjo un violento flujo, que continuó hasta reducirme a la consistencia de un esqueleto que parecía ir en camino hacia la eterna morada. Aunque nuestro jefe era muy buen curandero, siempre dispuesto actuar como doctor entre los de su tribu, parecía sin embargo no tomar

nota de mi desvencijada condición, hasta que se dio cuenta que mi existencia concluiría probablemente en unos pocos días más. Interesado entonces en conservar mi vida para futuros servicios a la tribu, me administró polvos de plátano con tales virtudes curativas que en corto tiempo me restauraron en perfecta salud.

Estos Indios son llamados Woolaways, o tribu de las cabezas chatas.⁴ La componían un efectivo de cincuenta hombres y doble número de mujeres y niños. No tenían lugar fijo de asentamiento o residencia, sino que vagaban diariamente por el extenso bosque, donde viven cazando diferentes criaturas para su sustento. Parece que confinaban sus andanzas dentro de un espacio de cinco o seis días de viaje, regresando con frecuencia a unos ciertos y pocos lugares que les eran familiares, ya sea por suplirles con buena agua, convenientes dormitorios, o algo así. No se atrevían a construir habitaciones o asentarse en un determinado lugar para no llamar la atención ni dar oportunidad a sus enemigos a que los invadan.

Los indios temen la aproximación de los españoles que viven en el interior del país, pero sienten mucho más terror ante las invasiones de los Mosketos que viven en las orillas del mar.⁵ Aunque el bosque se encuentra al sur del río de Nicaragua,⁶ los Mosketos desembarcan con frecuencia en su flota de largas canoas, no obstante la gran distancia hacia el norte que los separa, y avanzan en busca de los salvajes nómadas. Durante estas aventuras los invasores se presentan bien armados y en tan gran número que los indios arqueros no se atreven a enfrentarlos. Durante mi cautiverio nunca observé en realidad a los terribles invasores, pero los pobres salvajes viven en tal suspenso que si el viento o cualquier bestia vagabunda produce durante la noche el más leve ruido entre los árboles del bosque, la tribu entera se levantará al ins-

⁴ Woolaways, la tribu sumu de los Woolwas o Ulwas.

⁵ Indios Miskitos.

⁶ En este caso, el río Coco.

tante y probablemente caminará por toda la noche para evitar el encuentro con el supuesto enemigo, salvo que tenga la suerte de descubrir la verdadera causa del disturbio.

La extensión de la selva era para mí enteramente desconocida. Varios ríos grandes la atraviesan. Abundan los animales en variedad y diversas clases de frutas, aunque la única dieta de los indios es a base de carne. El bosque es un grupo casi compacto de árboles altos, entre los que figuran la caoba, el castaño, el ébano, el cedro, el *Lignum Vitae*,⁷ el ceibo y otros de madera preciosa. La fronda provee a menudo de un agradable asilo contra los calcinantes rayos del sol. Estos lugares son muy deliciosos, de no mediar gran volumen de monte que en muchas partes parece casi impenetrable y torna la caminata más difícil y penosa. Aun los sitios de dormir resultaban muy perniciosos por los espinosos ramajes que cubren el suelo. Algunas veces había que extender grandes hojas sobre el terreno para evitar rasguños y heridas. Con frecuencia tenía la planta de los pies y otras partes del cuerpo completamente rasgadas y laceradas a causa de las perjudiciales espinas. La piel de los indios era mucho más gruesa que la mía y no tan fácil de penetrar. En realidad, si alguno recibía heridas un día, al siguiente ya estaban completamente cerradas.

La tribu debe el nombre a la forma de sus cabezas, cuya parte superior, por artificio, se encuentra aplastada. Los indios consideran esta deformación como algo bello y se esmeran en provocarla entre los infantes. Para lograrlo, una vez que el niño nace, se proveen de un par de tablitas de unas diez pulgadas de largo por cuatro de ancho, una de las cuales aplican contra la frente del recién nacido y la otra en la parte trasera de la cabeza; luego las atan fuertemente por el extremo con cuerdas de henequén, acercándolas en la medida que la cabeza se aplasta, hasta que la frente quede un poco más atrás de los ojos y la parte trasera de la cabeza un poco hacia adelante. De este modo el

⁷ El guayacán.

cráneo resulta aplastado y alargado hacia arriba y salido a ambos lados, ofreciendo una monstruosa apariencia. La deformación queda generalmente terminada para la época en que el niño suele caminar.

Los miembros de la tribu son de regular estatura por lo general, naturalmente bien proporcionados, robustos y fuertes por exceso. Tienen el pelo lacio, largo y negro, que les cae sobre los hombros. El cutis es de un color cobrizo, pero se pintan cada mañana, los hombres en negro y rojo y las mujeres sólo en rojo. Una vez que se acicalaban venían a pintarme de tal modo que mi color natural quedara enmascarado. Con mi pelo negro, en todo tiempo largo, casi no me diferenciaba de los nativos Woolaways, salvo por la forma de la cabeza. Fabrican sus pinceles con pequeñas astillas a las que mastican en el extremo. Sacan el tinte rojo de una semilla molida y mezclada con agua, procedente de la cápsula hirsuta de un arbusto peculiar que crece espontáneo en el país.⁸ El color negro sale del carbón, mezclado con ceniza y agua. Con este tinte hicieron una marca notable en mi brazo derecho, pocas semanas después de la captura, que todavía puede notarse.

Sus modales son graves y solemnes, sin asomo de júbilo, salvo en ciertas veces después que comen. Son tan parcos en la conversación que con frecuencia viajan juntos por varias horas sin cruzar palabra. Aunque a menudo se topan con otras tribus en el bosque no acostumbran saludar al paso. Todo el vestido que usan consiste en una curiosa pieza hecha de una corteza que llaman polpro.⁹ Una vez que la separan del árbol, la secan y aporrean hasta darle la consistencia de tela. Luego la enrollan en torno a la cintura, dejando caer los extremos hacia adelante y atrás para cubrir las partes pudendas. No se abrigan por la noche más que lo hacen en el día, salvo en la estación lluviosa cuando

⁸ El achiote.

⁹ La palpura o taparrabo.

se sientan sobre las pantorrillas para dormir, colocando sobre la cabeza una larga hoja como paraguas, de unos dos pies de largo y dieciocho pulgadas de ancho, llamada trooly.¹⁰ Otras veces las colocan sobre una enramada para dormir debajo.

No practican ritos matrimoniales, pero el muchacho de mayor edad toma a la muchacha también mayor, uniones que se establecen entre los doce y los catorce años. Las mujeres no sufren nada en el parto, el cual se efectúa sin dolor ni peligro. Cuando una de ellas advierte que va dar a luz, avisa a sus compañeras y se sienta en el suelo. La entera tribu, hombres y mujeres, se coloca alrededor hasta que el niño nace. Luego todos se levantan y marchan a la ribera del río más cercano. La madre salta inmediatamente en el agua y nada por largo tiempo, mientras otras de la fraternidad lavan al recién nacido. Cuando la madre sale del agua se une al resto de la compañía como si nada hubiese sucedido; lleva al niño amarrado a la cadera, a la manera como siempre cargan a los tiernos, hasta que puedan caminar por sí mismos.

La vasija consiste en calabazas y cujarees. Las primeras crecen espontáneamente en el bosque, los segundos los fabrican las mujeres con arcilla puesta al fuego.¹¹ Sus cuchillos son de madera dura pulida con pedernal y los emplean para desmembrar a los animales que cazan. Por cuchara usan el hueco de las manos. El alimento de la tarde es por lo general el único plato del día, cuando cada cual come lo suficiente como para suplir a un hombre con cuatro comidas. Pero el caso no es siempre así, pues algunas veces suspenden la cacería después de haber andado todo el día, conformándose con un bocado para sus voraces apetitos. En realidad, cada vez que había una reducción me tocaba una buena parte de ella mientras estuve cautivo. Carecen de sal y el agua es su principal bebida. Algunas veces las mujeres obtienen plátanos, que envuelven en hojas de trooly hasta

¹⁰ El quequisque o malanga de monte, arácea del género *Philodendron*.

¹¹ La arcilla es moldeada sobre el cuesco del jícara, *Crescentia cujete*.

que se tornan rancios; luego los majan y mezclan con agua, fabricando una bebida de naturaleza intoxicante. El maíz o grano indio también sirve para el mismo propósito.

No tienen método para computar el tiempo por ningún número de años, de modo que la edad no puede ser conocida, pero sospecho que sus vidas son muy largas por lo general. Los viejos solamente se distinguen por sus arrugas y canas; desempeñan su parte en la cacería diaria soportando toda clase de trabajos y durezas con la misma fortaleza de los jóvenes. Los indígenas padecen de pocas enfermedades y cuando uno de ellos es afectado por dolencia, sus conocimientos de medicina son tales que por lo general conducen a una rápida curación. Rara vez muere un joven, pero ciertos viejos arrugados fallecieron, algunos en forma repentina, durante mi cautiverio, según parece ser el caso común en la tribu. A la muerte de un miembro, el resto excava un hoyo donde deposita el cadáver, sin exhibir ninguna ceremonia fúnebre o expresar el menor signo de duelo.

Nunca pude saber si creían en la existencia de un Ser Supremo; la única ceremonia que practican, que parece tener un sentido religioso, es la ejecutada cada mañana antes de abandonar el lugar donde pernoctaron: cada uno se provee de un par de varejones rectos, de unas dos yardas de largo, en los cuales enrollan unas ciertas hojas verdes. Luego hacen un pequeño hoyo en el suelo y colocan las varas adornadas en posición vertical, una cerca del hoyo y la otra a considerable distancia en el lado opuesto del agujero. Después, toda la compañía se coloca en torno del hoyo salvo el jefe quien, volteando la cara hacia la vara más cercana, camina pausadamente hacia atrás, balbuceando algunas palabras incoherentes hasta llegar a la otra vara; luego se vuelve y con un movimiento similar avanza hasta el agujero, junto al cual se arrodilla por unos pocos minutos apuntando con su dedo la dirección hacia donde la tribu debe dirigirse para encontrar una diferente clase de animales silvestres en ese día.

Capítulo III

Relato particular de las armas de los Indios y su destreza para usarlas, junto con una clara referencia de sus procedimientos diarios, y un curioso detalle de las varias clases de criaturas que constituyen sus presas comunes, y las maneras cómo las capturan

Las armas de los indios con las que matan a los animales silvestres consisten en arcos y flechas en cuyo manejo son tan expertos que rara vez yerran el blanco. Sus arcos miden unos cinco pies de largo, hechos de una madera dura y elástica y, aunque no poseen nada mejor que un pedernal para fabricarlos, los raspan hasta dejarlos muy regulares y brillantes. Extraen las cuerdas de una especie de henequén que crece en el bosque. Las flechas son de varios tamaños, las más largas de unos cinco pies. Cada indio carga normalmente unas cuarenta, colgadas del lado izquierdo dentro de una vaina de cuero de venado. Las saetas se fabrican de una caña recta, sin nudos, en cuya extremidad más angosta engastan una pieza de madera dura, escindida para insertar una hoja de pedernal de dos o tres pulgadas de largo que amarran al fuste de la flecha con silk grass;¹² la punta de pedernal está bien afilada para penetrar en la víctima.

La tribu dota a todos los niños varones de pequeñas armas tan pronto como empiezan a caminar. Me regalaron un arco y un haz de flechas poco después que fui capturado. Para entonces ya me trataban mejor; por lo general viajaba por la mañana sin mucha carga para poder hacer mejor uso del arma. Pero ¡Oh desgracia! esta deferencia no duró mucho, pues siendo totalmente inexperto en el uso del arco difícilmente daba en el blanco. Pronto los indios comenzaron a pegarme de lo más inmisericordes por haber malogrado tantas flechas y a las pocas semanas me quitaron las armas.

Por lo general dejan sus sitios de dormitorio al amanecer

¹² Fibra extraída de la bromelia *Aechmea*.

y luego de media hora de preparación proceden a internarse en el bosque en busca de comida. Nunca paran a descansar durante el día, de modo que debe haber algo extraordinario en ellos que los induce a caminar con velocidad. Al acercarse la noche desisten de viajar. Uno de ellos toma entonces una tablilla cuadrada que tiene un agujero redondo en el centro y la sostiene entre las rodillas; deposita en el agujero cierta corteza o fibras secas; toma una varita redonda más dura que la tabla, ubicándola en posición vertical sobre el agujero; la hace rotar entre las palmas de la mano hasta que la fricción produce la llama que prende la yesca. Alimentado con más combustible, el fuego se extiende por unas diez yardas de longitud y dos de anchura. Plantan luego unas duras estacas en los extremos, a unos pocos pies sobre las llamas, y encima colocan una armazón de palos formando barbacoa. Pasan a los animales por el fuego para chamuscarlos, los rajan, desvisceran y ponen asar sobre la barbacoa. Suele suceder por lo general que antes que la carne esté completamente lista, se la arranca furiosamente en pedazos para ser devorada en la forma más salvaje. Acabada la cena toda la compañía se echa a dormir alrededor de la hoguera, que se mantiene ardiendo por toda la noche para alejar a las bestias del monte que pudieran acercarse a pisotearlos y hacerles daño.

El jefe toma siempre la delantera durante las excursiones diarias, seguido por un tren de arqueros, con las mujeres y niños en la retaguardia. Marcha un poco adelante de sus compañeros, husmeando el aire alrededor, y les señala en la dirección donde los animales se encuentran; también busca rastros que son las mejores pistas para seguirlos. Cuando los indios dan con el trazo de cualquier bestia no hay forma de hacerlos regresar, no importando las espinas y otros obstáculos que encuentren en el rumbo. En ese caso el jefe se va de cabeza contra el matorral en forma tenaz, abriéndose paso a como dé lugar para que lo sigan sus compañeros. La brecha se amplía cuando toca el turno a las mujeres, que cargan niños, animales muertos o los utensilios de la tribu.

Los arqueros son diestros a tal grado que cuando viajan por la ribera de un río no despegan los ojos del agua: tan pronto como un pez se acerca a la superficie no hay duda que será perforado al instante por una flecha. Una vez acertado, uno de la compañía salta al agua y rescata pez y flecha. Para entonces los niños se han metido en el agua para nadar, zambullirse y divertirse en cualquier forma posible. Todos los miembros de la tribu exhiben grandes habilidades en el medio acuático a consecuencia de haberlas practicado desde temprana edad.

Las clases de criaturas que normalmente les sirven de presa son: el león (puma), tigre (jaguar), baboon (congo), venado, wari (jabalí), pecary (sahino), Indian coney (guatusa), tenaha (guardatinaja), guana (iguana), tortuga de tierra, armadillo, quam (pava) y el curassoe (pavón), con peces de toda suerte y una especie de culebra llamada bevra (boa).¹³

Cazan generalmente a los leones sin mucha dificultad, que se mantienen siempre en terrenos abiertos y no escapan con precipitación a la vista de la tribu, a como lo hacen muchos otros animales.

Tan pronto como el tigre percibe a la compañía, si una flecha no para de inmediato su curso, corre por corta distancia y se encarama en el árbol más elevado que encuentra; trepa hasta la última rama que pueda soportar su peso, pero esta posición encumbrada sólo sirve para acelerar su fin, pues bastan unas pocas flechas de cinco pies de largo para hacerlo caer al terreno.

Los monos y baboons prefieren a menudo los árboles altos y son comparativamente los animales más difíciles de matar según los indios. He visto alguno saltar con frecuencia de rama en rama con dos o tres flechas hundidas en su carne y todos los críos a la espalda tratando de extraérselas, pero la cuarta flecha rara vez falla en traer a la madre y su camada al suelo.

El venado corre con frecuencia al agua cuando se ve acosado y busca la fuga nadando. Pero este método mas bien le es

¹³ Los nombres entre paréntesis son del traductor.

fatal, porque los indios puedan nadar ventajosamente más rápido que el animal y llegando cerca de él se enderezan en el agua y le lanzan las flechas tan certeramente como si estuviesen parados en terreno seco.

Los waris son una especie de bestias muy parecidas a los cerdos, de unas dieciocho pulgadas de porte. Los pecarys parecen de menor tamaño. Ambos viajan en hordas por lo general. Tan pronto como los indios los descubren, proceden los arqueros a separarse y los rodean a conveniente distancia. Disparan a las bestias desde varias direcciones, con tal agilidad que pocos son los animales que logran escapar; de suerte que cuando los indios logran topar una manada consideran el día como muy feliz.

Las Indian conies son un poco más grandes que los conejos de Inglaterra y de diferente color. Viajan en manada; los indios tienen unos pequeños pitos de madera para imitar su sonido y con frecuencia las llaman y atraen en gran número, para hacer llover flechas sobre ellas, quedando con vida muy pocas de las pobres engañadas.

Las iguanas presentan la forma y proporción de las lagartijas, pero son mucho más grandes. Comúnmente ponen sus huevos y fijan su morada junto a un río, de modo que cuando un enemigo se aproxima buscan su seguridad saltando al agua. Sin embargo, esta política rara vez las esconde de los indios, que se zambullen en pos, persiguiéndolas hasta el fondo y atrapándolas con las manos.

Las bestias que los indios llaman Tenahas (guardatinaja o tepezcuintle) son del tamaño de un gato corriente. Se refugian en el terreno, en agujeros que miden unas dos yardas de profundidad. Cuando los indios descubren uno de estos hoyos, algunos excavan el suelo para obligar al animal a dejar la cueva, mientras otros se aprestan para agarrarlo tan pronto salga del escondite, pues son animales muy rápidos y conviene estar alerta con ellos.

Las tortugas y los armadillos andan tan fuertemente armados que las flechas no les pueden entrar, no obstante los indios los capturan vivos a menudo. Las primeras se cogen sin dificultad.

tad en arroyos y zanjas; los últimos se esconden bajo la tierra en agujeros tan profundos que los indios rara vez se molestan en sacarlos; cuando los ven en el terreno los persiguen y logran cogerlos antes que los animales alcancen el agujero.

Durante los viajes los indios observan lagartos en abundancia, pero nunca vi que los perturbasen, posiblemente saben que la piel escamosa es a prueba de las más agudas flechas y que los animales no pueden domeñarse si tomados vivos. Algunas veces capturan bevers, (castores, o mas bien nutrias), y polecats, (mofetas o zorrillos), pero el olor nauseabundo de éstos impide comerlos.

Los indígenas disparan contra una especie de bestia que llaman adanty (danta o tapir) cada vez que encuentran una, pero no comen su carne por no sé que motivo. El adanty es, me imagino, la misma bestia llamada también vaca de montaña, aunque su descripción difiere de las varias ofrecidas por nuestros escritores. Tiene casi el tamaño de un asno, pero se parece a una vaca, de cabeza más grande; no lleva cuernos y el labio superior cuelga sobre la boca de modo que puede imitar el silbido del hombre; la cola es apenas de cuatro pulgadas de largo; la piel de una de gruesa. Cuando perseguida corre hacia agua profunda por lo general y camina en el fondo del río como si anduviera en tierra seca.

Lo que los Indios llaman quams y curassoos (pavones) son unas aves que considero de la misma especie pero de diferente sexo. En el tamaño se parecen a un ganso, pero varían en el color. Aunque el bosque es rico en variedad de pájaros, solamente estos dos atraen la atención de la tribu. Los muchachos se divierten y ejercitan sus armas flechando gran variedad de aves; los hombres les permiten comer de las piezas cobradas como premio a la destreza.

La tribu dispara contra varias clases de peces grandes, siendo el más destacado el mannaty (manatí). Es de gran tamaño y su forma como de vaca. En lugar de aletas presenta dos protuberancias como tetas, con las que a menudo se arrastra a la

costa para dormir y pastar.¹⁴

La Bevra mide unas tres yardas de largo y cinco pulgadas de grosor. Es la única clase de culebra que los Indios aprueban como alimento, de modo que matan varias. La serpiente más peligrosa del bosque es la cascabel. El piquete de esta criatura destructiva es preámbulo de la muerte si no se aplica un remedio al momento. Yo fui testigo de un caso: la mordedura a un perro de la tribu. El pobre animal se inflamó hasta alcanzar un tamaño prodigioso; la sangre le brotaba de la boca, nariz y orejas y expiró a los pocos minutos en la más grande agonía imaginable. El piquete, sin embargo, no parece acarrear la muerte tan rápidamente al hombre, dando tiempo para que actúe un remedio. Es curioso observar la agilidad con que los Indios lo contrarrestan. En efecto, si alguien es mordido, se hace un fuego al instante y la tribu entera se apresura a recoger hojas parecidas a las que usan en sus ceremonias matutinas, con las que forman unas bolitas que exponen al fuego. El jefe restriega con ellas el cuerpo del paciente, especialmente alrededor de la parte herida, musitando al mismo tiempo un sonido desarticulado. Continúa frotando y susurrando sin parar hasta que la inflamación se abate y la herida queda curada en efecto.

Capítulo IV

Sobre su afortunado escape de los Indios que lo habían capturado primeramente; viajes solitarios y curiosas aventuras en el bosque; su arribo entre otra tribu de indios; aventuras singulares y tratamiento entre ellos y varias de sus costumbres peculiares

Mientras estuve con estos incrédulos dediqué mis pensamientos día y noche para fraguar un escape y determiné no perder ninguna oportunidad favorable para lograrlo. Con tal objeto me levantaba varias veces en la noche, cuando juzgaba que el gru-

¹⁴ El manatí es mas bien un mamífero y no un pez; no saca más de medio cuerpo del agua.

po que me rodeaba estaba seguramente dormido; pero en medio de tan numerosa compañía escasamente hubo intervalo sin que alguien no estuviera despierto, de modo que cuando me levantaba alguien también lo hacía previniendo mi fuga. No obstante los fallidos intentos, siempre procedí con disimulo para asegurar si era o no percibido; en consecuencia, al ser descubierto pretextaba siempre que lo hacía para satisfacer mis inevitables necesidades personales. De esta manera me libraba ciertamente del castigo inevitable que mis enemigos me hubieran propinado de haber estado seguros que la deserción era mi propósito. Sin embargo, después de cuatro o cinco intentonas los salvajes estuvieron más atentos vigilando mis pasos y aún abusaron de mí con mayor barbarie, de modo que hasta las mujeres mismas me daban con los pies, o golpeaban con cualquier cosa que tenían a mano. Este mal tratamiento, sin embargo, no hizo más que incrementar la resolución de desertar, mientras guardaba la esperanza feliz que mi Dios impartiría su graciosa ayuda para liberarme.

En un cierto día a los diez meses de mi cautiverio, andando de cacería como sucedía usualmente, hicimos un gran acopio de animales. De regreso a uno de los lugares frecuentados por la tribu, debido a una fuente que surtía excelente agua, nos dispusimos de inmediato a preparar un banquete con lo que habíamos cazado. Los pobres indios, muy exaltados por la buena fortuna de ese día, rellenaron sus barrigas y prepararon gran cantidad de chicha de plátano. Cada cual bebió en forma copiosa, resultando que toda la tribu, hombres y mujeres, quedaron fuertemente intoxicados. El jefe entonces ordenó que nos acostáramos junto al fuego para dormir.

No puedo asegurarlo, pero en ese día ellos emplearon conmigo mayor decencia de lo acostumbrado. Sin embargo, este tratamiento civilizado me pareció muy insuficiente para contrapesar el trato inhumano que a diario me daban. Por tanto, pensando que ahora tenía una oportunidad favorable para realizar pacíficamente mi fuga, determiné levar ancla en busca de más felices

tiempos. Así que, tan pronto juzgué que la ebria tropa estaba muy entregada a las tranquilas manos de Morfeo, me levanté suavemente, caminé con cuidado entre ellos y siendo favorecido por los luminosos rayos de la luna llena, pronto me encontré a considerable distancia de mis captores. Sobreviví con toda la fruta que encontré en los bosques y viajé tanto como pude en la dirección que confiaba me conduciría a la costa del mar, el cual a mi juicio estaría no muy distante. Unos pocos días de incesante e infructuoso viaje me convencieron que llevaba un curso equivocado, y no sabía cómo rectificar mis erráticos pasos.

Por dos días tuve la buena suerte de continuar mi viaje en paz, sin toparme con ninguna clase de enemigos. Sin embargo, en la tarde del tercer día escuché una gran perturbación entre los árboles y me alarmé de gran manera al oír el silbido bien conocido de una danta. Al instante me encaminé a un altivo árbol que por suerte estaba cerca y comencé a escalarlo buscando mi seguridad, pero apenas había alcanzado unos pocos pies sobre el terreno cuando el errante enemigo vino hacia el árbol y poco faltó para que me agarrara de los talones. Sin embargo, estando un poco más arriba de su alcance, pronto me encaramé a tal altura que no hubo medio que me cogiese, mientras me aseguraba de las ramas del árbol. No obstante mi elevada posición la rabiosa bestia parecía estar dispuesta a no dejarme. Rasgó con furia el matorral y los arbustos que estaban alrededor por cierta distancia y excavó considerable cantidad de tierra al pie del árbol donde me refugiaba; corrió malévolamente alrededor del tronco y realizó varios intentos de ascenderlo. Cuando se dio cuenta que todos sus esfuerzos fallaban, se empeñó en sacarme del árbol con silbidos. Persistió en estos afanes durante el resto del día y por toda la noche. Al amanecer, cansada de su infructuosa labor y probablemente muy hambrienta se alejó, no sin antes lanzarme unas cuantas miradas desdeñosas y no la volví a ver. No obstante, fue hasta cerca de medio día cuando me aventuré a dejar el árbol por temor que el enemigo estuviese escondido y listo para emboscar-me. Hasta entonces bajé para proseguir mi camino.

Después de viajar unas pocas horas descubrí un bello Gallo-way, (caballito), atado a un árbol a poca distancia de donde me hallaba. Me sentí muy alegre por esta inesperada visión, pues me imaginé que podía viajar ahora con facilidad y mayor rapidez. Por lo tanto, me dirigí al extraño solitario, lo desaté y monté. Pronto me di cuenta de su velocidad y también de su familiaridad con el bosque, pues parecía conocer cada sendero y paso entre los árboles en forma tan perfecta como si su vida entera hubiese discurrido en este ambiente.¹⁵

No había cabalgado mucho cuando sentí la necesidad de desmontar, debido a que mi cuerpo desnudo se había lastimado con el trote furioso. Intenté detener al caballo sin lograrlo, tampoco podía lanzarme de él a la velocidad que me conducía sin exponerme a eminente peligro; así que juzgué como lo más conveniente continuar cabalgando hasta que el potro se cansase, o que algún otro accidente favorable lo obligase a reducir la velocidad. Pero el animal continuó en su incesante carrera hasta que me percaté que se dirigía a cierto lugar, porque a las pocas horas me condujo a un espacioso claro, rodeado por una fila circular de árboles altos. En el lugar descubrí una gran hoguera sobre la cual una numerosa partida de indios estaba asando animales cazados. Los indígenas corrieron a mi encuentro al instante. Llevaban por toda ropa un polpro y estaban pintados. Desmonté sin vacilar, determinado a enfrentar con resignación el nuevo destino que la Providencia me deparaba, pero me sentí feliz cuando fui recibido con agrado, tanto como hubiera querido.

Antes de desertar de los Woolaways había logrado dominar tolerablemente su idioma, el cual no me sirvió aquí porque la lengua de esta tribu era enteramente diferente. No obstante, pronto me di cuenta que el pequeño caballo que me había traído hasta acá pertenecía al jefe, quien con otros de la tribu andaban buscándolo entre el bosque al tiempo de mi arribo. Cuando

¹⁵ Aunque los Sumus solían robar ganado en las vecinas haciendas de Chontales, el descubrir un caballo en medio de la selva parece una invención del autor.

regresaron, el jefe se llenó de júbilo y expresó su contento besando al animal y dándole palmadas por largo rato, sin hacer ninguna pregunta, o al menos indagar quién lo había regresado. Fue informado enseguida y como consecuencia me condujeron ante su temerosa presencia. Tan pronto como estuve enfrente, sacó un gran cuchillo y cambió su expresión asumiendo un aspecto repleto de terror ante mi tembloroso corazón. Por un tiempo quedó mirando al caballo y a mí en forma alternada con la más grande ansiedad imaginable, al punto que juzgué que mi último momento había llegado. Sin embargo, el augusto tirano no procedió en la forma asesina que yo esperaba, mas bien parecía desear que todos sus cofrades participaran en el placer de terminar con mi existencia miserable. Ordenó que me pusieran en el centro de la tribu, amarrado a una estaca para que tuvieran los indios la salvaje satisfacción de ajusticiarme con sus flechas. Fui atado a la estaca por consiguiente y los furiosos villanos se dispusieron en torno a mí, mostrando gran impaciencia por ejecutar la sentencia infernal.

Es más fácil dejar al condolido lector imaginar cómo sería el estado de mis poderes mentales, que darle una justa descripción de lo que sucedía. Sin embargo debo decirle que, después de haber dejado circular salvajes pensamientos y terribles imaginaciones, mi aterrorizada mente comenzó a asumir su acostumbrada calma. Juzgando que mi último momento terrenal se apresuraba, humildemente me resigné a la misericordia de aquel Ser Celestial ante cuya presencia pronto comparecería. Cuando la salvaje horda se colocaba en posición, preparándose para gozar del espectáculo aniquilador, un viejo venerable que era su médico-brujo se levantó y los arengó por largo rato. Su exhortación resultó como celestial para mí, pues no había concluido cuando la ferocidad de todas las expresiones que me rodeaban se desvaneció totalmente, cambiada a una compostura más placentera hasta que fui felizmente dejado en libertad.

La más refinada sensibilidad de mis gentiles lectores no puede inspirarles en su justo sentido la divina consolación que

colmó mi exaltada alma, al verme liberado felizmente de las voraces mandíbulas de la muerte. El jubiloso éxtasis que entonces tomó posesión de mi mente me dispuso a entregarme con alegría a la sagrada voluntad de mi omnipotente Creador, que hoy concibo fue realmente quien con su bondad me liberó. Por consiguiente, sentencí al más negro de los olvidos todos los sufrimientos del pasado y con paciencia tomé la determinación de someterme al destino, tal como se presentase en el futuro.

Al ser bajado de la estaca me dirigí con el resto de la tropa hacia la hoguera y compartí el alimento de caza que estaba puesto sobre ella. En la siguiente mañana, cuando la tribu se preparaba para la cacería, me asaltó la secreta ansiedad por conocer cuál sería mi nuevo rol entre ella. Para mi agradable satisfacción se me indicó caminar entre los arqueros, sin tener que llevar arco ni mucho menos cargar con algo, pues ellos creían que yo era un indio que me había perdido y separado de mi compañía. Pero ¡caramba! esos días felices no duraron mucho, pues al tercero o cuarto del encuentro el sudor del cuerpo comenzó, como era usual, a lavar la pintura de mi piel, hasta que uno de los miembros del grupo la descubrió en su color natural. Inmediatamente vino hacia donde yo estaba para examinarme con toda minucia y llamó a sus compañeros para que verificaran su descubrimiento. La entera tribu de pronto se sublevó, cada cual constatando por sí mismo las características de la natural genética que descubrían en mi cuerpo. Hubo tal discusión en torno al tema que nunca había escuchado semejante algarrabía desde que me interné en el bosque. Cuando la sorpresa terminó, y su curiosidad fue satisfecha, me mandaron a la retaguardia cargándome con los animales cazados, de modo que mi suerte fue ahora similar a la que había sufrido con la otra tribu.

La gente de esta tribu es llamada Buckeraws.¹⁶ Son de buenas proporciones, excesivamente livianos y activos a pesar de ser robustos. Suman un poco más de quinientas personas, dos-

¹⁶ Léase Kuckeras o Kukras, otra de la tribus Sumus.

cientas de las cuales son hombres en realidad. Doce lugares tienen para sus encuentros, todos los cuales visitan en su debida ocasión. Sus prácticas diarias son muy similares a las de los Woolaways, de los que se diferencian en la forma de decorar el cuerpo. Tienen la nariz plana por la costumbre usual de comprimirla con las palmas de la mano durante la infancia. Los varones llevan el tabique nasal perforado por un palito de unas cinco pulgadas de largo en cuyos extremos van amarradas unas plumas de lora, o de algún otro pájaro bello, las cuales se proyectan frente a la cara. También ostentan una ramita que atraviesa el labio inferior con un extremo volteado hacia el labio sobre el cual se asegura y el otro colgando hacia el pecho con un pedacito de madera en forma de pez unido a él. Las mujeres llevan una pequeña pieza de madera, en forma de arete colgante, suspendido del puente de la nariz con fibra de silk grass.¹⁷

Capítulo V

Relato de un curioso banquete indígena

Pocos días después de mi arribo entre los Buckeraws, descubrí que cazaban muy juntos, comían frugalmente y mantenían toda la vianda que podían conservar calentándola y ahumándola sobre el fuego para preservarla. Una vez que procedieron de esta manera por unos quince días, la mayor parte de la compañía cargó con la provisión y dejó sus cotos de caza para tomar una ruta determinada en los siguientes tres días. En la tarde del tercero dejamos de caminar; cada individuo—yo entre ellos—se pintó con más arte que lo usual y calzó un elegante polpro de dibujos curiosos que se le había dado con anticipación. Cada uno de los hombres fabricó una trompeta usando cierta cera de abeja que también la obtuvo de antemano; luego se hizo de una

¹⁷ Un ornamento facial similar de los Kukras fue descrito por el pirata William Dampier un siglo antes que Roach.

vara de unos cuatro pies de largo, sacada de una clase curiosa de árbol que llaman bayhook. Estas varas miden por lo general unas cuatro pulgadas de grosor, pero son tan elásticas que más parecen cuerdas que bordones.

Estando de esta manera equipados seguimos nuestro camino y en pocas horas llegamos a un extenso cobertizo, largo como un furlong¹⁸ y la mitad de ancho, construido firmemente con troncos y ramas cubiertas con hojas de trooly. Allí estaban varios centenares (probablemente miles) de mujeres indígenas y sus niños, cuyo oficio me convenció que habíamos arribado a un lugar de festín. En una esquina del cobertizo estaban varios montones de animales muertos, similares a los que nosotros cargábamos. Una vez que los depositamos junto a los otros dejamos a las mujeres y los niños. El resto de la tribu, yo con ella, marchó a cierta distancia donde había una parcela de terreno cuadrangular totalmente limpia de malezas, con superficie regular y bien nivelada.

El lugar estaba bellamente rodeado por gran número de árboles altos, cuya regularidad me convenció que habían sido plantados con arte. Pequeños arbustos rellenaban los intervalos de tal manera que el sitio estaba prácticamente acorralado, con una sola abertura para entrar y salir. En este lugar encontramos partidas de varones de varias tribus indígenas, a las que pertenecían las mujeres y niños que primeramente mencionamos; todos estaban provistos de trompetas y varas, similares a las nuestras. Al caer la noche, los diferentes grupos enviaron a dos o tres individuos al apartamento de las mujeres a traer provisiones para el resto de los suyos. Una vez obtenidas, tuvieron una cena sustanciosa y se echaron a dormir.

En la siguiente mañana la entera congregación marchó en procesión regular al cobertizo, sonando las trompetas de una forma que me imagino resultaba melodiosa para sus oídos. Las mujeres comenzaron a juntar manos y danzar en torno de un

¹⁸ Antigua unidad inglesa de distancia que equivalía a 220 yardas.

poste levantado en el centro del lugar; cantaban, susurrando como es su manera, muy deliciosamente. Cuando todas las tribus habían entrado las mujeres se separaron, tomando cada cual una calabaza llena con un licor de maíz o de plátano para ofrecerla a sus maridos, quienes la bebieron con todo placer.

Varios centenares de animales desafortunados fueron devorados por las tribus en ese día. A continuación las mujeres danzaron y cantaron como antes, mientras los hombres regresaban en procesión musical al sitio encerrado.

Otras pocas tribus arribaron entonces. La entera congregación consistente en ocho tribus se dividió, ubicándose un grupo en cada esquina y el resto a los lados. A continuación, un hombre de uno de los grupos avanzó hacia el centro del lugar; dio un silbido que fue respondido por otro de diferente tribu, que vino corriendo hacia el primero. Luego uno de ellos se agachó apoyando las manos sobre sus rodillas, exponiendo la espalda desnuda, mientras el otro la golpeaba con sus nudillos con toda la fuerza que disponía. Luego cambiaron papeles el golpeador y el golpeado, soportando aquél los golpes de éste; después de lo cual se incorporaron a sus respectivas tribus. Entonces llegó el turno a una segunda pareja, y así sucesivamente continuó la diversión singular sin ninguna interrupción hasta la caída de la tarde, salvo cuando algunos iban al cobertizo a disfrutar del amado contenido de las calabazas. Al anochecer los hombres se dirigieron en procesión con sus trompetas al cobertizo, donde comieron con apetito, y regresaron al sitio de las competencias no para descansar sino para continuar con saltos, gritos, risas y a correr como si estuviesen locos.¹⁹

En la mañana siguiente desayunaron como antes, para luego continuar con la diversión del día anterior, golpeándose mutuamente con los nudillos en forma inmisericorde. Al caer la

¹⁹ Estas competencias olímpicas eran llamadas Asang Lawana ("el festival de la montaña") y son citadas por Eduard Conzemius en su "*Estudio Etnográfico sobre los Miskitos y Sumus de Honduras y Nicaragua*." Libro Libre, San José de Costa Rica, 1984.

tarde cenaron de nuevo repitiendo la misma ceremonia; pasaron la noche dando gritos y alaridos con tan grande algarabía que parecía que todas las bestias del bosque estaban trabadas en una batalla campal.

El otro día, después del desayuno, procedieron con su entretenimiento en la forma más bárbara que yo haya visto u oído decir. La entera compañía formó dos divisiones; una de las cuales se colocó en el centro del lugar, provista con grandes manojos de zacate firmemente atados. Una vez hecho ésto, formaron una línea, cada cual con un palo en la mano. A continuación, el que estaba adelante, se acostó sobre la pila de zacate, ofreciendo su espalda a los golpes que los demás le propinaron cuando pasaban junto a él, uno tras otro, espalda que ya estaba lastimada por los golpes del juego anterior. Cuando toda la compañía hubo desfilado, el castigado se levantó y volteó su cuerpo para recibir una nueva tunda de los mismos apaleadores. De esta doble manera cada cual tuvo que soportar igual tormento cuando llegó el turno que le correspondía.

El otro grupo, también con su manajo de zacate, pasó por la misma disciplina. Al concluir esta diversión verdaderamente salvaje todo el terreno alrededor quedó cubierto con sangre coagulada que corrió de la lacerada espalda de los pobres indios idiotas. Nueve individuos de uno de los grupos, entre los que se contaban dos de los Buckeraws, murieron por los golpes inmisericordes que recibieron y muchos otros apenas podían caminar. Si hubieran formado un sólo grupo, en lugar de dos, estoy seguro que muy pocos hubieran sobrevivido la paliza que recibieron. Aún así, entre más bárbaro era el tratamiento más júbilo les producía. Habían trabajado con tesón para realizar el evento y su gozo fue tanto durante el mismo que su risa casi los parte en dos.

Tan pronto como la debacle terminó, enterraron a los muertos con el mayor gozo y éxtasis cerca del lugar de las competencias, tocando sus trompetas de cera, saltando y danzando sobre las tumbas. La entera congregación marchó luego hacia un río

próximo, para lavarse la sangre, regresando después al cobertizo de la manera acostumbrada a devorar una cantidad sorprendente de carnes y beber hasta la exultación.

Después, las distintas tribus tomaron lo que quedaba de la provisión y se marcharon al territorio respectivo. La nuestra viajó a corta distancia y se echó a dormir. En realidad teníamos gran necesidad de reposar, pues no habíamos cerrado los ojos desde la noche cuando arribamos al banquete. En la siguiente mañana continuamos rumbo a nuestros lugares con los huesos molidos; muchos de la tribu en estado de debilidad. La marcha fue lenta y tomó unos seis días para llegar a uno de los sitios.

Me sentí muy aliviado de haber salido inmune de ese despreciable banquete, pues hubiera resultado fatal para mí porque los Woolaways, de quienes había desertado, eran una de las tribus que llegaron al convite. Al notar mi presencia se abalanzaron en contra mía como si trataran de hacerme pedazos; pero por suerte los nuevos amos que esperaban más servicios de mi parte evitaron que me mataran o capturasen. Los Woolaways, estando en minoría, fueron obligados a renunciar del pleito, aunque no dejaron de lanzarme miradas feroces durante la contienda salvaje y parecían aguardar la oportunidad para acabar conmigo. En esa situación estaba yo tan asustado que escasamente pude saborear un solo bocado de las vituallas mientras estuvimos juntos. Felizmente logré salir del percance al final con seguridad, pues me mantuve constantemente junto a mis nuevos amos y siempre marché con ellos cuando íbamos al cobertizo o regresábamos al sitio de las competencias.

Después me informé que este salvaje banquete se llevaba a cabo entre todas las tribus de la selva en ciertas épocas convenidas, pero nunca supe cómo establecían el momento propicio para realizarlo. Sin embargo, por un medio u otro—posiblemente por los ciclos de la luna—las tribus parecen estar perfectamente informadas, puesto que sin mediar previa invitación todas acuden al lugar convenido probablemente en el lapso de pocas horas.

Todas las tribus que estuvieron presentes en el torneo parecían hablar diferentes lenguas. Sumaban ocho en total, aunque no podría determinar el número posible de individuos que asistieron. Tampoco observé a ningún cautivo, excepto mi persona, en toda la competencia. Algunas de las tribus tenían perros, pero no vi ningún caballo, salvo el de nuestro jefe.

Durante el banquete las mujeres y los niños permanecieron principalmente en el cobertizo, pero ignoro a qué se dedicaban además de cocinar. La salvaje diversión de los hombres se les mantuvo oculta tanto como fue posible, pues les estaba prohibido acercarse al lugar de las competencias varoniles, cuya entrada estuvo guardada constantemente por una pareja de indios. Durante las comilonas las diferentes tribus no compartieron provisiones. Cada una hizo su propia hoguera bajo el cobertizo, donde las mujeres cocinaban el alimento, de modo que cada tribu comió de su propia vitualla mientras estuvo junta y partió llevándose lo que sobraba. Sin embargo el licor fue escanciado en comunidad. Los plátanos y el maíz que utilizaron para prepararlo eran productos de los terrenos vecinos que, imagino, fueron cultivados por alguna de las tribus que vivía por ahí cerca.

Capítulo VI

Sobre su tratamiento entre los Indios; su fuga; su cautiverio por otra tribu; sus costumbres y maneras; su conducta para con él; escape final del bosque; su arribo a la habitación de un Indio civilizado; su amable entretenedor; y su partida de la casa hospitalaria

Pronto mi esclavitud se volvió tan insoportable entre los nuevos amos como la que había sufrido de parte de los Woolaways, pero por suerte no me golpeaban con sus arcos, pues rara vez me castigaban, probablemente obedeciendo al deseo de aquel venerable médico-brujo quien, como dije antes, había sido el instrumento de mi liberación de una muerte cruel y siempre se distinguió por su apoyo a mi causa.

Yo parecía tan contento en lo posible bajo el servicio de los indios; aceptada cualquier carga que ponían sobre mis espaldas y hasta consideraban que ya estaba domado, dándome por consiguiente mayores libertades. A menudo vagaba una o dos millas fuera de su alcance y regresaba de nuevo, pues sentía temor de caer en las manos de alguna otra tribu más salvaje, o de ser aprisionado por mis antiguos captores quienes seguramente me condenarían a una muerte cruel. Esta idea era suficiente para descartar cualquier intento de escape de mi parte. Sin embargo, con el transcurso del tiempo, los tristes pensamientos de estar toda una vida secuestrado en un temeroso ambiente salvaje, sin el deseable gozo que proporciona una hora de social convivio con amigos cristianos, cargaron mi mente con intolerable peso y la forzó a buscar la primera oportunidad que se presentara para abandonar mi servicio y tentar mi destino hacia otro rumbo aventurado, poniéndome en manos de la circunstancia.

Empecé a menudo a poner ojo sobre el caballito que inicialmente me trajo hacia la tribu. Poco a poco contraje con él una gran intimidad, pues yo bien sabía que podía llevarme unas cien millas en pocas horas, teniendo a mi favor un mejor conocimiento del territorio adyacente. No obstante, seguía totalmente ignorante sobre el rumbo que pudiera conducirme a la costa del mar. Una tarde mientras caminaba solitario a cierta distancia del grupo, me sentí muy dichoso al advertir la presencia solitaria del animal. De inmediato me dirigí hacia él; hice que se echara y estaba a punto de montarlo cuando, para gran mortificación mía, divisé al jefe que venía hacia donde yo estaba. Sin embargo pareció no percatarse de mi verdadera intención pues permitió que montara en su amado corcel y cabalgara por considerable tiempo. Mantenía tan sometida a la tratable criatura que bastaba un silbido para obligarla a regresar.

En realidad no me extrañaba que el animal sintiese un peculiar afecto para su amo porque, siendo posiblemente el único caballo en el bosque, el jefe dependía de él enteramente y lo trataba más como perrito faldero que como equino. Esto sin

embargo no apartaba mi determinación de hacer todo lo posible para transformarlo en el instrumento de mi fuga después que el primer intento quedó accidentalmente frustrado. En efecto, poco tiempo después logré llevar mi proyecto a ejecución, de lo cual daré al lector un detalle: al décimo mes de mi cautiverio, mientras el resto de la compañía dormía alrededor de la hoguera nocturna, con toda paz monté en la pequeña criatura y encontrando un bonito y claro sendero en medio del bosque cabalgué como unas cien millas, no parando salvo para dividir un pequeño trozo de carne que había traído conmigo para sustentarme durante el viaje. Sintíendome fatigado y deseoso de una siesta confortable, até el corcel a un árbol y me recliné a la sombra de otro en busca de reposo, habiéndome quedado dormido. Cuando desperté ¡Oh suerte! advertí que mi compañero había escapado y probablemente regresaba al verdeante suelo del lugar donde lo había tomado.

Grande fue mi pena por haber perdido este valioso animal, pues no solamente echaba de menos sus patas que acelerarían mi avance hacia algún ambiente más propicio, sino también su alegre compañía que alejaría los pensamientos de las horas tristes en caso que la Providencia me deparara un largo viaje.

Estando solo, vagué por el bosque por cinco días consecutivos y sus noches, durante los cuales me topé con diversos animales de diferente clase, que para mi felicidad eran del tipo inferior, tales como venados, monos, jabalíes, comadreas, etc., que en vez de atacar, escapaban precipitadamente ante mi presencia. Durante mi travesía solitaria sobreviví con las frutas silvestres que encontraba y mantuve un curso invariable como pude, con la esperanza que me condujera en su debido tiempo al deseado margen del Atlántico. Pero ¡caramba! en la tarde del sexto día tuve la mortificación de encontrarme con otra tribu de indios, que al instante me capturaron y me sometieron una vez más a la esclavitud.

Esta tribu realizaba considerable comercio con los españoles, intercambiando cueros valiosos de animales por sal, cuchi-

llos, cierta clase de pequeñas dagas que ellos llaman chaites (machetes) y otros artículos. Habitaban bajo enramadas pequeñas cubiertas con hojas de árboles, donde pasaban la noche. Cultivaban hermosas milpas y hacían un pan aceptable moliendo los granos humedecidos entre dos piedras lisas, calentando sobre el fuego pequeñas tortas; pero el principal alimento era el que obtenían de la caza, al igual que las otras tribus. Me sorprendí en cierto modo cuando me dieron por tarea cargar con las pobres víctimas de sus flechas mortíferas.

Ellos son los Assenwasses,²⁰ que no llevan marcas en el cuerpo, ni se pintan como las otras tribus. Tampoco parecen tener religión, como no la poseen los otros grupos, excepto la ceremonia matutina que observé en la primera tribu. No obstante, son un poco más civilizados y humanos que los otros. Tengo la sospecha que sus vidas no duran mucho; los jóvenes no tienen cuerpo robusto ni el espíritu de coraje que se observa en las otras tribus; los viejos arrugados no actúan con el mismo vigor que observé tan notoriamente entre los grupos más salvajes.

Me mantuve por un tiempo tolerablemente contento en mi nuevo servicio, aunque nunca me conformé con la desnudez de mi situación, el humillante trabajo y el permanente aislamiento del mundo cristiano. Sentía placer de reflexionar que después de las dos anteriores andanzas mi situación había mejorado hasta cierto punto. Tenía la corazonada que tras unos pocos días de afortunado viaje lograría arribar a los dominios de los españoles, de quienes juzgaba no podía estar muy lejos. Por lo tanto, determiné una vez más escapar en busca de mejores horizontes, lo cual pude realizar al amparo de una noche oscura en el sexto mes de mi tercer cautiverio.

Renové mi solitaria caminata a través del bosque, viviendo de las frutas silvestres como la había hecho en anteriores ocasiones, sin encontrar ningún impedimento o tener aventura dig-

²⁰ Asangwás, posiblemente de la tribu Buac o Boacos que habitaban en el curso medio del actual río Grande de Matagalpa.

na de relatarse hasta llegar a la tarde del tercer día de fuga, cuando experimenté la felicidad de alcanzar el límite del bosque. El temor de toparme nuevamente con una de las tribus salvajes se disipó y guardé la esperanza de encontrarme en regiones más propicias. Por lo tanto apresuré el paso y pronto me encontré en medio de una extensa planicie cubierta de verdor, decorada por multitud de ganado que pastaba. Me sentí muy encantado por esta visión tan prometedora y encontrando un camino transitable anduve por él por largo rato en medio de gran excitación. A distancia percibí una casa elegante y cómoda, hacia la cual enderecé mis lastimados pies.

Al llegar golpeé la puerta y la abrió un indio bien vestido, que me echó una mirada compasiva, aunque la forma de su cabeza me convenció que era un Woolaway, idea que me llenó de inexpresable terror. Sin embargo escondí el miedo como pude y el temible extraño se dirigió a mí en una lengua que imaginé era español. Como no le comprendía, naturalmente le contesté en mi lengua nativa y, para mi gran sorpresa, de inmediato me respondió en la misma. Me preguntó quién era, cómo había llegado, e hizo varias preguntas similares, a todas las cuales respondí de una manera respetuosa. Después me tomó de la mano con bondad, introdujo en la casa y ofreció asiento. Se dirigió a un cofre y me trajo una camisa limpia con un par de pantalones, zapatos y un sombrero de paja, con los cuales inmediatamente me vestí con elegancia.

Estando así acomodado preguntó con afecto sobre mis aventuras. Le di en correspondencia un detalle de los principales eventos de mi vida, con especial referencia a mi cautiverio entre los indios. Pronto descubrí que tenía un aceptable conocimiento de todas las tribus porque me preguntó sobre sus marcas y costumbres, diciéndome de inmediato el nombre correspondiente a cada una. Mostró gran sorpresa cuando supo del éxito de mis fugas, pues afirmó que ninguna persona entre cuarenta capturadas por los indios había logrado escapar con vida. Luego relató algunos actos de sus crueldades. Entre otras cosas

me dijo que un joven marino inglés llamado Charles Fox, que había escapado del bosque pocas semanas antes de mi hazaña y arribado a su casa, le informó que él con cuatro más de su tripulación tuvieron la desgracia de caer en manos de los Woolaways, hacía unos cuatro años, quienes abusaron de él de una manera que es chocante relatar. Inmediatamente después que fueron capturados, los inhumanos salvajes los desnudaron, amarraron a los otros cuatro a un árbol y mutilaron bárbaramente, miembro por miembro. Pero como Fox era un hermoso mancebo le perdonaron la vida y vivió entre ellos como esclavo por un largo período. Con el paso del tiempo logró escapar, pero siendo tomado por otra tribu continuó por otros cuatro años en la más abyecta de las esclavitudes. Mi generoso informador también añadió que el joven había pasado varios días en su casa, que le había dado ropa e indicado continuar a Mataolpa, (Matagalpa), un pueblo español no muy distante. Expresó la esperanza que yo también pudiera conversar con Fox personalmente.

Mi generoso anfitrión no fue muy condescendiente como para darme un detalle de su propia vida, cuyos principales eventos eran los siguientes: era originalmente uno de los Woolaways, pero cuando tenía unos dieciocho años fue capturado junto con otros de la tribu por una partida de Mosketos. Lo vendieron a un traficante inglés que vivía en la Costa, bajo cuyo servicio continuó por varios años empleado en trabajos de tierra y mar. Estuvo varias veces en la isla de Jamaica con una goleta que pertenecía a su amo y aprendió a hablar el inglés de una manera aceptablemente buena. Como el amo era de carácter pacífico, mi anfitrión no tenía gran razón para quejarse del tratamiento que recibió bajo su servidumbre, aunque siempre mantuvo el ansiado deseo de volver con sus antiguos compañeros, libertad que al final consiguió.

Me contó en efecto que después de doce años de esclavitud, estando de pesca en el mar, en una larga canoa con algunos pocos Mosketos, se levantó un fuerte viento que los llevó mar

adentro. Después de navegar a la deriva por tres o cuatro días, fueron lanzados hacia el sur, a un río, donde desembarcaron en busca de agua y provisiones. Reconociendo el lugar como cercano al territorio donde sus antiguos paisanos usualmente vagaban, desertó de sus presentes compañeros. Se internó en el bosque y después de buscar por varios días se encontró nuevamente con los Woolaways. Pero no encontró entre ellos la felicidad que buscaba. No podía reconciliarse con la forma nómada de sus vidas, prefiriendo regresar mas bien donde el amo inglés. Pero pareciéndole ésto imposible decidió probar fortuna por otros rumbos.

En consecuencia, abandonó a sus paisanos después de tres meses de haber vivido entre ellos y se internó tierra adentro hasta llegar a donde estaban los españoles. Estos lo capturaron y llevaron al pueblo de Mataolpa donde lo pusieron en prisión. Después de un mes de confinamiento fue conducido por varios centenares de millas, atravesando el país hasta Guatemala, donde residía el Presidente español. Después de haberlo examinado con rigor, la referida autoridad terminó creyendo felizmente la versión de mi anfitrión, que había desertado su rebaño indígena en busca de una vida más civilizada. Bondadosamente lo tomó a su servicio.

Después de permanecer poco tiempo con su nuevo amo, como sirviente de nimiedades, obtuvo el gran favor de ser ascendido a un oficio superior. En efecto, había sucedido que un gran número de asaltantes subían y bajaban por un río que se llama, según trato de acordarme, Ouza.²¹ provocando gran daño a los que vivían cerca de la corriente. El Presidente por lo tanto ofreció proveerle de una casa cómoda y de extensas tierras con la condición que viviera cerca del río, poniendo a su disposición tantos esclavos como los necesarios con el objeto de cultivar las tierras y prevenir que cualquier persona subiera o bajara por el río sin el debido permiso.

²¹ Río Olama.

Aceptó con alegría la propuesta favorable del Presidente y habiendo sido dotado de la casa donde hoy vive, teniendo a su disposición tierras, obtuvo gran número de esclavos según lo convenido para realizar el doble objetivo de cultivar el terreno y guardar el río. Por consiguiente, tan pronto como pudo se procuró de cierto ganado, que luego se multiplicó en considerable número. Después de siete años de estar en el lugar se había vuelto rico. Tenía una pareja de esposas jóvenes de origen indio y tres o cuatro balbuceantes niños que vinieron a aumentar su felicidad doméstica.

Me informó que no quería engañarme ofreciendo su casa por más tiempo, pues si lo hacía llegaría a saberlo cualquier gobernador español, lo cual sería probablemente fatal para ambos y que tampoco convenía se supiese que me había hospedado en su casa. Juzgaba sería bueno presentarme ante los españoles de mi propia voluntad, (como Charles Fox lo había hecho últimamente), en lugar de ser enviado en cadenas como era la costumbre. No obstante, me mantuvo generosamente por tres días a fin de que me repusiese antes de continuar en el viaje; luego me dio prestado su caballo y tres esclavos para que me encaminasen por el camino que debería tomar. En consecuencia fui dirigido por los guías hacia un pueblo indio en territorio español que estaba a cierta distancia.²² Luego me señalaron cómo llegar al pueblo hispano de Mataolpa, pues no osaban acompañarme hasta allá, como tampoco querían exponerse a ser vistos en mi compañía por los españoles, y regresaron donde su amo después de haberme indicado el camino a seguir.²³

²² posiblemente Muymuy.

²³ el comisionado por el Capitán General para guardar la frontera era un indígena llamado Yarrínce; a su muerte, en un calabozo de Guatemala, acusado de traición por las autoridades españolas, sus familiares reclamaron las tierras de Olama al obispo Villareal que andaba de visita por esos lugares.

Capítulo VII

Violenta captura por parte de los españoles; juzgamiento por los gobernadores como espía sospechoso; sus viajes y distintos encarcelamientos por varios lugares de Sur-América; el trato hospitalario de un magistrado español; su encierro en un calabozo subterráneo y el bondadoso tratamiento que recibió de una dama generosa que lo visitaba

Habiendo sido abandonado por los guías un poco después de medio día, proseguí de acuerdo a las instrucciones y no obstante la amenaza de una tormenta de viento y agua, continué viajando hasta la noche. Sintiéndome entonces fatigado y viendo que el pueblo que buscaba no aparecía, me acosté a la orilla del camino para dar descanso a mis maltratados miembros hasta la mañana siguiente.

Cuando estaba listo para dormir un indio borracho se acercó y me habló en una lengua que no comprendí. Entonces me palpó la cabeza y otras partes del cuerpo sin hacerme daño, después de lo cual, imaginando su deseo de saber quién era yo, le dije en mi idioma "an Englishman." De inmediato se alejó con gran prisa y pude reposar sobre el tronco caído de un árbol podrido con la esperanza de un merecido sueño. No había descansado ni media hora cuando vinieron por mí unos cincuenta españoles montados y armados; al instante me capturaron y llevaron al pueblo cabalgando a toda prisa. Al aproximarnos al lugar las campanas repicaban, los tambores sonaban y los cañones disparaban desde la casa del Gobernador, con un ruido que continuó sin interrupción por el resto de la noche.

La corazonada que tenía de ser recibido amablemente por los civilizados españoles se esfumó de pronto y me sentí como si estuviera nuevamente entre los salvajes habitantes del bosque, porque me lanzaron a la prisión con las manos temblorosas fuertemente atadas y los pies pegados al suelo por una pesada bola de hierro; una fuerte custodia militar me fue impuesta

y por la conducta furiosa de todos los que se acercaban no me cupo la menor duda por un tiempo que estaba condenado a una muerte segura.

Pronto comprendí que los españoles sospechaban de mí como espía y temían que alguna tropa inglesa estuviera al acecho en el bosque vecino, aunque en esa época no había guerra entre Inglaterra y España. No obstante, como resultado de la falsa aprensión, los militares se mantuvieron en diligente vigilancia; la mayoría de las mujeres y niños, cargando con enseres livianos abandonaron el pueblo y escaparon precipitadamente hacia el interior del país.²⁴

El Gobernador²⁵ vino rápidamente a la prisión para examinarme, pero como no traía intérprete no le entendí, tampoco él a mí. Por lo tanto despachó a un negro al pueblo de Granada, pidiendo al Gobernador de ese lugar enviara alguna persona que supiera el idioma inglés. Mataolpa se encuentra sólo a pocas millas al oeste del río Costa-Rica [?] y en consecuencia a gran distancia de Granada. No obstante, el recado parecía ser de tal importancia que el Gobernador de Granada vino en persona a Mataolpa, después de 20 días de la salida del mensajero, acompañado por un notario y un negro que era bastante fluido en la lengua inglesa.

Comenzó el examen en presencia de ambos gobernadores y el otro caballero. El negro me interrogaba en inglés, preguntándome quién era, cómo arribé a la costa, dónde había vivido desde mi desembarco y sobre otras cuestiones similares, a todas las cuales contesté ampliamente, dando cuenta particular de mis últimas y lamentables desgracias. Luego me informó que uno de mis paisanos, llamado Charles Fox, había sido últimamente capturado en el lugar bajo la sospecha de espía y que los gobernadores estaban convencidos que formábamos parte de la misma

²⁴ En el siglo XVIII fueron numerosos los asaltos que Ingleses, miskitos, sambos y sumus realizaron contra las poblaciones españolas de Segovia, Matagalpa y Chontales.

²⁵ Mas bien el Corregidor del Partido de Sébaco y Chontales, Nicolás de la Cerda.

confabulación. El negro me hizo estricta inquisición sobre si tenía algo que ver con el dicho Charles Fox, o había mantenido comunicación con él, pero le sostuve con toda confidencia que nunca lo había visto ni tratado, aunque de inmediato imaginé que éste era el joven del cual me había informado mi amigable Woolaway. No les descubrí que había oído hablar de él con antelación, porque hubiera roto la palabra empeñada, mucho menos mencionar a los españoles que había sido huésped de aquel generoso indio. El negro repitió en español mis afirmaciones a los que lo rodeaban, pero parecieron incrédulos de todo lo que dije pues guardaban la fuerte sospecha de que yo era espía; en consecuencia, me sentenciaron a un año de prisión, en cuyo transcurso confiaban aparecerían nuevas evidencias sobre el caso.

Pronto supe que Charles Fox, mi supuesto cómplice, había estado últimamente en la misma prisión donde me encontraba confinado pero que lo transfirieron a otra, a considerable distancia, donde lo tenían a buen resguardo. Indudablemente estas circunstancias me comprometían ante los españoles más de lo que hubiese hecho, puesto que creían firmemente que Fox y yo estábamos confabulados y aumentaban la sospecha de nuestro rol como espías. En consecuencia guardé prisión por un año por orden de los gobernadores. Un par de frailes llegaban dos veces al día con provisiones para los prisioneros porque no teníamos ninguna asignación de alimentos de parte del gobierno. Sobrevivimos únicamente de lo que caritativamente nos enviaban del convento, unos cuantos bocados para cada preso.

Al término del año me montaron en un caballo, fuertemente encadenado, seguido por media docena de soldados españoles, con la instrucción de conducirme a Massiah (Masaya), un pequeño pueblo a considerable distancia en el interior del país. Después de cuatro días de cabalgata llegamos al lugar de mi destino, donde fui mantenido en prisión con pesados hierros y miserable ración por espacio de seis meses. Luego fui conducido de la misma manera a la ciudad de Nicaragua (Rivas), a donde arribamos después de dos días y medio de viaje. Aquí

también me encerraron de modo similar a las pasadas experiencias. Después de otros seis meses fui transportado en un día a la ciudad de Granada, que está como a cincuenta millas al oeste de la de Nicaragua. En Granada permanecí unos doce meses, después de los cuales fui nuevamente montado en caballo y conducido, luego de un viaje de seis días, a la ciudad de León, capital de la provincia de Nicaragua situada en el extremo occidental del lago del mismo nombre [?]. Allí fui confinado a un cuarto privado de la prisión y cargado con pesadas cadenas, pero mi salud era después de todo excelente; la dieta tan buena como mi corazón pudiera desear, pues la mayoría de las personas gentiles del pueblo contribuyeron al sustento y enviaban diariamente vianda de sus propias mesas, una gran cantidad de excelente provisión, de modo que contribuí con la pequeña asignación de los frailes a aumentar la escasa ración de mis compañeros de prisión.

Después de quedar en León por casi un año adicional fui sacado con cadenas pesadas sobre las piernas, escoltado por seis soldados y un cabo, con destino a Comajagua (Comayagua), viaje que tomó tres semanas. En el camino tuvimos que cruzar un río espacioso²⁶ de corriente rápida en exceso, de modo que todas nuestras vidas encararon inminente peligro, pues las cabalgaduras fueron arrastradas accidentalmente por la corriente a considerable distancia y no logramos sino tras gran dificultad alcanzar la orilla opuesta.

Cuando llegamos a Comajagua fui conducido a la presencia de Don Beneto Castela,²⁷ magistrado español. Después de un breve examen, este honesto caballero ordenó a los guardas partir, envió a uno de sus sirvientes por el herrero para que me quitase los grillos, estuvo conmigo hasta que la operación terminó y tomándome de la mano me condujo a su magnífico aposento, donde me examinó más minuciosamente mientras yo le relata-

²⁶ Río Choluteca.

²⁷ Benito de Castilla.

ba una versión compendiada de mis aventuras desde la niñez pero, de modo especial, sobre los últimos sufrimientos sin paralelo, que él ordenó fueran escritos en un expediente.

El afectuoso magistrado entonces redobló su bondad para conmigo, me regaló generosamente cincuenta dólares; de inmediato ordenó a una de sus domésticas traerme la vestimenta que necesitase. Despachó a otra por un sastre, para hacerme un traje completo, junto con un conveniente par de pantalones que aminoraran los efectos perniciosos de las cadenas que podían ser puestas sobre mis piernas en el futuro. También me condujo, el mismo día, a todas las casas elegantes del pueblo, refiriendo las particularidades de mis penas singulares y peregrinación, que al ser escuchadas por los caballeros pudientes se tradujeron en tantas donaciones que antes del anochecer ya tenía no menos de cien dólares en los bolsillos.

Al regresar a la casa, el generoso amigo me invitó a cenar y me dio consejos sobre cómo conservar el dinero, pues dijo que mi viaje aún no estaba concluido y que tenía que pasar por varios pueblos antes de llegar al lugar a donde iba destinado. Después de la plática fui a la cama con la más agradable complacencia que haya experimentado en todo el curso de mi vida.

Temprano en la siguiente mañana el magistrado entró a mi aposento y me despertó con el más gentil de los acentos: "mi amigo, levántese a desayunar." Obedecí rápidamente a su llamado y mientras nos sentábamos a la mesa varios de los sirvientes vinieron con el obsequio de finos vestidos. Después de tomar un poco de aire juntos el fino anfitrión me informó que las leyes del país y la maldita desconfianza del gobernador lo obligaban a enviar por el herrero para ponerme los grillos de nuevo, que sentía mucho no poder retenerme por más tiempo pero que se aventuraba a hospedarme por una semana, de modo que tuviera un descanso total para poder soportar lo que faltaba del viaje.

Durante el resto de la estadía me trató con la mayor hospitalidad y consideración. El día de la partida me procuró una guarda de soldados, me montó en el caballo y acompañó hasta

el siguiente pueblo donde almorzamos juntos. Cuando la comida terminó, tomó mi mano y llevándola al pecho dijo en suave voz: "mi amigo, le digo adiós; si no tenemos la felicidad de volvernos a ver en este mundo, nuestro júbilo será más exquisito a nuestro feliz encuentro en el otro." Un torrente de lágrimas brotó de mis nublados ojos pues nunca había sentido en toda la vida una despedida que no haya lamentado tan tiernamente.

Unos nueve o diez días después de haberme separado del valioso magistrado fui conducido por cincuenta diferentes pueblos, donde cada gobernador renovaba la escolta cada vez que atravesábamos por su jurisdicción. La compañía me cambiaba con frecuencia los grillos, al extremo que en un día me fueron puestos media docena de diferentes pares de herraje.

Con el tiempo arribamos al lugar definitivo, el pueblo de Guatemala, o mejor Larmeta (La Ermita), pues Guatemala, la anterior capital de la provincia y residencia del Presidente o Gobernador español de las provincias sureñas de Nueva España, había sido recientemente destruida por un terremoto y sus habitantes comenzado a construir sus moradas en un lugar más conveniente a pocas millas de distancia, al que llaman Larmeta.²⁸

Cuando arribamos allí, los guardias me condujeron a la entrada de un calabozo subterráneo y ordenaron desmontar. Luego se abrió una puerta pesada que daba acceso a un oscuro pasadizo debajo del terreno, en el cual penetramos inmediatamente. La puerta se cerró con firmeza. Alumbrados con candelas avanzamos unas yardas hacia adentro, bajando por unas gradas hasta una segunda puerta que fue abierta al instante para darnos paso, después de lo cual la cerraron. De igual manera atravesamos cuatro estupendas entradas hasta llegar al terreno nivelado de una gran mazmorra subterránea, la lúgubre habitación de asesinos, traidores, ladrones y otros malhechores, entre los cuales fui obligado a acomodarme. No pude determi-

²⁸ El terremoto del 29 de julio de 1773 provocó el abandono de Guatemala (La Antigua) y su traslación a su actual asiento en el valle de La Ermita.

nar el número de los condenados, pero este lugar era el receptáculo de todos los criminales de las provincias sureñas de la Nueva España; probablemente llegaba a varios centenares.

Antes de las tres semanas de encierro fui sacado tres veces del oscuro escondite y conducido bajo fuerte escolta al despacho del Presidente, quien me sometió a un examen puntilloso, más que el de los jueces anteriores. Relaté mis desgracias tratando de impresionarle lo mejor que pude, pues albergaba la esperanza de recobrar la libertad, pero ¡caramba! al final del tercer interrogatorio el autoritativo Presidente me dijo que todo lo que yo había aducido en mi defensa no valía nada, que no tenía ningún derecho legal de andar por sus costas; por lo tanto debería volver al calabozo y permanecer allí hasta que él escribiera a la corte de la Vieja España y obtuviera respuesta para poder continuar con los adicionales procedimientos relativos a mi caso.

Me encontraba ahora en la más lamentable situación que experimenté desde que se iniciaron mis desventuras. Mis ojos escasamente podían ver algo, salvo una continua escena de temible oscuridad y mis oídos no recibían más saludo que el ruido de inquebrantables cadenas y los juramentos o blasfemias de los maleantes castigados. Ellos estaban sujetos con pesados grillos, condenados a una rápida y dolorosa transición a la eternidad, o a pasar aquí el resto de sus terribles vidas sin volver a ver la claridad del día. Al igual que los otros prisioneros, yo también tenía fuertes esposas en las manos, pesados hierros en las piernas y cadenas alrededor del cuello y la cintura, quedando mis pies atados al cepo durante las silenciosas horas de todas las noches. Para completar el desgraciado cuadro, las provisiones que nos daban eran escasamente suficientes para mantenernos con vida.

Felizmente mis penalidades no duraron mucho. Pronto me di cuenta que la indulgente Providencia, que antes me había sacado de peligros y dificultades en innumerables casos, aún parecía alargarme su bondadosa mano. En efecto, poco tiempo después de mi examen por el implacable Presidente, una bella

mujer visitó el calabozo y habiéndose dirigido a mí, con una mirada de bondad y compasión, quiso saber los detalles de mis desventuras, a lo cual accedí gustosamente dándole una completa descripción de las más notorias vicisitudes que sufría por causa de la mala suerte.

Su compasivo corazón pareció grandemente afectado por mis sufrimientos pasados y presentes; en su turno me informó que era descendiente de padres ingleses y que sentía especial afecto por aquellos que estimaba como paisanos. En consecuencia, movida por compasión al mirar como me llevaban encadenado a la presencia del gobernador, comprendiendo que yo era un inglés en estado lamentable, resolvió visitarme en el oscuro confinamiento y ejercer su influencia para que mi encierro fuese más tolerable. En realidad, su generosidad y esfuerzo a mi favor excedieron las más ansiadas expectativas. Siendo una dama de alcurnia y opulencia pronto logró que el gobernador me aliviara en gran parte de las cadenas y durante el resto del largo confinamiento me proveyó de muchas candelas para alumbrar la oscura celda; del mismo modo, enviaba de su mesa un confortable refresco de chocolate dos veces al día, junto con suntuoso almuerzo y cena, tanto que mi ración era ahora excelente, no teniendo de qué quejarme, salvo de la miserable compañía con la que tenía que convivir.

Capítulo VIII

Sobre la desagradable sentencia que le fuera dictada mandándole a la vieja España como prisionero de por vida; de su tratamiento posterior entre los españoles; su partida de Sur América; su llegada a La Habana; su enfermedad providencial que allí tuvo; su afortunado escape de los españoles y su feliz arribo al lugar de su nacimiento

Quedé por unos tres años en el calabozo subterráneo, sin la oportunidad de coger un rayo de sol, salvo cuando era conduci-

do ante la augusta presencia de mi juez imperial. Al expirar aquel tiempo se recibió un mensaje de la corte española, ordenando me escoltasen de pueblo en pueblo hasta el puerto de Omoa para ser conducido en el primer barco a la vieja España, donde viviría prisionero de por vida.

No obstante la triste perspectiva que debería encarar, aún imploraba el favor del Omnipotente; tenía la confiada esperanza que el mismo Ser misericordioso que con su gracia me había salvado de los malvados indios me asistiría para liberarme de los tiranos españoles. De conformidad con la última sentencia fatal me separaron de mis desafortunados compañeros para ponerme bajo el cuidado de la guardia militar, asignada para escoltarme durante el proyectado viaje a la costa oriental. Al salir del calabozo me sorprendí grandemente al observar el vasto progreso de la ciudad bajo la cual había estado confinado. Cuando la vi la primera vez consistía tan sólo de una docena de casas elegantes y gran número de ranchos maltrechos, que los habitantes en fuga de Guatemala habían levantado como asilo temporal hasta que pudieran construir habitaciones adecuadas. Ahora los ranchos estaban demolidos y una población elegante, con dos magníficas iglesias, ocupaba su lugar.

Una vez dejada la población continué con mis guardianes por diversos pueblos españoles. Al cuarto día de la jornada fui confinado a una celda oscura a considerable distancia del litoral, donde el Presidente había ordenado retenerme hasta que un barco estuviese presto a salir del puerto de Omoa. Por lo tanto, fui mantenido con fuertes cadenas y con una pobre dotación de sustento, pero tuve la dicha de observar un poco de luz solar que se filtraba entre los masivos barrotes de hierro colocados a través de un pequeño agujero al lado de la habitación.

Después de quedar en ese lugar por un año más, fui escoltado en pocos días al fuerte de Omoa, para ser deportado en una flota que estaba lista a partir para Europa. Al llegar al puerto encontramos que la flota había salido pocos días antes y mi intento pasaje a Europa quedó frustrado por entonces; como resul-

tado, tuve que esperar la partida de otra flota. Para mientras estuve confinado a una penumbrosa celda del Fuerte de San Fernando de Omoa, fortificación muy resistente que los españoles habían erigido unos veinte años atrás. No obstante, la fortaleza había sido sorprendida y capturada poco antes por un destacamento británico procedente de Jamaica, para ser luego evacuada a causa de su ambiente insalubre. Mientras permanecí en el fuerte fuimos sacudidos varias veces por tremendos terremotos. Uno de ellos tan severo que, a pesar del sorprendente peso de la instalación, estremeció sus bases y los estupendos muros se rajaron de arriba a abajo. En realidad esta circunstancia no me infundió temor, como lo hubiera hecho pocos años antes, porque los terremotos eran tan frecuentes en la mayoría de los lugares donde estuve encerrado que me había acostumbrado a ellos.

Aquí supe que Charles Fox, el joven con quien me suponían en ilegal consorcio, se encontraba a bordo de la flota que no había podido alcanzar. Supe de él en todas las prisiones por donde pasé, pues siempre nos llevaron por los mismos caminos y pueblos a través del país, habiendo sido ambos confinados por los mismos períodos de tiempo, pero nunca tuve el placer de encontrarme con él, porque lo sacaban de un calabozo al tiempo que a mí me metían en el mismo. Iba en ruta a España bajo igual sentencia que la mía: prisión vitalicia.

En el fuerte de San Fernando fui por primera vez suplido con provisiones del gobierno español, comida miserable en verdad. La dieta que me daban poco difería de la destinada a los cerdos y aunque su calidad hubiese sido buena, su cantidad era escasamente suficiente para mantenerme con vida. Sin embargo me sostuve con ella por el espacio de dieciocho meses, al final de los cuales partí de la costa americana en un barco que se dirigía del Golfo Dulce a España, cargado con plata, índigo y otros artículos de inmenso valor.

Habiendo estado confinado por una serie de años en cárceles y calabozos, escasamente respirando aire fresco salvo duran-

te el tiempo cuando me transportaban de una oscura celda a otra, aproveché este viaje para exponerme al aire, sin pensar en los perniciosos efectos que podían obrar en mi debilitada constitución. En realidad tuve que lamentar mi indiscreción porque habiendo tomado un largo bote como cama, el “sereno” cayó sobre mi cuerpo en reposo y ejerció tan dañina influencia que cuando desperté escasamente pude incorporarme, habiendo quedado tullido del lado izquierdo.

Cuando el barco en que viajaba ancló en La Habana, fui llevado a un hospital, donde me atendieron cuidadosamente varios doctores y frailes; no obstante sus esfuerzos combinados estuve por doce días sin habla, en cama por seis meses. Aunque la enfermedad empezó a mermar, mis asistentes perdieron la esperanza de que recobrará las fuerzas a grado aceptable.

Sin embargo, habiendo recuperado las facultades vocales y alguna habilidad para caminar de alguna manera, el Gobernador me comisionó para actuar como intérprete de los ingleses prisioneros de guerra, pues el barco que me conduciría a España había partido hacía largo rato a su destino. Ahora gozaba de mayor libertad y me sentía muy feliz de encontrarme nuevamente con algunos de mis antiguos vecinos y saber por ellos que mis padres todavía vivían en Whitehaven. Conociendo ésto les envié una carta, que después supe fueron las primeras noticias que sobre mi persona tuvieron desde el comienzo de mi cautividad.

Visitaba con frecuencia el despacho del gobernador español con peticiones de los prisioneros; no fallé en presentarle la mía, rogándole que me permitiese regresar a casa en el primer barco inglés. El gobernador era un hombre de gran humanidad, pero siempre me respondía que no estaba en su poder darme tal concesión, pues tan pronto como recuperara salud y fuerza se vería en la obligación de enviarme a España en cumplimiento de lo ordenado por la corte. Sin embargo, después de pocos meses, quinientos prisioneros ingleses fueron indultados y ordenados embarcar en un transportador con destino a Jamaica. El gober-

nador me encomendó pasar la lista de los respectivos prisioneros hasta completar con el número. Entonces renové mi petición ante él, intercediendo humildemente por mi causa y que permitiera irme con ellos. El me respondió que yo era más libre que cualquiera de los prisioneros y que debería saber cómo usar mejor de mi libertad. Esta contestación favorable la interpreté como una aprobación a mi petición y por lo tanto me apuré a abordar el transportador. En tres días estábamos en Jamaica.

Procedí luego averiguar sobre el capitán tramposo con quien había navegado la última vez desde ese lugar. Grande fue mi sorpresa cuando su hermano—el mercader Edward Woodhouse—me informó que no había tenido noticias de la goleta Betsy desde la época cuando yo me fui en ella. Entonces le relaté las particularidades de mi cautiverio y de los sucesos en la goleta antes de ser tomado por los indios. En consecuencia, ambos arribamos a la conclusión que los españoles habían perseguido y capturado la goleta y realizado venganza fatal por los daños que habían recibido de ella. Entonces me di cuenta de las inefables bondades de la divina Providencia, que me había deparado merecido sufrimiento, porque a pesar de los bárbaros tratamientos que experimenté en el bosque, al menos tuve ahí un refugio que me libró de enemigos más vengativos.

Aunque me encontraba en un territorio de mi soberanía legal, aún estaba lejos de la costa nativa, sin ningún dinero para adquirir un pasaje ni habilidad para ganarme la vida con la labor de mis manos. Sin embargo la benigna Providencia pronto hizo posible mi transportación por medio de unos generosos y valiosos amigos, pues poco tiempo después de haber llegado a Jamaica me encontré con el capitán Thomas Cragg, comandante del Apolo de Workington, quien generosamente me otorgó un pasaje para Londres; el capitán Booth del Moore, de Whitehaven, continuó con la beneficencia llevándome gratuitamente a Dublín y el capitán Fisher del Orange concluyó la misma, transportándome sin costo a Whitehaven, a donde arribé el 15 de abril de 1783.

Me faltan las palabras para describir el éxtasis jubiloso que se apoderó de mi mente al arribar de nuevo al lugar de nacimiento. No regresé en realidad con aquel cuerpo ágil con el cual partí, pero no dejé de admirar la bondad de la divina Providencia en esta circunstancia, que parecía haber calculado sabiamente el medio para que escapara de mis inexorables enemigos y regresara vivo a la playa natal.

Después de mi llegada acá, la habilidad conjunta de varios eminentes médicos se puso en acción para restaurar mi fuerza corporal. Aunque estos ejercicios no fallaron por completo quedé totalmente incapacitado para reanudar mis antiguas labores. Por lo tanto, siguiendo el bondadoso consejo de varios juiciosos amigos, me dediqué a presentar un detalle de las Sorprendentes Aventuras con el objeto de hacer de su venta un medio de subsistencia, hasta que la Providencia me permita resumir con felicidad el antiguo oficio.

La primera edición de mi narrativa obtuvo una rápida aceptación, a través de la cortesía del público generoso. más de lo que pude imaginar. Con la misma oportunidad para solicitar la ayuda del público, como en el caso anterior, me he tomado el gran trabajo de mejorarla en esta segunda versión. Albergó la esperanza de seguir contando con la indulgencia que he gozado de parte de mis generosos paisanos.

El lector puede estar seguro que cada frase de mi narrativa está basada sobre las firmes bases de la verdad. No me cabe duda que en su lectura los benefactores que la compren encontrarán su generosidad ampliamente retribuida.

Tomado de
The Surprizing Adventure of John Roach, Mariner of Whitehaven
 por John Roach
Briscoe, Whitehaven, 1784
 traducción de Jaime Incer Barquero



*Crónicas misceláneas
sobre la Costa Atlántica*

COMENTARIO A LAS CRÓNICAS MISCELÁNEAS SOBRE LA COSTA ATLÁNTICA

Además de las crónicas anteriores, sobre las andanzas de los piratas y otros aventureros por la costa Caribe de Centroamérica, se incluyen en este libro varios reportajes oficiales que datan desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta principios del XIX. Dichas crónicas se refieren más específicamente a la situación territorial y étnica de la llamada entonces Costa de La Mosquitia, la cual estuvo bajo el protectorado de Inglaterra hasta 1786, siendo su dominio traspasado posteriormente a las autoridades españolas. Estas fueron incapaces de ejercerlo a plenitud y fueron siempre objeto de rechazo y desconfianza por los pobladores miskitos.

En efecto, durante la mayor parte del siglo XVIII los entonces llamados Zambos, Mosquitos y Caribes solían realizar incursiones a los territorios colonizados por los españoles, asaltando y robando las poblaciones ubicadas en la margen de la impenetrable selva. Para llevar a cabo sus asaltos los invasores remontaban en canoas los ríos Coco, Grande de Matagalpa, Escondido y sus afluentes cabeceros. Los pueblos de Segovia, Jinotega, Matagalpa, Muy-muy, Boaco, Camoapa, Lóvago y Juigalpa fueron sorprendidos por la vía fluvial e invadidos por las hordas indígenas, apoyadas por los colonos ingleses asentados en el litoral del Caribe.

Por estas razones las autoridades españolas organizaron expediciones de reconocimiento de las rutas fluviales de invasión (CRÓNICA DEL CORREGIDOR MATÍAS DE OROPESA) o de espionaje marino desde Cartagena hacia las costas y puertos del litoral miskito, con el objeto de conocer sobre el contrabando y tráfico comercial de los ingleses (CRÓNICA DE JUAN ANTONIO GASTELU).

Una vez en legal posesión de la Costa de los Mosquitos, cedida por Inglaterra a España luego de la Convención de Madrid de 1786, las autoridades españolas enviaron a un ingeniero a reconocer el litoral y explorar el ánimo de los jefes miskitos

(CRÓNICA DE PORTA COSTAS). Por su parte, el teniente José del Río navegó en 1793 hasta las islas de San Andrés, Providencia y Com Islands, para estudiar el traslado a Bluefields de algunas familias inglesas que vivían en las islas y habían reconocido la jurisdicción española sobre las mismas. Con esta acción también se pretendía que los movilizados cortaran todo vínculo comercial con los colonos ingleses de Jamaica (CRÓNICA DE JOSÉ DEL RÍO).

A partir del traspaso de la Costa Mosquitia a las autoridades españolas, el anterior superintendente inglés Robert Hodgson, quien residía en Bluefields, fue confirmado como gobernador por las nuevas autoridades españolas. Más que una población Bluefields era una rica plantación cuyo dueño era el mismo Hodgson. Este negociaba secretamente la producción de maderas, resinas, además de pieles y carey, con Jamaica, los nuevos Estados Unidos e incluso Inglaterra. Se sospechaba que su obediencia a las nuevas autoridades españolas nunca fue sincera, antes bien soliviantaba los ánimos de los jefes miskitos en contra de la presencia española en la Costa. Muy conocedor de aquella tierra y sus productos, nos legó una interesante descripción de las mismas, escrita en 1756, cuando fungía como superintendente bajo el régimen inglés (CRÓNICA DE ROBERT HODGSON).

Por otra parte, a partir de 1795, Tomás O'Neill fue nombrado gobernador de San Andrés, quedando las islas vecinas bajo la jurisdicción de la Capitanía General de Guatemala. El gobernador fue después acusado de favorecer el contrabando y de querer anexar la isla a Cartagena, habiendo conseguido lo último mediante una orden real expedida en 1803 la cual, bajo el pretexto de una mejor defensa, separaba militarmente de la Capitanía de Guatemala la isla de San Andrés y la costa de Nicaragua, desde el cabo Gracias a Dios hasta la desembocadura del río San Juan.

Bajo las órdenes de O'Neill, tanto las islas como la costa se agregarían al Virreinato de Nueva Granada—hoy Colombia. Una segunda orden real, de 1806, regresó la Costa de los Mosquitos a la jurisdicción de Guatemala, pero la situación de las islas de San

Andrés y Providencia quedó pendiente y sin resolverse al tiempo de la independencia de Nueva Granada y de las Provincias Unidas de América Central.

Dicho sea de paso que la comisión de vigilancia militar sobre la costa caribe de Centroamérica, otorgada entonces a la Junta de Fortificación y Defensa en Cartagena, y que en ningún caso significó segregación legal de territorios, fue más tarde invocada por una Colombia independiente para posesionarse de las islas caribeñas frente a Nicaragua.

En 1800 el Capitán General de Guatemala, Josef Domás y Valle, reportó al monarca español la situación de la navegación a lo largo del río San Juan y el tiempo que se "dilataba" en recorrerlo hasta su desembocadura en el mar Caribe. El informe sugiere mandar a colocar dos baterías en el puerto de San Juan del Norte, cuatro cañones en el delta y otros tantos en la fortaleza de El Castillo, además de 200 soldados acantonados en San Carlos, vivo todavía el recuerdo de la invasión inglesa al río San Juan en 1780, donde participó el entonces alférez Horace Nelson.

El informe de Domás también incluye un relato sobre la situación de la Costa y de los indios Miskitos; los sitios donde vivían, la adicción a comerciar con los ingleses, su temperamento y actitudes, etc. Toda esta información resultó de un interrogatorio que el Capitán General mandó a practicar a un granadino conocedor de aquellos parajes (CRÓNICA DE JOSEF DOMÁS).

Finalmente, se ha incluido entre estas crónicas gran parte de la narración del comerciante inglés Orlando W. Roberts, donde el autor relata uno de sus viajes por la Costa Caribe de Nicaragua y la visita que hiciera al rey Mosco, cuya consuetudinaria embriaguez corría pareja con su impericia juvenil.

En 1818 se encontraba Roberts recorriendo en piraguas la costa de Nicaragua y Honduras para intercambiar productos con los nativos. En aquellos momentos se agitaban movimientos de independencia por toda Centroamérica y las autoridades españolas estaban muy atentas a reprimirlos. Para desgracia de Roberts, fue

hecho prisionero en el puerto de San Juan del Norte. Estuvo a punto de ser fusilado bajo el cargo de espiar para los “independen-
dentistas,” cuando llegó la orden de trasladarlo a León para ser
interrogado por el gobernador Miguel González Saravia. Éste
logró conversar en inglés con el prisionero y al comprobar su ino-
cencia le otorgó salvoconducto para regresar a San Juan del Norte,
recobrar las mercaderías confiscadas y continuar su viaje por la
Costa Caribe.

Orlando W. Roberts, cuya parte narrativa sobre la Costa
Atlántica incluimos en estas crónicas, fue el último viajero extran-
jero del período colonial y a la vez el primero entre todos aquellos
que visitaron y describieron Nicaragua en el siglo XIX.

XV

Matías de Oropesa

Incursión a la Costa Caribe bajando por el Río Grande de Matagalpa

1757

*Descripción de la tierra, montañas, ríos y distancias
que ocupan las poblaciones de Caribes, Zambos e Ingleses
hasta llegar a la costa del mar*

Matagalpa dista de la montaña cuatro leguas y media, hasta llegar al puerto nombrado Yasica, de donde sale el río de este nombre, el que internándose a la montaña camina por dentro de ella con muchas vueltas, a todos vientos hasta encontrarse con el río Grande de Muimui [Muymuy]¹ que es en la distancia de cincuenta leguas, las que son difíciles de transitar por tierra por lo áspero de a montaña y por el río dicho hay la misma dificultad por los mismos saltos y raudales, pero lo transitan los ingleses, Zambos del Mosquito e indios Caribes, porque en la dicha distancia de las cincuenta leguas las márgenes del citado río Yasica son continuas las poblaciones de dichos Caribes, en que se difunden muchas naciones, aunque no es crecido el número de dichos indios Caribes y generalmente hablan la lengua Parrastra y éstos por la continua amistad que observan con los ingleses y Zambos, hablan su idioma. Será el número de dichos Caribes—según prudente conjetura—como de tres mil hombres; y éstos no apetecen a los españoles.²

¹ Mas bien se refiere al río Tuma, tributario del Grande de Matagalpa, aquí nombrado de Muymuy. El Yasica es un afluente cabecero del Tuma.

² Para mejor comprensión de este escrito, los Zambos eran una mezcla entre Miskitos y negros y los Caribes eran Sumus o Mayagnas, posiblemente del grupo de los Kukras que habitaban en la cuenca baja del río Grande. Los españoles denominaron Parrastra a la lengua sumu.

De Matagalpa al pueblo de Muimui, hay siete leguas caminando al oriente, y de dicho pueblo al río Grande, nombrado así mismo Muymuy, está en la distancia de tres leguas, cuyo río lo nombran los españoles Metapa, los ingleses Ostilladero, los Zambos Aguatara (Awaltara) y los indios Caribes Quiguasca (Kiwaska), que en nuestro idioma quiere decir Río de Piedras, el que dando muchas vueltas con que parte de la montaña, y se sale a una sabana espaciosa, que es llamada Santa Rosa,³ que de ésta al pueblo de Muymuy habrá doce leguas siempre al oriente.

En dicha sabana de Santa Rosa está el Embarcadero, que dando vuelta dicho río de oriente a sur, entrándose siempre en la montaña, hasta llegar al salto de Migarra, en distancia de treinta leguas de dicho río que se encuentra en el mencionado Muymuy y sobre la izquierda, se llama Bulbul; de allí a una legua y media está el primer salto que se llama Yagagal, y está inmediato a Bulbul, y de allí a legua y media de buen río se encuentra una mala corriente a otro salto pequeño, que se llama Tutea, y está cerca del encuentro del río nombrado Olama.⁴

Saliendo de allí sigue el río dicho al oriente, por espacio de menos de legua, y dando vuelta al sur se entra a otro salto, que se llama Aucapa, este salto es mayor que los dos antecedentes y de más trabajo para pasar.⁵ De allí sale el río dando vuelta por el oriente, y aunque tiene algunas corrientes hasta llegar al encuentro del Baguasca, (Río Negro) que entra a la derecha de este dicho río de Muymuy, y dicho Baguasca es arroyo, por donde salió el enemigo Zambo del Mosquito, el año de 1749 e invadió al pueblo de Boaco y aprisionó ochenta y una familias de indios tributarios.⁶

³ El llano de Santa Rosa se encuentra a orillas del río Grande, junto al Paso Real, donde la carretera que comunica Muymuy con Matiguás cruza el río.

⁴ El río Bulbul riega la planicie de Matiguás. Los saltos mencionados en este sector son mas bien algunos raudales que se localizan aguas arriba del encuentro del río Olama con el río Grande.

⁵ Es el raudal llamado el Salto de La Hoya actualmente.

⁶ El asalto al pueblo de Boaco (Viejo) ocurrió el 22 de diciembre de 1749. En la refriega murieron trece españoles, mataron al padre Antonio Cáceres que había fundado una misión con 200 indios conversos, de los cuales se llevaron cautivos a unos ochenta.

De dicho encuentro de Baguasca a distancia de legua y media larga entra un río grande sobre la izquierda que se llama Say (Saiz); por este río han subido y bajado los indios Caribes del río Tomay (Tuma) al pueblo de Muimui, al que han invadido en tres ocasiones y en dicha entrada de dicho río tienen escondidas las canoas o cayucos. De dicho paraje a corta distancia sobre un raudal largo, y no peligroso, entra el río Murra chico;⁷ de allí a cosa de dos leguas está otro raudal al que se llama Yora; debajo de éste poco más de legua, dando vuelta el río al oriente, a vista de un cerro que parece haber tenido siembra de los antiguos, empieza un raudal que en invierno es muy peligroso y en verano no.⁸

A distancia de dos o tres leguas está el río Murra que entra sobre unas piedras grandes a mano derecha. Desde allí son tierras de los indios Yalasán; las antecedentes son de los indios Buac, que son los Boacos que quedaron por convertir.⁹

De este río de Murra hasta el salto de Migarra que va expresado habrá como doce leguas, y no hay río ni quebrada grande, ni raudal peligroso, sólo uno que está ya cerca de Migarra. En toda esta distancia de Santa Rosa hasta aquí es lo más proveído de plátanos por no faltar en la ribera.

Sobre este salto de Migarra, que es el mayor con otro que sigue, sale el río dando vueltas al norte que tendrá seis leguas de distancia; de este salto se baja por una gran poza, entre tajadas (cañones), al encuentro del río Quisaurre (Kisaura), que sale despeñándose.¹⁰ De allí bajando entre pozas y raudales es poca distancia a una poza larga que se llama Quaguas (Kawas); aquí

⁷ Cerca de donde es hoy el paso de San José de La Vega.

⁸ En el sitio llamado Los Cimientos junto al río Grande, en el límite actual entre los municipios de Boaco y Camoapa.

⁹ Los Boaj o Boacos, formaban una de las subtribus Sumus que practicaban hechicerías y encantamientos. Estaban emparentados con los Uthvas de montaña adentro.

¹⁰ Aquí el Corregidor parece confundir el salto de Migarra—dejado atrás—con el llamado de Nicarey, donde las aguas del río Grande se encajonan entre paredones, antes de la confluencia del Kisaura.

pasa estrechado el río como en caja en media cuadra entre dos peñascos muy altos y lisos, de suerte que en su sima pueden estar cincuenta hombres armados. Aquí fue donde en tiempos pasados, sobre todo este sitio, aguardaban los Caribes a los españoles para darles asalto.

Al salir de todo este peligro está una sola piedra grande (El Peñón), algo redonda y puntiaguda a mano derecha; de allí está más tendido el río, aunque no le faltan corrientes, hasta llegar a unos ojos de agua caliente que están de una y otra parte del río.¹¹ Aquí va dando una media vuelta sobre la izquierda donde se van mirando unos platanarcillos. Todo este sitio es muy habitado por indios Yalasanés, por lo que se ve, de uno y otro lado del río, casillas de dichos ojos de agua caliente. A más de legua está un salto, aunque pequeño peligroso, que se llama Magagum (correntada Veracruz). Antes de llegar a él, como media cuadra, están unas peñas en medio del río, y en derecho de dicho salto en la orilla está un cerrito como que ha sido sembrado.

Bajado este salto, a poco andar, el río va dando vueltas sobre la izquierda entre pozas y algunos raudalillos, como en espacio de tres leguas, hasta que sobre una corriente empieza a dar vuelta sobre la derecha en busca del oriente, por donde corre derecho, y cosa de una legua está el encuentro de un río grande que se llama Pasguas (Paiwas). Arriba hay muchos indios; sus cabeceras están en el Volcán de Musu (Musún).

De este encuentro va derecho al oriente, como por espacio de dos leguas, pasando algunas corrientes hasta que sobre una quebrada (Divisadero del Kiwaska) acaba de dar vuelta sobre la derecha buscando al sur. Desde aquí son tierras de Sumú (Sumus). Los más de estos Caribes son mulatos perfectos; algunos hay zambos retintos. Así va dando algunos tornos entre sur y oriente, como por espacio de cuatro leguas, hasta llegar a una

¹¹ Estas fuentes termales se encuentran en la comarca de El Platanar, a medio curso entre las desembocaduras de los afluentes Murra y Paiwas.

quebrada grande que baja sobre la izquierda (Malakawás); que desde aquí coge derecho al sur y corre sobre una poza larga y profunda como de una legua. Aquí habitan muchos Caribes de Sumú y sobre la derecha están dos quebradas no pequeñas donde hay indios. Esta dicha población llega hasta dar vuelta sobre la izquierda en un raudal largo en el cual desemboca un río grande, sobre peñas, que baja de Lovaga y se llama Almuquasac (Almuk Asang), está a mano derecha.

Va dando vuelta larga sobre la izquierda, dicho río de Metapa, (Grande de Matagalpa), que es el de que se va hablando, y dicha vuelta buscando el norte como por espacio de cuatro leguas de buen río, no muy hondo por ser tendido y sólo tiene otro raudal largo (El Chele), como el último que consta en párrafo atrás. Así va hasta dar perfecta vuelta (Palsagua). A la derecha está una quebrada grande donde habitan como quinientos indios Caribes de Sumú y se llama Guanabana (río La Toboba). De esta quebrada va derecho al norte, y a distancia como de una legua está un salto pequeño sin nombre (Anito), y pasado sobre la izquierda está una casa cercada, como que viven ingleses en ella, pero no se dejan ver.

A vista de este salto, está otro mayor que se llama Maysan; aquí da vuelta al oriente. Sobre una poza, entre peñas de este paraje, comienza el peor camino y corriendo la poza a corta distancia vuelve a dar torno sobre la izquierda, y en este torno hay una quebrada (Copalar), donde hay como treinta indios. Allí inmediato está un raudal malo (Catarina). Así corre dicho río al nordeste por espacio de tres leguas; va dando vuelta hacia el oriente y sigue un raudal muy largo y seco (El Carao) que tendrá como doscientas varas de largo, en donde se desplaza dicho río dando vuelta sobre un salto no grande, y sigue entre peñas una poza, y como en dos leguas están contiguos los raudales y vueltas, siempre de norte a oriente, hasta llegar a una isla (Ubú) que tiene árboles; y de allí a una legua está un salto malo que entra por un raudal y se llama Bugasca (Kakamuka).

De aquí abajo ya no es tan malo, por ser todo lo más pozas.

Caminando de este salto a cosa de dos leguas está una casa a la vista, que es la primera de los indios Ejibalnas; [?] que esta nación es muy mal y enemiga de los españoles; muy guerreros y traidores.¹⁴ Antes está una quebrada (Pipilwás) que entra sobre la derecha y a poca distancia se baja por una poza, como de tres cuadras de largo y está una isla no pequeña (Tariquita), y en un brazo que está a la derecha están los indios Culbanas, que serán como doscientos. Tienen muchas armas de fuego y especial amistad con los ingleses y se presume vivir mezclados con dichos ingleses, por haber casas de una y otra parte de dicho río y que están con bastante ropa, que es anexo en dicha naciones de indios; y en toda la distancia desde Maysan, a un salto que dista como legua y media de longitud, hay fuera de dicho río muchos indios de esta nación, pero no se ven las casas. Dicho salto se nombra Oraupan (Salto Grande) que es sumamente malo; y con una cuadra de distancia está otro salto pequeño (El Danto).

De allí se camina al norte, por bueno hondable, hasta una legua larga; sigue un raudal bien penoso que se llama Earra. (El Pollo). De aquí corre al norte y se encuentra con una raudal muy grande que hace un salto, el peor de todos y se llama Alamna (La Muñeca). Corriendo al norte como en cuatro cuadras está otro raudal pernicioso y se llama Quipán (La Ardilla).

Ya de aquí (en adelante) todo es río hondo; hay algunos raudales que no son peligrosos, hasta haber caminado cinco leguas, y se llega al peor raudal de cuantos tiene este dicho río y se llama Unaguga (La Piedra). Poco antes de llegar a dicho raudal está otro no malo y al fin de él sobre la izquierda le entra un río pequeño que se llama Bulbul (Caño La Sirena). De aquí va dando vuelta más al norte; inmediatamente sobre la derecha le entra otro río grande que se llama Olama (El Perro). En corta distancia están dos raudales no malos, e inmediato está el encuentro

¹⁴ En el sitio de Tarica.

de Tomay y dando vuelta el río sobre la derecha al norte franco, se encuentra a poco más de una cuadra con el río Tomay (Tuma) que camina derecho al oriente.¹⁵

Como a dos leguas le entra un grande sobre la izquierda y se llama Quiraguasac (caño Hachita) hasta llegar al dicho encuentro de Tomay; se acaba el mal río y prosigue el dicho río de Muymuy, alias Metapa, que es este que se ha hablado y prosigue muy ancho y hondo. Pasado dicho río Quiraguasac se encuentran algunos raudales que no impiden subir un bote de navío. En este mismo paraje hay dos quebradas grandes sobre la derecha, la primera se llama Silina (La Mina) y la otra Lisana (Krukru), y en esta sobre un raudal da vuelta este río hacia el norte, y en distancia de dos leguas se encuentra un raudal muy malo que se llama Aribeoale (Oleaolea), y cosa de dos leguas está otro raudal como el anterior y se llama Suluca (Sulatara). Hasta aquí llegan piraguas y en adelante todo es río llano, ancho y hondo; siguen las poblaciones de los Zambos del Mosquito, tierra baja y firme que es una punta de tierra que entra en la mar y viene a ser península.¹⁶ Tiene por un lado el río Tinto,¹⁷ que desde allí comienza a entrar en el mar y por el otro el río de la Segovia (Coco), que también desde allí entra en el mar; de modo que esta península está entre estas dos bocas de ríos; tendrá dos leguas de ancho y cuatro o cinco de largo, de suerte que de donde dije que pueden navegar botes es río sin tropiezo para navegar piraguas, y de allí al mar hay la distancia como de cuarenta leguas, y esto también es habitación de los Zambos e ingleses, porque este río de Metapa desagua en la laguna de Perlas, que es su remate y viene a estar entre los dos castillos: el de San Juan está al norte y el del golfo al sur. [?]¹⁸

¹⁵ En la confluencia del río Grande de Matagalpa con su principal tributario, el río Tuma, se encuentra la localidad de San Pedro del Norte.

¹⁶ El Corregidor se refiere en este caso a la barra del río Grande, en su desembocadura en el mar Caribe, especulando sobre el fin del río.

¹⁷ En la costa norte de Honduras.

¹⁸ Esta inexacta ubicación y descripción de la desembocadura del río Grande de Matagalpa, revela el gran desconocimiento que las autoridades españoles, de mediados del siglo XVIII, tenían de la configuración real de la costa Caribe de Nicaragua.

A un lado derecho de este río de Muymuy, alias Metapa, está otro río caudaloso nombrado Teponaguasapa en cuya boca está fabricando los ingleses un fuerte, que esté asegurando estos dos ríos,¹⁹ que de uno a otro pueden haber como cuatro leguas, porque este dicho Metapa es el desagüe de casi toda la Provincia de Nicaragua, cuya puerta es el Partido de Chontales, de donde salen como veinte ríos, entre grandes y pequeños, que todos se reúnen con este dicho Metapa, en cuyo desagüe al mar están dos poblaciones de indios: la una en Laguna de Perlas; su cabeza es Maestre Hebran, y la otra como en distancia de media legua, hacia la orilla del mar. Su principal es Thomas Corant. Estos tratan en ropas que conducen (según lo dicen los indios Caribes) una para Matina (Costa Rica), otras para Segovia, otras a Nicaragua (Rivas), y algunas para Chontales; no es de la mayor fe porque en dos años que he obtenido los empleos de Corregidor y Teniente del Capitán General del Partido de Sébaco y Chontales, no he visto una pieza de Bretaña, y así juzgo que es en los demás parajes.

El intento de vivir los ingleses en Laguna de Perlas, es el comercio que tienen con todas las naciones arriba dichas, así de indios Caribes como de Zambos del Mosquito, a quien abrigan, arman y adiestran en tanta manera que dichos Zambos están tan diestros, que sólo los veteranos de Europa les podrán igualar, y cuando han querido en estos Partidos impedirlos entrar o salir, han invadido los pueblos, de suerte que de menos de diez y seis años han aprisionado al pueblo de Muymuy, una al de Xinotega, otro al de Lóvaga, y otra al de Boaco, todos estos son del Corregimiento de Sébaco y Chontales, en que ha perdido el Rey Nuestro Señor, según buena cuenta, doscientas setenta y seis familias de indios como si fueran negros.

De Muymuy al pueblo de Boaco, habrá como veinte leguas, de unos campos los más hermosos y fecundos, pero como cir-

¹⁹ El llamado Teponaguasapa por el Corregidor, corresponde mas bien al presente río Kurinwás, que corre paralelo y a poca distancia al sur del río Grande.

cunvecinos a la Montaña, son inhabitables en este intermedio. Hay cuatro ríos: el dicho de Muymuy, el de Olama, Compasagua y Aguasca (La Puerta), fuera de muchos arroyuelos que talvez es el conducto de los Caribes; que es lo más sensible que todas estas naciones saben los conductos, entradas y salidas a toda la tierra y Montaña, y los españoles absolutamente no hay uno que sea medianamente práctico; de que resulta de cuantas hostilidades han hecho las naciones no se ha remediado, porque para seguirles las huellas se han hallado atrasos por no saber entrar o salir, y queriendo entrar se les ha imposibilitado, por carecer de las noticias más precisas que debieran tener de las entradas de la Montaña por ser escondidas.

Del pueblo de Boaco a Camoapa, habrá ocho leguas de ciertas y del mismo despueble y amenidad, en cuyo término está un río no pequeño llamado Camoapa²⁰ que se une al referido Metapa como va expresado.

Del pueblo de Camoapa al de Juigalpa habrá como doce leguas algo despobladas, con algunas haciendas de ganados, en cuyo término está un río grande, llamado Juigalpa [¿Mayales?]; también se une con Metapa este río [?], no lo trafican los Caribes ni Zambos porque parece muy abundante de piedras.

De Juigalpa al pueblo de Lobaga (Lóvago), habrá siete leguas de camino pedregoso, aunque llano hay dos ríos pequeños. De Lovaga a Lovigüisca hay media legua de tierra llana y limpia, y de estos pueblos a la Montaña habrá como seis leguas de mal camino pero muy traficable, por ser serranía, que es el lugar donde corren los tres ríos siguientes, que al andar de la Montaña están seguidos y todos caudalosos: el primero es el Siquia, el segundo Balnadiso²¹ y el tercero Mico; que todos distan una

²⁰ Ocho años antes de escribirse este reporte, los pueblos de Boaco y Camoapa habían sido asaltados por hordas zambo-miskitas, de modo que fueron reubicados en otros sitios. El río mencionado como situado en el término de Camoapa era el Murra, tributario del río Grande de Matagalpa.

²¹ El "embarcadero" de Balnadizo o Cangrejal, por donde entraban los invasores estaba situado en el río Tapalwás, afluente del Siquia, cerca de la actual Santo Domingo de Chontales.

legua de uno a otro, y en distancia de doce leguas se juntan todos tres, Estos como todos los demás parten la Montaña para salir al mar y desaguan en la Laguna de la Montaña Azul (Bluefields). Hay de dichos pueblos al embarcadero de Cataguas como siete leguas,²² y del referido embarcadero a dicha laguna veinte y cuatro leguas de río limpio y hondable, porque aunque tiene un salto de cinco varas de alto, es como a las seis leguas de dicho puerto, cuyo salto sólo impide que pasen canoas de doce varas de largo, en tres meses que son Marzo, Abril y Mayo, y es por lo escaso de aguas en esos meses.

Tiene dicho río Mico en la mediana una población pequeña de indios Caribes, llamada Urrasguan²³ y al entrar hacia la dicha Laguna Azul está una población grande de ingleses que parece [con]tener algunas familias.²⁴ Su caudillo o comandante se llama Enrriens Currens, cuyo paraje es donde se trata de la construcción del otro fuerte o castillo.

Tienen mucho comercio de ropas y desde aquí a Jamaica se camina en navegación de muy cortos días, llevando los efectos de carey, palo Brasil, que hay muchos de todos colores: amarillo, morado y encarnado, con lo que hay mucho comercio y casi mensualmente hay embarcaciones de dicha Jamaica. Tienen sala de armas de más de quinientos fusiles y artillería en tierra, que según la declaración de ocho Caribes, a quienes he preguntado, pasan de ocho piezas de todos calibres y fuera de estos armados todos los Zambos con suficientes y buenos pertrechos de guerra, pues hay Zambos que tienen dos fusiles, que esto es todo lo más, y los tienen como unos espejos de bien acondicionados.

Acoyapa dista de estos dos pueblos de Lovaga y Lovigüisca, poco más de media legua, que es la última población del Corre-

²² El "embarcadero" de Cataguas estaba sobre el río Mico, aguas abajo del actual San Pedro de Lóvago.

²³ Uruswás—nombre que significa literalmente "río Mico"—estaba situada sobre este río, no lejos del actual puerto de El Rama.

²⁴ Obviamente se refería a Bluefields.

gimiento de Sébaco y Chontales, donde están las milicias para la defensa de estas fronteras.

La Montaña desde este pueblo de Matagalpa, hasta el último pueblo que es Lovigüisca, corre poniente-oriente, aunque en el distrito a distancia de cincuenta leguas largas hay muchos cerros y vueltas, en cuyo distrito hay los puertos siguientes que están en la misma Montaña: Yasica, Guabule, Puerto Caballos, Santa Rosa, Santa Bárbara, Camoapa, San Francisco el Gamalote, Carca, Balnadiso, Ayotepe, Carca y Cataguas. Estos son los que tengo visto, traficables; que los que se juzgan intransitables son más que los nominados que no tienen nombre.

Es cuanto puedo manifestar a la grandeza de Vuestra Señoría, según lo obligado de mis empleos de Corregidor y Teniente de Capitán General de los Partidos de Sébaco y Chontales.

Comunicación expedida en Matagalpa por el Corregidor Don Matías de Oropesa, el 20 de Noviembre de 1757, dirigida al Presidente Gobernador y Capitán General del Reino de Guatemala, Don Alonso de Arcos y Moreno.

Tomado de
**Colección de Documentos referentes
a la Historia Colonial de Nicaragua**
Tipografía y Encuademación Nacionales, Managua, 1921
notas de Jaime Incer Barquero

XVI

Robert Hodgson

Primera versión sobre la situación de la llamada Costa de Mosquitos

1757

Se limita a lo que actualmente se halla en posesión de los súbditos de Gran Bretaña. Todo el contenido proviene de observación personal—Esta es la copia literal, hecha por J. Eyles, de mi versión original—Londres, 30 de Agosto 1759

Quienquiera pudiera tener la ocasión de leer las siguientes páginas con alguna atención tendría, por supuesto, el deseo de saber cómo la persona que las escribió (Robert Hogson) pudo hacerlo. Es por eso que se indican la mayoría de sus viajes, los cuales (realizados en comisión de servicio) fueron hechos voluntariamente desde un punto de vista diferente al del interés privado. Sin embargo, mientras el autor se congratula con la esperanza de ser útil en alguna ocasión, y se atrevía a explorar esta casi desconocida parte del mundo, perdió la oportunidad de darse a conocer él mismo. De él baste decir que fue un caballero y miembro del ejército.

Año del Señor de 1753. En abril pasó a través del canal entre los cayos en una balandra hacia Cabo Gracias a Dios. Allí entonces construyó una casa en donde vivió cuatro meses, exceptuando el tiempo que utilizó en algunas excursiones; en una de las cuales (de tres semanas) fue en una balandra a Sandy Bay (a vivir) entre los indios. Tratando de regresar de ese lugar en una piragua, fue lanzado a la costa y obligado a regresar caminando a Cabo Gracias.

En agosto, viajó en una balandra pequeña bordeando la cos-

ta hasta llegar a Río Tinto. Permaneció allí dos meses y en varios otros lugares. Allí donde permaneció algún tiempo cabalgó a todos los asentamientos vecinos, fueran esos de blancos o de indios, remontó ríos, lagunas, etcétera, y los indios continuamente llegaban hasta él. En octubre viajó desde Río Tinto hasta Cabo Gracias a Dios en una canoa y permaneció allí otro mes. En diciembre abandonó la Costa de Mosquitos en un barco de guerra de su armada.

En enero de 1755, después de haber estado cinco días en Antigua Providencia y cuatro en San Andrés, pasó por los cayos mosquitos en una balandra hacia Sandy Bay y ayudó en el nombramiento del rey mosquito. Posteriormente viajó en una piragua hasta Río Tinto, pero fue desviado hacia otros cuatro ríos. Sin embargo, llegó a Río Tinto a finales de febrero, permaneciendo allí 12 semanas.

En mayo zarpó de Río Tinto en un pequeño bergantín con destino a la bahía de Honduras. Permaneció dos días en la Isla de Roatán y llegó al Haulover del río Belice una semana después. Viajó después a la desembocadura del Río Nuevo en una balandra y lo remontó. También visitó las lagunas vecinas en un pipante y la mayoría de las casas de los habitantes de la bahía, así como los campamentos de cortes de madera. Cruzó a pie el territorio en dos lugares diferentes. Tres semanas después regresó a la desembocadura del río Belice. Después de viajar por cinco días alrededor de los cayos, salió de la bahía en una pequeña balandra. Pasó por Utila, las islas de los Cerdos y Roatán. Dos veces fue desviado hacia Banaca (Guanaja) y por todo permaneció allí ocho días. Posteriormente pasó cerca y a lo largo de la costa desde Cabo Honduras hasta Río Tinto, llegando a este (último) sitio a finales de julio.

En agosto remontó unas 100 millas sobre el Río Tinto en un pipante, desembarcando muchas veces durante el día. Permaneció entre los indios salvajes en el corazón del territorio.

En marzo de 1756, se fue en una goleta hacia Banaca. Fue arrastrado hacia la bahía de Honduras. Permaneció allí tres

semanas y regresó en un pequeño bergantín que encalló en Twineff (Turmeff).

Allí permaneció cuatro días entre los cayos y posteriormente con las mayores dificultades pasó por Utila, navegando a la vela cerca de la costa, logrando regresar finalmente a Río Tinto en una canoa hasta Puerto Omoa, en donde permaneció diez días. Atravesó, conoció y recorrió muchos ríos. Se detuvo en Utila y en las islas de los Cerdos. En esas idas y venidas invirtió aproximadamente un mes; pero después, a consecuencia de la "fiebre de Omoa", que ha sido siempre fatal a todo lo inglés que ha desembarcado allí, se vió obligado a quedarse seis semanas en la sabana de Río Plátano.

En junio salió de Río Tinto en una piragua con el propósito de resolver algunos desórdenes entre los indios y también para informarse él mismo detenidamente sobre el país. Con tal propósito permaneció tres días en Caratasca, cuatro en Cabo Falso, siete en Cabo Gracias a Dios, 14 en Sandy Bay, 14 en Bragmans, cuatro entre los cayos de Perlas, llegando a Bluefields en noviembre. Allí permaneció siete semanas durante las cuales hizo muchas excursiones y reconoció el puerto.

En enero de 1757 zarpó de Bluefields hacia Río Tinto en la misma piragua, haciendo parte del camino por tierra. Durante el viaje comió, durmió o descansó en casi cada lugar que tenía un nombre, habiendo realizado suficientemente lo que se había propuesto. Después de cinco meses de ausencia volvió con grandes dificultades a Río Tinto.

En abril salió de Río Tinto en un bote de piloto, permaneció siete días en Cabo Falso y Cabo Gracias a Dios: cinco en Sandy Bay; cinco en Bragmans. Al llegar a San Andrés se hundió el velero, teniendo que permanecer allí diez días. Después puso a funcionar nuevamente la embarcación y en aproximadamente seis semanas llegó a Río Tinto.

De acuerdo a la versión antes expuesta, es evidente que dedicó cerca de tres años a conocer este verdaderamente atrayente aunque inexplicablemente descuidado país. Tres cuartas

partes de ese tiempo fueron utilizadas en fatigosas expediciones no carentes de muchos y grandes peligros. El hecho de haber recibido una formación de ingeniero le permitió hacer un mapa o dibujo de la costa, desde Punta Sambla al Río Bacalar en la Bahía de Honduras.

La Costa de Mosquitos está situada entre los $16^{\circ} 40'$ y $10^{\circ} 25'$ Latitud Norte, y entre $83^{\circ} 55'$ y $87^{\circ} 50'$ Longitud Oeste. La costa marina (desde una perspectiva general) forma un ángulo hasta cierto punto obtuso en Cabo Gracias a Dios, en Latitud $15^{\circ} 0'$ y Longitud $83^{\circ} 55'$ y $87^{\circ} 50'$ Longitud Oeste. La costa marina (desde una perspectiva general) forma un ángulo hasta cierto punto obtuso en Cabo Gracias a Dios, en Latitud $15^{\circ} 0'$ y Longitud $83^{\circ} 55'$. Desde este Cabo el extremo occidental está a 85 leguas y el extremo sur a 95, haciendo en total una costa de 180 leguas. El extremo occidental es Cabo Honduras, en $16^{\circ} 0'$ de Longitud, y el borde meridional sur es ese brazo del lago de Nicaragua llamado Río San Juan, en $84^{\circ} 10'$ de Longitud.

El objetivo para aclarar estos límites es que los indios mosquitos, desde que el país ha sido conocido por los europeos, han poseído y usado este territorio sin que ningún otro pueblo haya interferido en su derecho nativo de hacerlo así.

Nunca han sido conquistados por nadie, ni tampoco han sido amigos de nadie sino de los ingleses, quienes por tal razón se han extendido de un extremo a otro del territorio bajo su protección. Las familias blancas han vivido hacia el extremo occidental hasta el Río Román (donde ellos todavía emplean muchos negros), y sus cazadores llegaban hasta Cabo Honduras. Pero actualmente el asentamiento más occidental está en Río Cabo y el más meridional en Punta Gorda, cuyos habitantes trabajan con sus esclavos hasta llegar a la frontera con Nicaragua. La cadena de pequeños asentamientos ubicada entre esos dos lugares se verá mejor en el mapa adjunto sobre ellos, y aunque algunos de esos asentamientos han estado notoriamente establecidos por más de 100 años, ninguna potencia ha intentado molestarlos.

No es fácil determinar los límites hacia el interior. Sin embargo, la ubicación de una parte de los habitantes nos ayudará a formarnos algún juicio al respecto. Muchos de los indios mosquitos viven por lo menos unas 100 millas al poniente de la costa, corriente arriba de muchos de los ríos, y cerca de 200 millas corriente arriba de Cabo Gracias a Dios. Los británicos se han establecido muchas millas corriente arriba del Río Román; cerca de unas 100 millas corriente arriba del Río Tinto; unas 100 millas río arriba de Cabo Gracias a Dios; 65 millas río arriba de Bluefields; y muchas millas río arriba del Punta Gorda; y eso sin que los indios les causen la menor molestia.

Entre el territorio que ocupan estos últimos y el que ocupan los españoles, hay mucha tierra deshabitada en la que viven numerosas tribus de indios amigos y aliados de los mosquitos. Sin embargo, hasta que el interior del país sea conocido, no se puede fijar exactamente límite alguno, a no ser a través de líneas imaginarias de posición relativa, latitudes y longitudes; aunque ciertamente cerca de Cabo Honduras existen un río y una laguna que se extienden e internan con alguna extensión dentro del país, a lo largo de lo que podría ser el límite occidental; y el lado norte de Nicaragua podría ser el límite sur. Sin embargo, estos dos límites no podrían encontrarse porque los mismos incluirían algunos de los asentamientos indígenas españoles y van más allá de una cadena montañosa, la cual yo creo sería el límite natural sur occidental, que de acuerdo a lo que me han informado divide al continente en esa dirección. Aunque probablemente transcurrirá un siglo o dos antes de que nosotros y los españoles nos encontremos, lo que cada uno de nosotros posea quizás establezca los límites de forma aceptable.

Los colonos británicos están disminuyendo rápidamente porque los que llevan más tiempo aquí establecidos, y odiaban abandonar un territorio tan agradable acerca del cual habían abrigado las más grandes esperanzas, están muriendo; mientras que la más total negligencia y descuido impide la llegada de nuevos inmigrantes. Los colonos son en su mayoría mercaderes,

comerciantes con sus dependientes y siervos, y viven de manera dispersa, según lo requieran las circunstancias, casualidad, inclinación o intereses privados. Su número, tal como se ha contado uno por uno, se refleja en el cuadro abajo (excluyendo a los militares).

Gran injusticia se comete con esta gente cuando se les confunde con los de la Bahía de Honduras, puesto que son muy diferentes de aquellos; indudablemente que ellos son también sin ley; sin embargo, viven con admirable orden. La mayoría de ellos han sido morigerados por los infortunios; el hecho de no haber socializado mucho ha sido la muerte para la mayoría de sus vicios y realmente forman un grupo industrial de personas.

NUMERO DE COLONOS BRITANICOS EN LA COSTA DE LOS MOSQUITOS AÑO DE 1767																
Lugares de residencia	Blancos				Mestizos y Mestizas				Negros				Esclavos Indios			
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16
Cabo Gracias a Dios	4	2	0	6	0	0	0	0	15	13	28	0	0	0	28	34
Sandy Bay	5	0	0	5	0	3	4	7	2	1	3	6	2	8	11	23
Brangmana	11	0	0	11	0	3	3	6	7	1	8	-	-	20	28	45
Laguna de Cayo Parais	2	0	0	2	1	0	1	2	3	-	3	-	-	11	14	16
Com Iselenda	3	0	0	3	5	7	11	23	-	-	10	-	-	30	40	66
Bluefields	2	0	0	2	0	2	0	2	6	4	10	2	1	3	13	17
Punta Gorda	4	0	0	4	3	4	3	10	6	4	12	3	13	16	28	42
Laguna de Brewers	3	0	0	3	4	4	6	16	-	-	-	-	-	-	19	36
Rio Platano	2	0	0	2	6	3	5	14	-	-	-	-	-	-	10	26
Rio Tinto	1	0	0	1	0	2	3	5	0	1	1	4	2	6	7	13
Cerro Rio Tinto	20	10	1	31	5	7	5	17	-	-	-	-	-	-	254	302
Mestizo	9	0	0	9	6	14	29	51	-	-	-	-	-	-	127	167
Rio Cabo	17	4	4	25	2	6	9	17	-	-	-	-	-	-	201	243
Sin ubicación fija (itinerantes)	50	0	0	50	0	0	0	0	manumitidos			-	-	20	70	
TOTAL	133	16	5	154	34	55	61	170	-	-	-	-	-	-	800	1124

1. hombres; 2. mujeres; 3. niños; 4. total; 5. hombres; 6. mujeres; 7. niños; 8. total; 9. machos;
10. hembras; 11. total; 12. machos; 13. hembras; 14. total; 15. Gran total; 16. total de almas.

La proporción de niños blancos es tan pequeña debido a que la mayoría de las mujeres han vivido anteriormente con demasiada libertad. Viven muchísimo al estilo europeo en cada cosa. Las casas en general (ninguna se ha construido hasta ahora de ladrillos) son estructuras de madera, con techo pajizo, y las paredes laterales de listones de madera con mortero, blan-

queadas. Sin embargo, existen algunas que presentan buena apariencia, construidas enteramente de madera y de dos pisos.

Río Tinto, Caño Mestizo y Cabo están tan cerca el uno del otro que pueden ser considerados como un solo asentamiento. Es el más grande de todos. Esto no se debe a alguna superioridad intrínseca del lugar, sino a que los cortadores de madera de la Bahía de Honduras consideran este lugar como el recinto seguro más cercano para ellos mismos y sus pertenencias, por la amistad de los indios y las barras de los ríos, que son peligrosas de pasar sin ser buenos conocedores y estar bien familiarizados con ellas. Fue a este lugar que se retiraron cuando fueron atacados por los españoles en 1730, y muchos de ellos que estaban insatisfechos con la turbulencia de su vida previa se asentaron aquí. Hicieron lo mismo en 1754 y se debió únicamente a este refugio el que no fueran totalmente aplastados y con ellos todo nuestro comercio de madera, porque ¿de dónde o de qué manera debería surgir todo un nuevo grupo de estos hidalgos? Ellos vinieron aquí fácilmente en sus barcos y cuando los españoles, que fueron incapaces de poder permanecer en la Bahía de Honduras, se regresaron, la mayoría de los colonos británicos volvieron de nuevo a ese lugar, construyeron nuevas chozas y volvieron nuevamente a trabajar como de costumbre.

En el año de 1747 un comando bajo un teniente fue enviado a esta parte de la costa y una especie de fuerte se puso para su protección. En 1752 una compañía de las tropas de Su Majestad fue estacionada aquí con órdenes de defenderlo hasta las últimas consecuencias.

En 1756 el Gobernador de Jamaica, habiendo expresado su deseo de que se construyera una fortificación adecuada, consideró que los colonos podían organizar 150 hombres para combatir, y que con 500 libras esterlinas y 20 esclavos podrían construir un lugar defendible, algo entre un pequeño fuerte y una casamata y dos baterías, las cuales defendiéndose debidamente podrían resistir cualquier ataque que se pudiera hacer contra ellos. Sin embargo, se pudo haber escogido un mejor lugar para defenderse.

El comercio anual ha sido, de acuerdo a un promedio de varios años, de un valor aproximado de 400 libras de esterlinas en bienes importados. Las exportaciones y sus valores en el mercado son como sigue:

• 120,000 libras de zarzaparrilla a 2 chelines por libra	12,000 £
• 200,000 pies de caoba y otras maderas duras a 6 peniques el pie	5,000 £
• 6,000 libras de concha de tortuga a 10 chelines por libra	3,000 £
• 125 mulas a 20.00 libras esterlinas cada una	2,500 £
• Algunas pequeñas cantidades de moneda, plata en bruto, añil, cacao, cueros, y cebo obtenido de los españoles y otras curiosidades	2,500 £

Muchos de estos artículos, por falta de regulaciones adecuadas, terminan yendo hacia Holanda, ya sea directamente o por la vía de Nueva York. Sin embargo, los impuestos pagados a las arcas reales en sólo la mitad de dos de esos artículos, son considerablemente mayores que los gastos ocasionados por este lugar al Gobierno. Por ejemplo, 60 mil libras de zarzaparrilla, a siete y —peniques por libra de impuestos, pagan mil 937 libras esterlinas, diez chelines y cero peniques. Por tres mil libras de concha de tortuga, a un chelín, cero peniques y 18/20 21/40 por libra, se paga un impuesto de 161 libras esterlinas, 11 chelines y 63 peniques y—. La suma total alcanza un monto de dos mil libras esterlinas, un chelín y seis peniques y—.

Los colonos poseen 12 veleros mercantes, tres de los cuales van anualmente a Europa; los otros están yendo continuamente a Nueva York o Jamaica, pero algunos van primero a la Bahía de Honduras a fin de completar su carga con madera rolliza de tinte.

El viaje desde aquí a Europa o Norte América es tan corto como hacerlo desde Jamaica; y el regreso como tres días más largo. Ambas rutas son más seguras en tiempos de guerra, puesto que no hay ocasión para encontrarse con ninguna de las islas de las Indias Occidentales. El viaje a Jamaica depende grande-

mente de la época del año; con o más bien contra los vientos alisios (barlovento o sotavento), dura generalmente 16 días desde Cabo Gracias a Dios, 30 días desde Cabo Honduras y 20 desde Nicaragua. Sin embargo, con los vientos nortes o los vientos occidentales, desde Jamaica a cualquier parte de la Costa de Mosquitos requiere menos de la mitad de ese tiempo. Pero la única razón para ir a Jamaica sería la de abastecerla con mulas.

Esta pequeña colonia incrementaría grandemente su comercio aún en las actuales circunstancias, tanto en cantidad como en el número de artículos, con pocos estímulos. Pero a falta de éstos, los colonos miran poco hacia el futuro, descuidan por completo los cultivos, excepto para suplirse las provisiones necesarias, y dependen de lo que la naturaleza les ofrece más a mano para el comercio.

La fisonomía del país es variada. La costa marítima desde Cabo Camarón hasta Bluefields es baja y plana; sin embargo, el terreno se levanta gradualmente hasta los grandes ríos, que son numerosos. Las orillas de estos ríos regulares y floreados forman bellas avenidas. Cerca de 20 millas río arriba, el terreno es lo suficientemente alto para ser utilizado con cualquier propósito. Las tierras bajas están llenas de pantanos. Cerca de la costa hay varias lagunas grandes, cuya longitud, en su mayor parte, es paralela a la costa y están tan unidas entre sí por estrechas gargantas de agua, que la mitad de su distancia se puede cruzar hacia el interior por aguas tranquilas. En períodos de inundación, esta parte baja puede ser llamada un conjunto de islas cercanas a tierra firme; sin embargo, la tierra no se sobre inunda hacia el oeste, y hacia el sur de los cabos arriba mencionados es alta casi hasta la costa y las colinas se levantan suavemente como las ondas del mar.

La gran mayoría de las tierras altas están cubiertas con extensos bosques, pero las tierras bajas consisten principalmente de grandes llanos planos, que escasamente tienen un solo árbol y algunos de ellos son muy extensos. Todo el país en su conjunto está extraordinariamente bien irrigado por muchos y exce-

lentes ríos, que tienen un largo curso e innumerables ríos, arroyos, caños y lagunas de tamaño más reducido. Sin embargo, todos los ríos tienen el inconveniente de barras poco profundas en sus desembocaduras.

El suelo de las tierras altas boscosas es el mejor. Por todos lados es excelente, siendo tierra orgánica de un profundo color negro o de un rico barro (color) ladrillo. La tierra baja boscosa que se encuentra dispersa entre las planicies (o sabanas, como se les llama allí) no es tan buena; sin embargo los habitantes que hasta ahora las han escogido para sus plantaciones han experimentado que producen muy bien lo que ellos quieren.

Las tierras de las sabanas son las peores. El suelo está constituido por arena ligera, mezclada con rica tierra vegetal, pero que puede ser grandemente mejorado, y convertido en muy útil. Actualmente se utiliza para pasto. Los pantanos o marismas son un suelo muy rico, y si los bosques que en ellos crecen se cortaran, se secarían o con un poco más de trabajo podrían ser desecados.

El producto natural no cultivado (y sin duda, hay muy poco de cualquier otra cosa) es por supuesto producido por la naturaleza bajo desventajas que un poco de arte superaría. Los principales productos son los siguientes:

El cacao crece por todo el país, pero está muy disperso como para que sea valioso de colectarlo para la exportación; es mejor que el que se produce en el río Matina.

El añil crece también por todos lados, y se dice que tiene la misma calidad de ese que crece atrás, en la provincia de Guatemala, y se le estima como el mejor del mundo.

El algodón crece por todas partes en las peores tierras; la fibra es extraordinariamente buena; aquí existen tres especies de esa clase que es manufacturada, una de las cuales es de un color ligeramente pardo rojizo y luce tan bueno como la seda.

Ipecacuana, contrayerba, zarzaparrilla, "raíz de la china", cinamomo, regaliz, achiote, vainilla, e innumerables tipos de bálsamos y gomas (algunas de gran fragancia y de extraordinaria elasticidad), raíces, bejucos y lianas, juncos, mimbres,

que los indios usan como antidotos de venenos, para heridas y enfermedades; (maderas para) barnices y tintes crecen en abundancia y muchas de ellas, sin duda alguna, son valiosas. Probablemente entre ellos pueden estar el bálsamo del Perú, bálsamo de tolú y cativo, que crecen en el territorio español situado detrás. Pero la zarzaparrilla es la única droga que hasta la fecha ha sido transportada, debido principalmente a la falta de conocimiento entre los colonos.

El zacate de seda (una de los muchas especies que existen aquí del álloe) es muy útil, tomando en cuenta la finura y resistencia de las fibras de sus hojas, que se desgajan fácilmente y tienen una longitud de unos ocho pies. Esta hierba sirve para hacer toda clase de hilados, desde hilo para costura hasta cables, y únicamente es inferior a la seda.

En todo el país, particularmente cerca de ríos y lagunas, crece gran cantidad de muchas clases de madera fina para construcción. Algunas sólo tienen nombres indígenas pero aquellas que se utilizan comúnmente son las siguientes:

Caoba: no se le considera tan buena como la de Jamaica. Ello se debe a que la que ahora se tiene en esa isla crece en terreno seco y rocoso, donde ha sido preservada hasta el fin por la dificultad de transportarla. Además, por faltarle terreno tiene un crecimiento lento y presenta estrías muy cerradas. Pero aquí ha sido cortada por conveniencia en tierras bajas, cerca de las riberas de los ríos, donde su crecimiento es rápido y por tanto sus estrías son abiertas. Sin embargo, aquella que se corta en las tierras altas es tan buena como cualquiera.

Cedro: es una madera muy buena y útil; sin embargo, no es igual a la de las Bermudas. Es buena para los trabajos de cubierta y tablazón de veleros, que son ligeros y fuertes.

Santa María: es una madera excelente para resistir el clima (en plataformas y otros). Sirve para hacer estructuras o marcos muy fuertes para veleros y mástiles aceptables aunque muy pesados.

Los árboles de pino crecen principalmente por sí mismos en bosques, en las sabanas y son de dos clases: una llena de brea

y trementina, la otra más libre de esas sustancias y blancuzcos. Ambas sirven para hacer buenos tablones, tablas, cuarterones y armazones o maderamen para el casco de los navíos, pero son muy pesados para hacer mástiles principales. Los árboles secos viejos son demasiado duros para hacer hachas corrientes; sirven para hacer excelentes quillas, rodas o tajamares, guardatimones o codastes, y los tablones o aparaduras inmediatas a la quilla para veleros, porque la broma difícilmente les afecta. Nunca se ha sabido que se deterioren, ya sea arriba o bajo tierra, y en astillas arden como antorchas.

Zapotes, nísperos, zapotillos, jobo, “árbol perdigón” come negro, cornejos, madera de Burton, guayaba de montaña, algarrobo, tuberosa “eboe”.

Todos son árboles grandes de buena calidad y de amplio ramaje, y la madera lo suficientemente dura para trabajo de aserrado. Muchos de ellos producen frutas agradables y nutritivas, y proporcionan madera de excelente calidad para construcción de casas, pilares para muelles, etcétera, y por esas razones se ha encontrado que merece la pena enviar veleros cargados a Jamaica.

El mangle es de tres clases y muy abundante. La madera de las variedades roja y negra es muy útil, y la corteza sirve para hacer buenas curtiembres.

El árbol de ceibo (algodón, no del que es manufacturado) tiene una madera muy esponjosa, pero es tan grueso que sirve para hacer piraguas y canoas, pero no tan buenas como aquellas que se hacen de tuberosa, cedro o caoba. La madera ligera sirve para hacer flotadores de anzuelos y corchos de calidad aceptable.

Pimienta de Jamaica y árboles de toda clase de especias crecen varias partes. El árbol de majagua, “mahoe,” crece en la mayor abundancia; su corteza sirve para hacer cuerdas bastantes aceptables, así como buenos hilos para líneas y redes.

Hay muchísimas especies de palmeras, más de 20, la mayoría de las cuales producen dos o tres veces al año nueces o bayas, que son extremadamente nutritivas para los hombres, cerdos y aves de corral, y que también son útiles por el aceite que

contienen en grandes cantidades. Las hojas sirven para hacer buenos techos y los troncos o cepas de algunas producen bebidas intoxicantes. Entre éstas están las siguientes: el coco, "repollo de montaña" y el árbol corozo (cohone); este último es la más abundante y produce el mejor "repollo" (las hojas tiernas se enrollan como el corazón del repollo).

El bambú crece alto y en abundancia. Se le utiliza para muchos fines.

Arboles de fruta de pan, cuyas nueces son muy nutritivas. Hay tres clases de plátanos. El banano crece muy bien en los bancos de las orillas de la mayoría de los ríos.

"Hierba de los escoceses" (con una hoja larga y fina), muy valiosa para el engorde de reses y caballos, crece en gran abundancia a orillas de la mayoría de los ríos y caños.

Naranjas, limones, limas, piñas, "pinguins," guayabas (una clase muy peculiar), papas, aguacates, anonas, guanábanas, pan de mico, granadillas, melones, sandías y toda clase de frutas comúnmente conocidas en las Indias Occidentales, crecen aquí, aunque algunas, siendo exóticas, son escasas, pero todas se dan con gran perfección.

Un gran número de árboles útiles, arbustos, matorrales, cañas y juncos deben pasados por alto por carecen de nombres, y una descripción de ellos está más allá de la intención de esta versión.

¿Cuál pudiera ser la producción?, es una pregunta muy interesante para el comercio de Gran Bretaña y se reserva para futuras consideraciones. Lo que a continuación se señala sólo trata de ser un intento de respuesta a tal pregunta.

De acuerdo a un cálculo correcto, existen cerca de 30 millones de acres en este excelente país, los cuales, considerando la calidad y variedades de los suelos y la experiencia obtenida en los cultivos que hasta ahora se han intentado practicar, es muy probable que producirían la mayoría de las plantas que crecen con gran perfección entre los trópicos. Esa producción sería suficiente para suplir todos los mercados de Europa con los pro-

ductos de las Indias Occidentales a precios muy moderados. La mayoría de los artículos siguientes están particularmente bien adaptados para eso.

Caña de azúcar: lo poco que se ha sembrado crece extraordinariamente bien en este país, que está en mejores condiciones para ello que cualquiera de las islas caribeñas debido a la abundancia del agua, tanto para los trapiches como para el acarreo. Además, no está sujeto a sequías severas y está prácticamente libre de huracanes. Estas grandes ventajas no han tenido suficiente recomendación, porque una nueva colonia azucarera es un objeto de mortificación para los orgullosos dueños de las antiguas, y por lo tanto están lejos de querer dar a conocer tales ventajas. Sobre esto deberían darnos una clara respuesta respecto al peso de sus verdaderas intenciones.

El cacao está aquí en su propio país y silvestre como es, existen muy pocos que sean mejores. Cultivándose (que es muy fácil), sería quizás el mejor del mundo.

Añil. Lo mismo se puede decir del añil que del cacao. Crece generalmente en las peores tierras.

El algodón florece espontáneamente en las peores tierras. Existen tres clases, pero la fibra de todas ellas es excepcionalmente buena y larga.

Madera de tinte ("árbol de Campeche"). Existen suficientes tierras pantanosas de la misma naturaleza de aquellas de la Bahía de Honduras para producir más que suficiente para nuestro propio consumo. Cualquier cantidad de semilla puede ser fácilmente adquirida y en menos de 15 años los árboles alcanzan su total crecimiento y están listos para cortarse.

El pimiento (de Jamaica) es nativo y crece bien.

Jengibre y café. Las pequeñas cantidades con que se ha experimentado crecen bien.

Los bálsamos, gomas, raíces y vainas se han mencionado anteriormente. Constituyen un extenso campo de estudio y compensarían ampliamente al industrial: porque con toda probabilidad hay muchas e importantísimas variedades para

tintes, drogas, etcétera, que serían descubiertas, y si aquellos que no crecen en el país por todos lados (si es que no están ya aquí) fueran introducidos, este ramo ameritaría una consideración muy particular.

De las clases de pan. Los actuales habitantes tienen la mayor cantidad de plátanos, maíz, batata, yuca (no de la venenosa), quequisque, varios tipos de tubérculos (taro) y papas (como alcachofas de Jerusalén). Todos estos frutos son nutritivos y agradables, y se cultivan sin mayores problemas. El cultivo del arroz ha sido intentado y crece bien en las tierras bajas que algunas veces se inundan. Trigo de buena calidad es cultivado por los españoles. Vegetales para ensaladas europeas y hierbas de jardín crecen bien.

El tabaco crece con un aroma muy fuerte y podría valer la pena cultivarlo porque pareciera ser de una clase muy particular.

El ganado y las mulas pueden ser criados a muy bajo costo en las sabanas, las cuales con un tratamiento adecuado serían buenos pastizales. Respecto a las mulas, las necesidades de Jamaica podrían ser suplidas desde aquí.

Los medios para distribuir esas riquezas no deberían ser un problema. La construcción de barcos tendría la enorme ventaja de la abundancia de maderas duras y resistentes, bien adaptadas a los diferentes fines. Los barcos contruidos aquí han probado con la experiencia ser superiores, con mucho, a aquellos contruidos en Norteamérica.

Y para los avaros, perezosos y amantes de lujos que no se satisfacen con tales riquezas que son la recompensa de la laudable industria, hay muchísima razón para pensar que existen valiosas minas entre los cerros, debido a la naturaleza de los manantiales y (o) los suelos. En el vecindario español existen varias (minas) y algo de polvo de oro ha sido recientemente llevado a Río Tinto, pero los indios no quisieron decir de qué lugar.

Aquí podría haber un gran consumo de manufacturas británicas, en lugar de las que al presente nos mantienen muy endeudados con los extranjeros y muchas otras que necesitamos,

a cambio de las cuales se enviarían muchos artículos valiosos. El gran incremento al tesoro real debe ser considerado en otro lugar, así como también las posibilidades futuras de otras importantes y más extensas consecuencias de establecerse aquí. Así mismo deberían considerarse algunas ideas sobre el método de introducir colonos, aplicar regulaciones apropiadas, medios de protección, etcétera, a fin de hacerla pronto una floreciente colonia. Ello podría hacerse con una pequeña proporción de los gastos y problemas que serían requeridos para desarrollar un proyecto similar en cualquier parte de Norteamérica.

Las clases de animales y sus especies parecen incontables. Muchas son útiles, algunas curiosas y unas pocas son malignas. Una descripción de ellas sería voluminosa, pero las principales o las más útiles son las siguientes:

Los peces son muy abundantes en el mar, lagunas y ríos. Algunos son muy grandes y de buena calidad, pero todos buenos en su género y fáciles de capturar. Los más comunes son: sargos, diente de mico, lizas, mújiles, guasas, palometas, corvinas, pargo colorado, robalos, caballas, serruchos, sábalo real, barracudas, "sun fish" y rayas. Los mariscos son los siguientes: langostinos (una clase es del tamaño de una langosta grande), cangrejos de mar y tierra, caracoles de mar, camarones, y en muchos lugares bancos interminables de buenas ostras. De igual manera hay mucho del extraordinario pescado llamado manatí que es muy bueno para comer. También existe un marisco que produce un tinte color púrpura que nunca se destiñe, y en el mar hay algunos tiburones pero no muy voraces.

La tortuga, que aquí abunda en la mayor perfección, amerita una atención particular por ser la que proporciona, fácilmente, gran cantidad de una comida saludable, agradable y altamente beneficiosa para los colonos.

Las tortugas verdes (el tipo más estimado) abundan durante todo el año en los cayos. Pero la mejor época para la pesca es desde finales de marzo hasta finales de junio, pues es cuando pasan cerca y a lo largo de esta costa en grandes manadas, desde la

Bahía de Honduras hasta Cabo Blanco; las hembras a desovar (aunque muchas lo hacen en el camino) y los machos haciéndoles compañía. Durante esta estación, tres hombres y un muchacho, con dos redes y una canoa, pueden esperar capturar entre 80 y 130 tortugas, pesando cada una de ellas cerca de 150 libras de carne (sin incluir la concha y otros). Los pescadores las engorrandan por más de dos meses en un corral hecho con estacas dentro del agua y un mes fuera del agua. La carne después de estar salada por un año es buena y nutritiva, y se vende en Jamaica al precio de carne salada. Las tortugas (que escapan a la pesca) se regresan por el mismo camino que llegaron, desde mediados de agosto hasta finales de septiembre, y son tan abundantes como antes pero no tan gordas, aunque todavía muy buenas. Una venta como ésta no tiene paralelo en ninguna otra colonia.

Existen otras tres especies de tortuga, a saber: tortuga de carey, tortuga caguama y tortuga tora. Las de mediana edad de la primera especie y sus huevos (para poner los cuales escogen estas costas), se pueden comer pero son especialmente apreciadas debido a su concha, la cual se obtiene generalmente calentando la parte cóncava del caparazón hasta que las 15 escamas (las cuales pesan cerca de dos libras) se desprenden. Los huevos de la segunda especie son buenos y la concha de algún valor. La tercera especie no tiene valor alguno.

En los cayos hay cercetas de las cuales se obtiene aceite. Los cocodrilos son más bien demasiado numerosos pero no peligrosos, porque como su olor puede ser percibido a una buena distancia, si no se corren (lo cual generalmente hacen) son fácilmente eludidos o muertos. Como además tienen el verdadero olor del almizcle en altísimo grado, esa mercancía podría quizás extraérseles.

De los cuadrúpedos, los animales de caza merecen la mayor atención. Abundan en los bosques y sus clases son las siguientes:

Sahino: Una especie de cerdo. La diferencia es que tienen el pelo más largo, hocico y patas más cortas, y el pescuezo más grueso. No tienen cola y tienen una glándula en su trasero que parece un ombligo y hiede a grasa rancia de ganso que, si no se

corta pronto después de matarlos, apesta todo el cuerpo del animal muerto, pero si se corta debidamente la carne es mejor que la de puerco.

El pecarí es una clase más pequeña del animal arriba descrito. Ambos se mueven en manadas, y si uno es atacado todo el resto hace causa común contra el atacante. Se puede domesticar fácilmente como se hace con el cerdo común.

Venados: son pequeños, y tienen poca gordura pero la carne es blanca, tierna y de buen gusto.

Los conejos indios (guatusas) y guardatinajas son más grandes que una liebre y de mejor sabor, especialmente los últimos; los primeros se domestican fácilmente.

Los armadillos y las tortugas de tierra, éstas abundantes, proveen buena comida; especialmente una variedad de las últimas.

Los "guanos" (iguanas) son de dos clases y muy buenos para comer, sin embargo, su figura es muy fea.

Los monos, de muchas clases, son muy abundantes. Se alimentan de las mejores frutas, y aquellos que los comen los aprecian mucho. Cuando se les arranca el pelo para comerlos su apariencia es traumatizante.

La danta (el tapir) provee una comida aceptable, pero no es muy abundante. (Este animal puede ser llamado el elefante americano.)

Los otros principales cuadrúpedos nativos son: leopardos, tigres, panteras y tigrillos, todos pequeños en su clase y temerosos de los hombres, aunque algunas veces se atreverán sobre ganado joven y venados. Sin embargo, se mantienen alejados de cualquier asentamiento humano. Algunos de los leopardos son negros, y aunque tienen las mismas manchas que los otros, sólo se les puede ver bajo cierta luz, siendo los negros los más relucientes.

También hay mapaches, ratas almizcleras, nutrias de mar, nutrias, osos hormigueros, perezosos, tacuazines (con la bolsa para sus crías) y ardillas, así como otros animales nocturnos.

Los pájaros más comunes son los pavones, que hay en gran abundancia. Son tan grandes y sabrosos como el pavo.

Hay un pájaro llamado "quam" parecido al pavo en tamaño y gusto. Los patos y las cercetas son muy abundantes durante los meses del invierno y son tan buenos como los de cualquier otra parte.

Hay tres clases de perdices, de extraordinaria calidad, pichones de muchas clases y todos muy buenos. También hay guacamayos, cotorras, loras, cotorritas, y pericos de varias clases; para comer son insípidos, pero sirven para hacer buenas sopas.

Chorlitos, gallinitas de agua, son buenos para comer. Existen el rey de los zopilotes, gavilanes de varias clases; una de ellas que coge peces y otra exactamente igual al esparaván, más o menos del tamaño de un pájaro negro, y vuela solamente al atardecer.

Existen tucanes de tres clases, murciélagos, colibríes y una gran variedad de otros pájaros pequeños, algunos de los cuales cantan dulcemente. Cerca de la costa hay pelícanos, garzas de tres clases, flamencos, fragatas, pájaros bobos, gaviotas y otros pájaros marinos, cuyos huevos son comestibles. ,

En este país, al igual que en los de clima cálido, abundan las alimañas, pero no tanto como se reporta de otras partes de las Indias Occidentales.

Las serpientes son más bien abundantes, y algunas variedades son venenosas pero raramente atacan, y cuando lo hacen la mordedura se cura rápidamente. Se dice con cierta credibilidad que algunas tienen dos cabezas, pero eso aquí no se asegura.

Hay alacranes y ciempiés, cuyos aguijones los niños aguantan sin llorar. Hay iguanas de muchas clases, todas inofensivas y bonitas.

Hay sapos y ranas en los pantanos, en donde en las tardes de la estación lluviosa hacen un ruido exactamente igual al de los gansos, y son por lo general acompañados con una u otra nota de alegría por todos los diferentes tipos de pájaros e insectos del campo, que parecen estar dando gracias en concierto, subiendo y bajando sus notas armoniosamente.

Las garrapatas, gorgojos y otros pequeños insectos dañinos, se sufren por exceso de pereza pero no sin ella.

Las muchas especies de hormigas parecen indicar que este es un país para los industriosos. Los mosquitos, tábanos y bocones son en general escasos, y en muchas partes del territorio no existen.

Existen muchas otras especies de moscas, entre las cuales está la mosca brillante, que es tomada como alimento por las cantáridas.

Debe hacerse notar que las alimañas muy raras veces o nunca frecuentan las habitaciones.

Los actuales habitantes tienen muchos caballos, ganado vacuno, cerdos, ovejas, cabras, pavos, patos y otras aves de corral; gatos y perros. Todos se reproducen bien. La carne vacuna y porcina se sala durante los meses del invierno (y es muy buena), y durante este tiempo también se puede hacer mantequilla.

Hay una gran abundancia de miel de extraordinaria calidad y las abejas que no tienen un aguijón perceptible la llevan a sus colmenas. La cera es negra.

El clima es sensiblemente más fresco que en Jamaica y muy saludable, a causa de lo cual la gente de esa isla viene aquí algunas veces. Sin duda, los desórdenes climatológicos en ambos lugares son de la misma naturaleza, pero aquí no son tan frecuentes o tan violentos como en esa isla. Durante la época de los nortes la estación puede ser llamada con propiedad invierno. Una prueba visible del carácter saludable de este lugar es el semblante fresco y robusto de todos sus habitantes.

El viento más común es la brisa del mar o vientos alisios. Este viento sopla fresco en junio y julio, pero muy moderadamente en abril, mayo, agosto y septiembre, particularmente en abril

y desde mediados de agosto hasta finales de septiembre. Pero desde ese mes hasta finales de octubre prevalece un viento occidental a lo largo de la costa hacia el poniente de Cabo Gracias a Dios, y un viento sureño a lo largo de la costa en la parte meridional de la misma.

Posteriormente, hasta finales de febrero, durante la luna llena y el cambio de luna, se pueden esperar fuertes vientos del norte (que son los vientos más fuertes aquí), que cambian su dirección indistintamente desde el este a oeste (aunque más comúnmente del oeste, porque durante ese tiempo la brisa del mar sopla muy poco), y continúan por una semana. Este viento del Norte pocas veces es tan violento como para impedir a los veleros navegar hacia barlovento, y si éstos lo hacen así pueden abrigarse en isla de Guanaja. Como los temporales más fuertes son siempre aproximadamente dos grados hacia el oeste de la latitud norte, los veleros están seguros de llegar al excelente puerto de Cabo Gracias a Dios, aunque generalmente navegan demasiado hacia adentro del mar. En la orilla oriental, que se sitúa aproximadamente entre norte y sur, los vientos más fuertes soplan parcialmente sobre tierra, y son por lo tanto moderados, pero generan una fuerte corriente que sopla desde el sur.

Cada noche, excepto durante los nortes, el viento que viene desde tierra firme sopla como siete millas hacia el mar, (aunque algunas veces de forma muy débil), y es una gran ventaja para los veleros que van a lo largo de la costa con dirección este, y no es tan malsano como en otros lugares.

El mes de marzo es muy incierto. Las estaciones son muy parecidas a las de otras partes del continente: en las dos estaciones lluviosas escasamente pasa un día sin una lluvia fuerte. Las primeras lluvias generalmente caen en junio y duran aproximadamente seis semanas.

Durante ese tiempo los ríos crecen considerablemente y son muy impetuosos, pero no inundan la mayor parte de la tierra. La segunda época lluviosa comienza alrededor de mediados de octubre y dura cerca de dos meses. Cuando terminan las lluvias

la vegetación crece rápidamente y existe la ventaja adicional de frecuentes lloviznas.

Los puertos en esta costa no responden a las exigencias que hay para ellos en esta región. Sin embargo, no hay mucha razón para quejarse y lo que existe puede ser rápidamente corregido. Hay dos buenos puertos para lo que se pudiere necesitar:

El principal está cerca del centro de la Costa de Mosquitos, en Cabo Gracias a Dios, muy a resguardo del mal tiempo y es tan espacioso que mil veleros podrían anclar allí. Tiene una profundidad de tres a cinco brazas de agua. Indudablemente estos lugares no podrían ser defendidos de un eventual enemigo sin dificultades y gastos. Sin embargo, aquellos veleros que pudieran aligerarse de manera a tener un calado de diez pies de profundidad, podrían remontar la tranquila barra del Río Wanks (en donde habría una mayor profundidad si sus desembocaduras se redujeran a una sola, lo cual es muy factible), y después podrían navegar hacia el interior del país. Desdichadamente, un plano de este puerto se perdió.

El otro puerto está en Bluefields. Se halla abrigado del mal tiempo, y podrá fortificarse fácilmente. Sin embargo, habiendo sido cuidadosamente examinado y su diseño adjuntado, nos remitimos a él para mayores detalles.

Hay muchos lugares en los cuales pequeños veleros, o cualquier otra embarcación que pudiera ser suficientemente aligerada, podrían atracar, pues una vez pasadas las barras los ríos son considerablemente más profundos y pueden adentrarse en el país. En la barra de la laguna Brewers hay siete pies de profundidad; diez en la de Río Tinto; nueve en las de Caratasca y Guanizon; ocho en las de Río Grande y lagunas de Perlas.

Hay abrigos en los cayos de Perlas, en los cayos Mosquitos y en las Islas del Maíz. Pero los veleros del tamaño de las pequeñas embarcaciones azucareras "drogers" que se usan en Jamaica, pueden pasar sobre las barras de la mayoría de los ríos y remontarse hacia el interior del país, para cargar a los barcos más grandes con mucha mayor facilidad de lo que se hace en esa

isla. Cuando no existe peligro de algún enemigo y los vientos del norte no están soplando, los veleros pueden navegar a cualquier lado mar adentro (especialmente en algunas de las bahías) a la profundidad de agua que deseen, pues el fondo es bueno y las sondas extraordinariamente graduales.

Los nativos o pueblo mosquito son de dos razas: unos son los indios originales, los otros (que son llamados zambos) son una mezcla de aquellos con negros, llegados (en la medida en que puede conocerse) en dos barcos holandeses llenos de ellos que fueron lanzados, hace algunos años, hacia la parte sur de Nicaragua. De allí los negros viajaron hacia el territorio Mosquito donde, después de varias batallas, tomaron mujeres y se les dio tierra. Desde entonces su descendencia se hizo tan numerosa como la de los otros, y ahora no hay diferencias en sus derechos o costumbres.

Tanto los indios como los zambos tienen una buena contextura y son más bien altos. Los primeros tienen el color del cobre holandés delgado, y un pelo largo, liso y áspero. Los zambos son de todos los tonos, que van del color del indio al del negro, y su cabello igual con una apariencia semejante a la de la lana. Las mujeres son de aspecto desagradable, gordiflonas y pequeñas. Sin embargo, los rasgos físicos de la nación entera son más bien agradables: frente amplia, nariz ligeramente aquilina, buena dentadura, ojos y cabellos negros.

Tienen una especie de sacerdotes llamados Sukias, que ejercen una cierta influencia sobre ellos, y que son sobre todo consultados como adivinadores de la fortuna. Pretenden tener trato con un espíritu maligno llamado Woollesaw, quien si se le descuida hace maldades pero nunca nada bueno. También afirman que su creador no se preocupa por ellos, excepto que los coloca, después de la muerte, en territorios buenos para la caza en proporción a sus méritos. Estos Sukias son de igual manera sus doctores, y hasta cierto punto entienden de la curación de heridas. Sin embargo, su práctica médica se extiende a lo sumo un poco más allá de recomendar reposo y sudaciones al enfermo,

lo cual generalmente logra el efecto deseado sobre las esbeltas constituciones física de sus pacientes.

Aunque ellos son para todos los propósitos e intentos un solo pueblo, no forman propiamente un solo estado sino más bien tres estados unidos, cada uno de los cuales es casi independiente de los otros. El primero habita desde la extremidad sur hasta más o menos la altura de Bragmans, y son en su mayoría los indios aborígenes. A su jefe le llaman Gobernador.

El siguiente se extiende hasta cerca de Pequeño Río Tinto y son en su mayoría zambos; a su jefe le llaman Rey. El siguiente está en dirección oeste y consiste en una mezcla de indios y de zambos; su jefe se llama General. El poder de estos tres hombres principales (que es hereditario) es aproximadamente igual, y sólo existe una pequeña diferencia a favor del Rey, quien es apoyado un poco por los blancos debido a su título. Sin embargo, ninguno de estos jefes tienen muchos más que una voz negativa, y nunca emprende cosa alguna sin un consejo de aquellos ancianos que tienen influencia sobre todos aquellos de sus parciales que viven a su alrededor.

Cuando hay que hacer algo de importancia, la gente de influencia se reúne. Cada uno argumenta a como le place, pero pocas veces son unánimes en sus opiniones, excepto cuando consideran que su país está en peligro. El Rey recibe patente para ser llamado como tal de parte del Gobernador de Jamaica, y todos los otros jefes principales reciben sus nombramientos (almirantes y capitanes) de parte del Superintendente de Su Majestad. Fundándose en la fuerza de estas patentes asumen siempre mucha mayor autoridad de la que tendrían sin ello. Sin embargo, eso sucede en el mejor de los casos. Por ello, se podría decir más propiamente que sus orientaciones son seguidas, más bien que sus órdenes obedecidas, porque aun los hombres jóvenes están exentos de servir al Rey y le dirán que son tan libres como el Rey mismo. De tal manera que si el Rey no tuviera sus propios esclavos tomados de otros indios, se vería obligado a hacer todo su propio trabajo.

Viven en un estado de naturaleza incontrolada, como para que su unión sea demasiado influenciada por cualquier otra consideración que su seguridad general, la cual no siendo aparentemente dependiente del bien inmediato de los individuos, los lleva a considerar en demasía la injusticia privada como una deuda que puede ser medida por lo que el injuriado considera su equivalente. De tal manera que la justicia pública raras veces interfiere, excepto en los crímenes (los cuales no son comunes) y, aun en ese caso si el criminal puede arreglar el asunto con los parientes más cercanos, generalmente escapa a la muerte, que de otra manera sería la consecuencia.

Si se considera qué cantidad de terreno necesita utilizar el cazador para su subsistencia, es obvia la razón por la cual aquellos países donde no se crían animales para la alimentación humana están tan escasamente poblados. De allí que el número de individuos del pueblo mosquito, en su forma actual de vida, probablemente nunca excedió de diez u once mil. Sin embargo, hace cerca de 30 años, en una expedición muy exitosa contra el asentamiento español de Bacalar, en la Bahía de Honduras, algunos de ellos (mosquitos) atraparon la viruela y la esparcieron por todo el país a su regreso. Ello fue fatal para más de la mitad de la nación debido a su total ignorancia para el tratamiento adecuado de ella. De este golpe todavía no se han recuperado, porque según los mejores cálculos todavía no pasan de ocho mil almas, de las cuales hay por lo menos mil 500 hombres capaces de tomar las armas. quienes no sólo saben bien su uso sino que las usarían bien.

Su modo de vida está muy poco dentro de los límites de restricciones de la sociedad para actuar auténticamente desde esos principios y ser suficientemente animados entre ellos mismos. La gente blanca hasta ahora sólo ha hecho instrumentos de aquellos que actúan de esa manera, así que a fin de describir su disposición debe hacerse una investigación hacia qué lado se inclinan naturalmente, en lugar de llegar a una conclusión muy apresurada sobre que ello (su disposición) produce.

Tienen pocas necesidades y se satisfacen con poco y eso es fácilmente procurable, de tal manera que no encuentran necesario ser industriales. Sin embargo, en caso de necesidad no hay pueblo alguno capaz de hacer más o exigir más de sí mismos.

Cada uno de ellos es capaz de resolver sus propios asuntos, y como todos ellos están cercanos a una situación de igualdad, raramente existe una ocasión para otorgar o recibir un beneficio, y aquellos beneficios que reciben de los blancos los entienden claramente como interesados. Esto puede en parte explicar la ingratitud de la que ellos algunas veces parecen ser culpables. Son de alguna manera muy vengativos, lo cual cuando no se lleva a un exceso tiene consecuencias útiles, a pesar de sus perniciosas características, al mantener la comunidad en orden, en la medida en que la justicia por ofensas que no son capitales o graves, no se vende ni se dispensa frecuentemente como sucede con nosotros.

Ellos han dado suficientes pruebas de su valentía en las muchas expediciones en contra de los españoles en la Bahía de Honduras, Río de Matina, Coclé, a través del continente y en otros lugares, expediciones en las cuales raras veces han fracasado.

Hacia el año 1709 los españoles, por primera y última vez, intentaron devolverles sus incursiones con una formidable armada. Sin embargo, un número inferior de aquellos bravos e indómitos indios esperaron en sus canoas escondidas en un río, hasta que pudieron cortarles el regreso a tierra firme, y después los atacaron en mar abierto, matándolos a todos excepto a uno, a quien le dejaron volver con tales noticias que curaran a los españoles de volver a realizar invasiones.

Su extraordinaria aversión a esa nación no puede ser fácilmente explicada en la medida en que no tienen memoria de su extraña inhumanidad en aquellas partes del mundo, a no ser que imaginemos que aunque tales memorias se hayan perdido, sin embargo han alimentado un rencor hereditario tan fuerte que su semblante se altera visiblemente cada vez que los españoles

son mencionados, y siempre prefieren morir antes que dejarse hacer prisioneros por los españoles.

Tienen buenas cualidades y son muy ávidos de información, ingeniosos en aprender cualquier arte mecánica y hacen lo que se proponen con buena voluntad, cualidad que es desconocida a cualquiera de aquellos indios que están en un estado de abyecta sumisión en comparación con sus semejantes.

Son hospitalarios unos con otros, pero enemigos de cualquier otro pueblo excepto de los británicos, hacia quienes sienten tal afecto que se sienten complacidos considerándoles como con iguales derechos sobre su país.

Sus casas están bien techadas. Tienen aproximadamente 20 pies cuadrados de superficie. Los techos se apoyan en postes delgados enterrados a seis pies de hondo con otros tanto de alto.

Sus muebles no ameritan un inventario especial y se ríen del valor intrínseco de cualquier cosa que se compare al de cuchillos, hachitas, etcétera. Cuatro o cinco de sus casas están generalmente a distancia de un grito una de otras y esos pequeños caseríos están regados por todo el país. Cultivan plantas alimenticias en las partes más recóndita del bosque, pero nunca tan juntas que un enemigo pueda encontrar aprovisionamiento. Los hombres limpian el terreno primero y las mujeres lo cultivan después. Ambos sexos son bastantes modestos y viven juntos de una manera más o menos quieta y decente.

Restos de algunas de las antiguas costumbres mexicanas pueden aún ser observadas entre ellos, y muchas clases de piedras y recipientes de barro y utensilios, grabados con figuras en relieve, se encuentran en varias partes del país enterradas en cúmulos (probablemente acompañados al principio con otros objetos que se han deteriorado), que parecen indicar haber sido más civilizados que al presente, pero que con la única decisión de defender su libertad (lo que efectivamente han hecho) sacrificaron todo lo demás.

Las principales artes que existen ahora entre ellos son hacer telas de algodón muy durables, y el trenzado o tejido de zacate

de seda para hacer hamacas, redes, lazos, arpones, arcos, flechas y canoas de todas clases y tamaños. Cada uno de ellos es marino, cazador, arponeador de pescado y excelente nadador. Sin embargo, aquellos blancos que han vivido algún tiempo de acuerdo a la naturaleza y han llegado al uso de sus miembros prescindiendo de las ropas, no se quedan atrás de ellos en la imitación de sus costumbres.

Son muy aficionados a los artículos europeos, en cuya escogencia están influenciados por su utilidad o apariencia llamativa. Están tan acostumbrados a las armas de fuego y a las armas blancas, que ya ahora no pueden prescindir de ellas. Rechazan cualquier otra forma de pago por lo que venden o ganan que no sean esos artículos, ya que la moneda no circula entre ellos. Los principales artículos con que comercian son: concha de tortuga, canoas de forma tosca, caballos, ganado vacuno, tortugas verdes, pavos, aves de corral y loras. Se contratan así mismos para salir a cazar, arponear o navegar en barcos pequeños a lo largo de la costa y sobre la barra de los ríos. Esto último requiere mucha habilidad, siendo ellos particularmente diestros en eso. Sin embargo, obtener conchas de tortuga es su gran empleo. Entre 15 y 20 piraguas (canoas grandes), con aproximadamente seis brazos cada una, se ocupan en este menester desde abril hasta agosto. Si se forma una expedición, escogen este tiempo para realizarla y zarpan y se mantienen juntos hasta que termina la expedición. De lo contrario, cada cual se esfuerza desde el principio y se desparraman a lo largo de la costa, desde Bluefields hasta Bocas del Toro. El producto de su trabajo por lo general alcanza aproximadamente cinco mil libras de concha.

Todos ellos hablan algo de inglés (como ellos le llaman), especialmente los jefes pero su propio lenguaje es peculiar a ellos, como la son algunas de sus costumbres, acerca de ninguna de las cuales son muy supersticiosos o aferrados. En ningún otro aspecto vale la pena mencionarles. Sin embargo, en conjunto son tan superiores a los indios vecinos que llamar a estos últimos salvajes no es muy impropio en comparación.

Es de esperarse que hayamos suficientemente experimentado las fatales consecuencias de tratar a los indios de nuestras colonias con negligencia, por más que podamos pretender que los despreciamos.

Estos indios pueden ser enemigos muy peligrosos; sin embargo, muchas ventajas positivas podrían resultar si se les manejara apropiadamente. Podrían ser fácilmente reducidos a un orden mejor, aumentar su número en los sitios más apropiados, introducir algunas manufacturas y convertir en total su dependencia de nosotros, haciéndola al mismo tiempo deseable a sus ojos. Por medios adecuados, haciendo un uso equilibrado de la táctica de dividir y dominar, y aprovechando el fuerte apego que sienten hacia nosotros, contaríamos con un cuerpo de aguerridos voluntarios en nuestra retaguardia, que se opondrían a todos los enemigos extranjeros con el ardor más grande, y nos garantizarían la seguridad interna de este asentamiento. En resumen podríamos hacer con ellos lo que quisiéramos.

Sin embargo, siempre debería recordarse estas pobres y perdidas criaturas, que nos han dado todo lo que tienen que dar, su buena voluntad y su país, ciertamente demandan un poco más de humanidad de parte nuestra que la que puede resultar de una política dura.

Tomado de
WANI—revista del Caribe nicaragüense
No. 7. enero-junio 1990
traducción del inglés por Galio Gurdíán

XVII

Juan Antonio de Gastelu

Diario sobre una exploración a la Costa Caribe de Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá

1776

El día 24 [de abril] salimos de Portobelo, y no pudiendo hacer rumbo para la isla de San Andrés, determiné con parecer del práctico, hacerlo por la isla de mangles,¹ pero a las 10 de la mañana del 26 nos vimos entre unos islotes no conocidos por los prácticos, quienes ya decían que eran los bajos de Duarte, ya que los de Roncador y ya que los de la costa firme del Río Grande de los Mosquitos.² Después de todas estas dudas descubrimos una isla que tampoco la conocían, hasta que pasadas algunas horas aseguraron era la de San Andrés, que la pasamos por la banda del norte con la proa al noroeste, a cuyo rumbo y al de noroeste cuanta al oeste navegamos hasta las dos de la madrugada que nos pusimos a la capa.

El día 27, después de haber amanecido, marcamos en vuelta del noroeste, y a las 4:30 de la tarde arribamos al oeste-noroeste, por haber descubierto por barlovento muchos bajos y arrecifes no colocados en las cartas ni conocidos por los prácticos. Al ponerse al sol dimos fondo en 8 brazas de arena blanca.

El día 28, después de haber amanecido nos hicimos a la vela, y a las 6 de la misma mañana descubrí cinco islotes no conocidos por los prácticos, ni situados en las cartas. A las 7 avistamos la tierra firme de los Mosquitos rasa y poblada de mangla-

¹ Corn Island.

² Los Cayos Miskitos, frente a la desembocadura del Río Coco.

res, y a las 11 de la misma mañana se marcó el Cabo de Gracias a Dios al norte cuarta al noroeste. Lo pasamos aquella tarde y dimos fondo al ponerse el sol, en ocho brazas de arena.

El día 29, al amanecer nos hicimos a la vela y seguimos en demanda de Cabo falso.

El día 30 de Abril, a las 10 de la mañana largué al tope la bandera holandesa para entrar en el Río Tinto, (costa norte de Honduras), en donde di fondo a las 10 en nueve brazas, fango. A tiro de pistola del costado de babor estaba una balandra inglesa, y a distancia de menos de milla y media del pueblo. Preguntándole al piloto inglés que de dónde veníamos, o éramos, y respondí-dole que de Curazao, eché mi lancha al agua, y pasé a su bordo a fin de informarme con maña y artificio de dónde había venido, y qué carga contenía, o había contenido; a que me respondió que hacía cuatro días que había llegado de Londres con un Capitán del regimiento número 69, dos comerciantes ingleses que debían establecerse en el Río Grande, el Doctor Herve, médico que había quedado con ellos, el hijo del Rey de los Mosquitos, un hermano de éste, otros dos indios, a quienes los había condecorado el Rey de Inglaterra con el título de Duque, el grado de General, y con carga de pólvora, fusiles, espadas, munición, piedras de fusil y ropas para los indios Mosquitos, y más dieciocho mil ladrillos para levantar un trapiche en el Río Grande, alambique para destilar agua ardiente en la caña dulce, moldes para pilones de azúcar y otros muebles.

La población del Río Tinto se compone de unas cincuenta casas según me informaron el práctico inglés y un marinero francés que estuvo allá por el mes de febrero de este año; pero yo sólo pude contar hasta 25, porque las del centro quedarían cubiertas con las que caen a la playa, y entre ellas sobresalían cuatro grandes y hermosas con techo de tabla pintada que parecían de tejas.

La casa de Piche,³ fundador de aquel pueblo, me pareció la

³ Se refiere a William Pitt, superintendente inglés de la Costa de los Mosquitos.

más sobresaliente y tiene otra de recreo de igual tamaño en una sabana inmediata que cae al este, en cuyo paraje hay otras cuatro que sirven para la convalecencia de los ingleses de conveniencias. Registré a satisfacción con un gran anteojo de playa y todo el terreno inmediato a ella y a la población, y no descubrí fortificación ni batería, que de haberla habido me hubieran seguramente hecho fuego; pues observé que después que largué el gallardete español para apresar la referida balandra inglesa, se juntó multitud de hombres en la playa, entre quienes se aumentó la confusión y diligencia de correr de una a otra parte, al tiempo que conocieron que su balandra se llevaba y hacía a la vela; lo cual se verificó a la una de la tarde y yo le ejecuté un cuarto de hora después porque tuve que meter dentro la lancha.

El referido Piche murió el año pasado y dejó un hijo soltero y tres hijas casadas con comerciantes ingleses vecinos al Río Tinto, en donde en la costa de Honduras tenía empleados siempre a novecientos noventa y nueve negros esclavos suyos, en cortar madera de Palo de Tinte para Jamaica y Londres.

En el expresado Río Tinto construyen goletas y balandras y paran allá los españoles de la provincia de Honduras con mulas, zarzaparrilla, tabaco en rama, ganado vacuno, oro y plata; a cambio de cuyos efectos toman géneros con los cuales regresan a sus casas.

El piloto inglés me dijo que el Rey de Inglaterra mantenía en el Río Tinto un Gobernador con quinientas libras esterlinas anuales de sueldo, y que regalaba a los indios Mosquitos escopetas, pólvora, herramientas, corales, sombreros y ropas; y que según había entendido, el referido capitán inglés del regimiento número sesenta y nueve nombrado Alexandro Blayr que había venido en la balandra, debía quedarse en el Río Grande en calidad de Gobernador; que traía algunas comisiones secretas de la Corte de Londres y que había medido algunas tierras en el Río Grande para formar pueblos con el número de familias inglesas que él debía pedir a Inglaterra.

Al Río Tinto lo nombraron los ingleses Black River, y demora

cincuenta leguas al oeste de Cabo de Gracias a Dios, cuya distancia la pude andar en once días porque las corrientes tiraban para el oeste, y los vientos reinaban por el este.

Treinta millas al este del precitado Río demora la Laguna Brus, o Bewers Lagoon, en donde viven un inglés y un holandés de Curazao, nombrado Cunchefest, que hace viajes a Matina y Trujillo en calidad de práctico de costa. El inglés tiene un platano y su fruto lo vende en el Río Tinto. Por la banda del este de dicha laguna hay bohíos de palma en que viven los indios.

Veinte millas más al este demora el Río de Patuca o Pattok River, por cuyos lados hay muchos bohíos de sus moradores que son Zambos descendientes de la mezcla de quinientos negros y negras con otras castas que se perdieron a principio de este siglo en una fragata dinamarquesa.

Cuarenta y ocho millas más al este del anterior Río demora la laguna de Caratasca o Caratasco Lagoon, y por la banda del sudoeste de ella hay un pueblo de Mulatos y Zambos, descendientes de aquellos negros náufragos que tienen estancias de ganado vacuno, frutas, aves, caballos y puercos, que los conducen al Río Tinto y los cambian por ropa, aguardiente, pólvora, balas, escopetas y otros muebles. En este pueblo vive un zambo nombrado Tempas, a quien reconocen por Capitán General del territorio que hay hasta el Río Tinto, cuyo grado y preeminencia le dio el Rey de Inglaterra en la guerra pasada, por haber salido con victoria en una refriega que sostuvo con sus piraguas contra los españoles en la costa de Honduras. El Rey Británico le regala anualmente el valor de mil doscientos pesos fuertes, en pólvora, balas, armas de fuego y blancas, hachas, anzuelos, aguardiente y ropa para repartir entre la gente de su jurisdicción, y lo distingue a él con una escopeta, un vestido galoneado de oro, o plata, y un par de sombreros. Entre esta laguna y el Cabo de Gracias a Dios hay algunos bohíos de indios, mulatos y zambos.

En el cabo de Gracias a Dios hay buen fondeadero, aún para embarcaciones mayores, y fabrican bergantines, goletas, y balandras y casi todos los años viene allá una fragata de guerra inglesa.

Viven más adentro del fundeadero, a bastante distancia, cuatro ingleses nombrados Crit Garmzon, Brucuman, Esmít y Morguen, quienes tienen negros esclavos para cortar caoba y otras maderas y cuidar cacaguales, que tienen por lo interior del río; y remiten a Jamaica mulas, cacao y maderas, y hacen traer ropa, aguardiente, armas de fuego y municiones de guerra. Las piraguas pueden ir por un canalito al paraje en que están las casas de estos ingleses, y parece que Crit Garmzon tiene al pie de la suya dos cañones montados.

Nueve millas al sur de Cabo de Gracias a Dios está situado el pueblo de Morguenton, cuya denominación tuvo de tomarla del Mulato Morguen, Capitán de sus habitantes, quienes se ejercitaban en cortar maderas para el inglés Crit Garmzon, y les paga este su trabajo con ropa, aguardiente y municiones de guerra. Sigue la laguna de Warner;⁴ en cuya circunferencia hay abundancia de pinos, buenos para arboladura.

Diez y ocho millas al sur demora la Playa de Arenas o Sandy Bay en cuyas cercanías vive el Rey de los Mosquitos, a quien le regala anualmente el Rey de Inglaterra, escopetas, municiones de guerra y otras cosas semejantes, y es hijo de este Rey el que dije había regresado al Río Tinto en la balandra presa, desde Londres, a donde había ido a ofrecer en nombre de su padre a Su Majestad Británica cinco mil indios para hacerle guerra contra los rebeldes de la nueva Inglaterra,⁵ y a asegurarle que los indios mosquitos lo reconocían por soberano suyo.

Más al sur de esta playa viven muchos indios a quienes proveen los ingleses de arma y municiones de guerra. Las dos lagunas de Owartara y Sandy Bay se comunican por dentro, y pasan las piraguas de una a otra.⁶ Desde este paraje hasta el río Waa Waa (Wawa) hay algunas casas de ingleses, indios y negros, y éstos cortan maderas para aquéllos. En el Río Waa Waa vive el

⁴ Laguna de Wani, hoy de Bismuna.

⁵ Se refiere a la guerra de independencia de los Estados Unidos.

⁶ Lagunas de Dakura.

inglés Yan Coniguen, tiene un molino de agua de cinco sierras para aserrar las trozas que se las conducen los indios.

Diez y seis millas más para el sur demora el Río Tounge (Tungla),⁷ en cuyas orillas habitan indios Mosquitos.

Diez millas más para el sur demora el Río Walpa Sixa, en donde viven dos ingleses que emplean aún negros en cortar y aserrar maderas, que observé la tenían con el fin de preservarla del agua y del sol debajo de un tendal, como el que para el mismo fin tiene la Marina de Cartagena de Indias.

Los indios de este sitio y su intermediación se nombran Toun-gles (Tunglas); no tienen casas ni bohíos, y se retiran de noche a sus canoas. Este dicho Río se comunica con el Princea-Rilka (Prinzapolka), en donde viven los indios como los anteriores.

Seis millas más para el sur desagua el Río Snook Creek en donde vive un inglés de Jamaica con treinta negros que le cortan madera. Quince millas más para el sur demora el Río Grande (de Matagalpa), o Great River, sitio destinado para levantar el trapiche como lo signifiqué hablando del Río Tinto. Se fabrican en este río embarcaciones, para cuyo efecto y el de cortar madera viven en él muchos ingleses carpinteros, y la población dista a cuatro leguas de la boca de este río.

Cinco y siete millas más para el sur desaguan los dos ríos de Pearl Key y Haulover (Kurinwás y Wawashán, en la Laguna de Perlas), en cuyas orillas viven muchos ingleses. Y por el mes de abril de este año se han retirado a estos parajes los que habitaban en la isla de San Andrés, por haber entendido que los españoles iban a desalojarlos.

En las intermediaciones de estos ríos cortan madera de construcción, y pescan Carey. El inglés Abrahan Fonoston, que vivió en la isla grande de mangle (Corn Island), en donde tiene casa y mucho ganado vacuno, se retiró al río Haulover, en donde corta

⁷ Mas bien el Río Kukalaya.

madera y los proveen a los indios de armas y municiones para aprisionar a los indios españoles, a quienes los tiene por esclavos.

En las inmediaciones de estos ríos avisté el día 14 de mayo un Guairo⁸ muy pequeño al cual di caza cuanto me permitió el fondo, pero habiéndome atracado a tierra, largué al tope la bandera holandesa, la arrié e icé tres veces, y me envió la canoa el capitán o patrón con dos hombres para que me dijese el paraje en donde me hallaba, con los cuales y la canoa me hice a la vela después de no haber surtido efecto los ardides de que me valí a fin de que viniese a la voz el referido Guairo.

El día 15 de Mayo entré al canal de los cayos de las Perlas y a medio día di fondo muy inmediato a uno de ellos, en el cual me aseguró el práctico inglés había conocido una cacimba de agua⁹ pero habiéndola hallado desbaratada, hice abrir otra poniendo dentro de ella una cuarterola desfondada, y al cabo de algún tiempo observé que empezaba a salir el agua, aunque salobre, de cuya novedad avisé el capitán del recurso, previniéndole hiciese abrir otra en los mismos términos. El siguiente día 16 se encontraron llenas y se fueron llenando de agua diferentes pipas que fueron suficientes para llegar a Portobelo.

El día 17, salí para el canal de dichas islas, bien que con mucho riesgo, o peligro y me dirigí a la Isla Grande de Mangles,¹⁰ cuyo fondeadero no pude tomarlo, después de haber barloventado sobre ella dos días; pero descubrí desde la mar tres casas de ingleses que se mantienen con el ganado vacuno, maíz, plátanos, cocos, yuca, y ñame, que venden a los capitanes y tripulaciones de las embarcaciones que arriban a aquel paraje. Al norte de esta isla grande demora otra menor que no esta habitada.

De estas islas pasé a la costa de Bluefeild (Bluefields) inmediata a los Cayos de las Perlas, y viven en dicho paraje dos ingleses quienes emplean aún negros en aserrar madera y cultivar los

⁸ Velero pequeño que se usaba para el tráfico en las bahías y costas.

⁹ Un pozo de agua.

¹⁰ Isla grande de Com Island.

platanares. Desde el Río Tinto hasta esta costa de Bluefield no se descubren montes ni serranías, pues toda la tierra es rasa, y poblada de manglares la mayor parte de la costa.

Treinta millas más para el sur demora el Río de Punta Gorda, en cuyas orillas hay un pueblo de mestizos que tratan con los ingleses, y por la costa gran número de indios a quienes los proveen de armas y municiones a cambio de canoas y carey.

Treinta y seis millas más al sur demora el puerto nuevo de Nicaragua,¹¹ que lo reconocí el día 23 de mayo, y salían de él para sotavento dos piraguas de indios Mosquitos. Este puerto tiene muy buen fondo y mucho abrigo, y me parece muy conveniente fundar un pueblo en su inmediación, y una batería para privarles a los Mosquitos de su abrigo. Las tierras inmediatas de él parecen muy fértiles, y producirían, al parecer, toda especie de comestibles del país. El río San Juan de Nicaragua desagua por tres bocas, y se va a la ciudad por la de sotavento que está próxima al puerto.

Treinta millas más para el sureste demora el Río de Turtle Bogue,¹² y en una montaña inmediata de él se descubren ocho bohíos, en uno de cual vive un inglés.

Treinta y cinco millas más para el sureste demora el Río Matina, de cuya boca dista cuatro leguas un pueblo de españoles, con quienes y con otros muchos que viajan de Nicaragua y sus contornos con dinero mulas, cacao, carne salada, hacen el trato ilícito los ingleses y holandeses, quienes dejan sus embarcaciones al abrigo del islote de Salt-Crek, desde donde conducen en canoas sus efectos a la playa de sotavento, en la cual levantan bohíos y forman sus tiendas. Tengo entendido que negocian libremente, sin embargo de haber allí una guardia de tropa miliciana.

Desde el Río Matina hasta Coclé hay muchos indios y los más perseguidos de los Mosquitos son los de las Bocas del Toro.¹³

¹¹ La bahía de San Juan del Norte.

¹² La playa de Tortuguero, en Costa Rica.

Seguí registrando el resto de la costa que hay hasta Portobello, en donde entré el día 1º de junio con tres balandras con el fin de reemplazar la aguada y leña, recoger los pertrechos de la balandra varada, y remendar el velamen que se había podrido, y rifado por muchas partes con los aguaceros, y gualdrapazos que causaron las Calmas.

El día 8 salí de dicho puerto y como a la ida reconocí las islas y costas que hay hasta Cartagena, recalé a Isla Fuerte, y a las 10 de la mañana del día 16 de junio entré en la bahía de Cartagena de Indias con las dos balandras de S.M. nombradas Pacífica y Recurso, y la inglesa que se nombra Morning Star, o Estrella de la Mañana. No puedo informar de la carga de ésta, ni de la del paquebote Antilope por hallarme enfermo.

La navegación de la costa de los Mosquitos es impracticable en la estación de los nortes, y expuesta en la de los vendavales por causa de que las Calmas acechan sobre los bajos, y no poderse ver éstos con la oscuridad que causan.

A bordo de la expresada balandra Pacífica, anclada en el puerto de Cartagena de Indias, 11 de julio de 1776.

Juan Antonio de Gastelu

Extracto del
Diario del Teniente de Navío D. Juan Antonio de Gastelu
comisionado de registrar las Costas e Islas,
desde el Golfo de Darién hasta el de Honduras
Colección de Documentos referentes a la Historia Colonial de Nicaragua.
Tipografía y Encuadernación Nacionales, Managua, 1921
notas de Jaime Incer Barquero

¹³ En Panamá.

XVIII

Antonio Porta Costas

Relación del Reconocimiento Geométrico y Político de la Costa de Los Mosquitos

1790

Luego que obtuve la orden del antecesor de V.S.M., el M.I.S. Estachería,¹ librada el 6 de Junio de 1789, para descubrir en la costa cierto terreno más ventajoso que el del establecimiento del Cabo,² de que S.S. estaba informado tener mejores proporciones para fundar una floreciente colonia, proyectó el comandante Don Pedro Brizzio, en 4 de diciembre, que para su más pronto cumplimiento me embarcase en la goleta de guerra San Bruno, del mando del teniente de fragata don Miguel Palacios, cuya idea nunca adopté por la razón que después expuso este comandante, de ser opuesta aquella estación.

Abandonado, pues, este proyecto, emprendí mi viaje en una piragua del gobernador mosquito don Carlos Antonio de Castilla,³ de que me serví hasta río Grande,⁴ mas allí adelante hasta mi regreso hube que sufrir la incomodidad de otra menos capaz. Y conociendo por experiencia, repetidas veces constante, el carácter codicioso e interesado de los indios incultos que habitan la costa, me pareció interesante proveerme de algún surtimiento de efectos que poder regalarles y darles al fiado, en cam-

¹ El capitán general de Guatemala, José Estachería.

² Cabo Gracias a Dios-

³ Este jefe sambo-miskito, cuyo nombre original era Bretón, juró obediencia al gobierno español y adoptó el catolicismo para ser aceptado en matrimonio por María Manuela Rodríguez, una jovencita de Juigalpa que fuera capturada por el indígena en 1672 y de la cual se enamoró locamente.

⁴ La desembocadura del río Grande de Matagalpa.

bio de otros de que con facilidad hacen acopio; que es el sistema a que la nación inglesa los tenía adictos, sin el cual es imposible contemporizar con ellos.

Instruido de estas razones, el comandante me franqueó de los reales almacenes, a mi costa, cuanto pareció necesario, y de lo que en ellos no se encontró hube de proveerme del mejor modo posible. Estos efectos junto con mi preciso equipaje hice embarcar a bordo de la piragua, y di la vela el día 8 de enero último (1790), llevando conmigo dos soldados veteranos y uno miliciano para mi asistencia, y también un bacaleño⁵ que me sirviese de intérprete.

Tomé el rumbo lo que es la dirección que sigue la costa. El viaje fue penosísimo, tanto por lo recio de los vientos contrarios, cuanto por lo incómodo del buque; no obstante, con el favor de Dios, hube de dar cumplimiento a la orden reconociendo por menor todos los puestos que en el expuesto distrito se encuentran habitables, y observando las proporciones e improporciones que ofrecen, y el genio y carácter de sus habitantes: sobre que ingenuamente voy a exponer mi sentir, refiriendo de todas mis observaciones, así geométricas como políticas, aquella parte que me parezca digna de ponerse en la alta comprensión de V.S.M y comenzando por el establecimiento del cabo Gracias a Dios

Está situado en 14° 55' N. de latitud observada, y 92° 30' de longitud del meridiano de Tenerife, sobre un banco de arena volante que forma la ensenada de este nombre con un brazo del río Segovia,⁶ y a su ribera, cuya situación no tiene más elevación que un pie y medio sobre la superficie de las aguas en la plena mar. Goza de una bella temperie y saludables vientos, no obstante los cuales, todo el año se ve infectado de molestísimas plagas seis meses. Carece de agua dulce y es preciso suplirla con la de cazimbas;⁷ y

⁵ oriundo de Belice.

⁶ Río Coco.

⁷ Pozos de agua

tanto esta como la manantial son saludables, aunque ingratas.

El puerto que forma la ensenada está resguardado de los vientos Lestes; es capaz de abrigar bastante número de barcos menores; su fondo es fango suelto y limpio, pero insensiblemente se va inutilizando, porque las fuertes avenidas del río van dejando un depósito de troncos, ramas, etc., que forman unas balseras que parecen islotes, y por consiguiente disminuyendo el fondo de tal manera, que no es difícil entender que dentro de pocos años la mayor parte del seno hacia la punta de Leste se reduzca a un manglar; en cuyo tiempo los barcos que ahora fondean a media legua de distancia de la población, se verán precisados a dar fondo a mucha mayor, y tendrán, por consiguiente, mucho menos abrigo.

En esta distancia de siete a ocho leguas de circunferencia es el terreno de las mismas circunstancias del de la población, sin más diferencia que en algunas partes parece que se afirma, porque así lo representa la corrupción de hojas y troncos que forman una superficie de tierra engañosa, o a una especie de abono, la cual no llega a tener de grueso dos pulgadas; por cuya razón no se encuentra en todo este distrito una cuarta de tierra de pan llevar. A la poca elevación del terreno es preciso, por consiguiente, ser unas tierras anegadizas que la mayor parte del año están inundadas, y por donde quiera se encuentran abundancia de esteros y lagunas metidas entre manglares, y aunque hay algunas sabanas espaciosas, inutilizan las más las frecuentes inundaciones.

Hay abundancia de madera de mangle blanco, poco del colorado, y mucha manaca; mas todo de tan mala calidad que promete poca duración a los edificios que con ella se construyen. Ya se ve que un terreno de tan malas circunstancias no es capaz de compensar con sus frutos los gastos que precisamente irrogaría su agricultura. Esta improporción obligaría a aquellos habitantes a poner sus siembras, milpas y platanares, a tres, cuatro, o más días de incómodo y molestísimo camino río a arriba; y al-

rededor de sus casas tan solamente tienen algunos árboles frutales, con el objeto de ocultarlas y preservarlas de los vientos, que todo el año son frecuentes y recios.

A pesar de las inundaciones producen las sabanas abundante hierba a propósito para hacer ganado vacuno y caballar, mas uno y otro es tan escaso, que en todo el distrito de rey Jorge⁸ apenas habrá arriba de diez vacas y cincuenta caballos; y esto procede de que en las frecuentes hambres que experimentan, ya por su natural decidida, o ya por la infecundidad de la tierra, se coman cuanto encuentran, sin reservar los caballos.

No obstante las expuestas improporciones, no puede abandonarse este puesto, tanto por el asilo que puede dar su puerto a nuestros buques, cuanto porque sería franquear esta puerta al comercio clandestino, que muy cómodamente podría internarse hasta toda la provincia de Nicaragua, mediante el cual se extraerían las maderas y demás producciones de que abunda.

Todos los Zambos⁹ habitantes en esta comarca son partidarios del rey Jorge, de cuya dominación, gobierno y jurisdicción se tratará a su tiempo.

Sandibay o Sandivel

Está situada esta población a distancia de siete leguas del cabo de Gracias, inmediata a la laguna del mismo nombre; su terreno es igual aquel en todas sus circunstancias y producciones e improporciones. La laguna es incómoda por ser tan poco el fondo de su barra, que en baja mar vara cualquiera piragua.

Aquí habita el rey Jorge una parte del año, y las restantes en un sitio llamado Dancin, río Segovia arriba. Tiene consigo dos ingleses, de los cuales, el uno, llamado Samuel manifiesta una

⁸ El rey mosco.

⁹ Los Zambos resultaron de la mezcla de los Miskitos con algunos africanos que naufragaron cuando un barco de esclavos negros amotinados encalló en los cayos vecinos a la costa caribe de Nicaragua.

intención doble, que hace sospechosa su asistencia en aquel puesto, porque es quien domina el ánimo del rey, y se percibe ser muy opuesto a la nación española, contra la cual frecuentemente vierte entre los indios especies perjudiciales.

Todos los habitantes de uno y otro sitio tienen sus chácaras a la falda del monte y a las riberas del río, buscando a mucha distancia terreno a propósito; cuando por ser mucha y los tiempos contrarios, no pueden conducir los frutos, padecen desesperadas hambres que los precisan a abandonar sus casas y situar sus familias en los montes, ríos y playas, para que con el asilo de la pesca, caza y frutos silvestres, poderse sustentar; a cuya miseria es consiguiente que estos bárbaros jamás tienen domicilio fijo.

Todos los zambos de este distrito, que se extiende desde el Cabo hasta aquí, y los de la laguna de Perlas, son partidarios y dependientes del rey Jorge. Este es opuesto a la nación española. Tiene por rivales al almirante Gualtin, al general Machin, y al viejo Maltis, que forman un partido contrario; y aunque repulsan la dominación del rey, no por ésta abrazan enteramente nuestro partido.

El carácter de este personaje es un hombre amulatado, de un aspecto igualmente agradable que formidable; naturalmente grave, de tal manera que con sola su presencia infunde respeto en sus súbditos, que le tratan con cuanta sumisión cabe en su barbarie, sin atreverse a estar tocados, ni sentados delante de él, cuyo trato sostenido dura mientras no hay brindis, que llegando este ya son todos iguales, y representa él tanto como uno de tantos. Goza sobre todos sus dependientes y partidarios una autoridad y jurisdicción enteramente despótica, ni hay más ley que su gusto, ni a su gusto oposición. De nada experimenta falta, porque es con propiedad dueño de vidas y haciendas, de que resulta que si alguna cosa necesita, la toma del primero que la tiene, sin que este tenga derecho a negarla; y si en alguno se experimenta desagrado, tiene muy prontamente sobre sí el castigo. De la misma manera que es dueño absoluto de los bienes de sus

dependientes, lo son estos de los suyos, porque tienen derecho a todo lo que sobra del gasto de su casa.

Este despotismo no se limita a sólo los bienes, sino que se extiende hasta despojarlos de sus mujeres e hijas, apropiándose las cuando y como le acomoda; de manera que a mi llegada sustentaba en su casa hasta once concubinas, de las cuales la primera es siempre la predominante.

El que tiene la fatalidad de caerle en desgracia no tiene segura la vida mientras le obedece, y de aquí se origina la pluralidad de partidos, porque cada uno de estos que se ven como proscriptos, forma el suyo agregando descontentos y declarándose su rival; en este estado se acabó la dependencia y se muda enteramente la subordinación en insolencia y en dicerios.

Cada uno de estos cabezas de partido, que se intitulan arbitrariamente Almirantes, Generales, Coroneles, etc., se abrogan respecto de sus partidarios el mismo despotismo que del rey Jorge se ha dicho hacia los suyos.

El estilo de comunicar sus órdenes es entregar su bastón al que ha de practicarlas, mediante cuyo carácter son ciegamente obedecidas y más prontamente ejecutadas.

Ultimamente, como es rey de los zambos, le reconocen cuantos individuos de esta casta habitan la costa y ríos; de manera que en un mismo sitio cuyos habitantes sean zambos e indios, son de su devoción aquéllos, aunque éstos no.

Tupapi (Tuapi)

Dista de Sandibay catorce leguas, y veinte y una del Cabo; está situada en una espaciosa sabana distante del mar una legua, sobre un terreno algo colorado y mezclado con cascajo menudo; produce abundante yerba de todas especies, por cuya razón franquea proporción para cría de ganados mayores, aunque inútilmente, por falta de ellos, pues cuando el gobernador sólo tiene una vaca y cuatro caballos y dos burros, se deja entender que ganado tendrán sus dependientes. Produce también pinos de

mediana altura; más como aquel clima es extremadamente árido, poco lugar tiene la agricultura; con cuya experiencia los indios fundan sus chacaras con tres, cuatro y más días de camino a la falda de montaña más vecina y en las riberas del río Vava (Wawa); más esta diligencia nunca basta a que todos ellos, con inclusión del gobernador, dejxen de carecer de comestibles la mayor parte del año.

Aquí reside el gobernador don Carlos Antonio de Castilla;¹⁰ este es un hombre en cuyo semblante se ven perfectamente delinadas la hipocrecía, el dolo, la infidencia e ingratitud, que son sus vicios dominantes. Con ningún agasajo está satisfecho, porque por mucho que se le haga, aún más piensa que merece, llegando esta ingratitud a tanto grado que siendo notorio a todo el mundo que su obsequio ha sido el objeto del arzobispo virrey, y del gobernador y obispo de Comayagua, o de Nicaragua, tubo la libertad de decirme que nada debe a los españoles. Es inconsecuente en sus tratos, de tal manera que yerra el concepto quien espera que cumplirá mañana lo que hoy ha prometido, de que tengo harta experiencia; cuyo carácter le hace odioso entre los suyos, de que resulta tener solamente a su devoción a un coronel zambo de nombre y de nación, y a un capitán indio, con sus respectivos partidarios. De aquí procede que las poblaciones circunvecinas le profesan una subordinación aparente, pues aunque en el exterior le reconocen, son en el interior de la devoción del general Chismi, almirante Venado y otros jefes que por sus inconsecuencias le son desafectos, y forman un partido opuesto, el cual abrazan sus mismos hermanos, cuyas continuas desavenencias amenazan malas resultas.

Todos los partidarios son adictos a su sobrino el almirante

¹⁰ Ya se había casado en León con María Manuela Rodríguez, española raptada en Juigalpa desde 1672 a los diez años de edad; la última había sido mujer del rey Mosco llamado entonces Britón, a quien inculcó la doctrina cristiana. Britón viajó a Cartagena con el rey Jorge de los zambos a bautizarse en junio de 1788 recibiendo el nombre de Carlos Antonio de Castilla. Tras su matrimonio, y al poco tiempo de haber recibido a Porta Costas, su sobrino Alparis alzó a sus súbditos que no tardaron en asesinarle. María Manuela logró escapar.

Alparis, su más irreconciliable enemigo, el que tiene su residencia en Arenas Blancas, (Auya Pihni) de cuya situación se tratará abajo.

Contra éste se manifiesta una emulación ambiciosa, porque le disgusta en extremo que tenga idea de presentarse a León con el designio de bautizarse, y tiene celo de que se le agasaje como a él, lo cual me consta de experiencia, porque en aquellos días habían recibido uno y otro ciertos regalos del obispo¹¹ y gobernador,¹² y no pudo ocultar la envidia de los que recibió el sobriño, ni el celo de que aquellos señores hagan tanto aprecio de él, que solicitan reconciliarlos, y mediante el empeño con que Sus Señorías lo emprenden, me encargó que a mi tránsito por Arenas Blancas hiciese lo posible por establecer su reconciliación.

Pocas acciones de cristiano se le reconocen, pues no lo parece sino es en tener una sola mujer y una cruz en su casa, y en rezar la doctrina cuando su mujer quiere enseñársela. Clama por un ministro, mas no tiene arbitrios para defenderlo del hambre común.

Me instó porfiadamente para que del surtido que llevaba, y de que me había visto obsequiar á el y a los indios, le dejase alguna parte que darles al fiado; por cuya razón y porque la piragua iba muy embarazada, después de haber dado a su mujer lo que para sí quiso, entregué a él mucha parte de lo que llevaba, que lo distribuyese entre los demás.

Caleta Barrancas (hoy Puerto Cabezas)

Dista de Tupapi tres leguas, y veinte y cuatro del Cabo; a media legua de distancia, en dos casuchas, vive un inglés casado con una mestiza también inglesa. Esta y toda su familia se han criado y nacido aquí; fue expulso en la evacuación, y después se ha vuelto sin licencia. Tiene consigo a la suegra, dos hijos de vein-

¹¹ Juan Felix de Villegas

¹² Juan de Ayssa.

te a veinte y cuatro años, tres esclavos y cuatro indias. Se ejercita en la pesca de tortuga y carey, que vende en Blewfield, (Bluefields) para cuyo tráfico tiene un guairo y algunos pipantes. El terreno es el mismo que el de Tupapi. De su carácter e intención baste decir que es el mismo de Samuel, que se ha dicho asiste al rey; por tanto, convendría expulsarlo segunda vez.

Río Valpasisa (Río Walpasiksa, hoy Prinzapolka)

Dista de la Caleta catorce leguas, y treinta y ocho del Cabo; forma barra capaz en plena mar de dar entrada a balandras pequeñas. A un cuarto de legua hace una pequeña ensenada a propósito para abrigar dichos buques. Aquí hay tres casuchas en que habitan un inglés mestizo, aquí nacido y criado, casado con una india; tiene dos esclavos también casados con indias, cuyos tres matrimonios constan de diez y seis personas. Fue expulso igualmente que el de la Caleta; es carpintero de ribera, y con sus criados trabaja en componer piraguas de los indios. Se le percibe una bella índole, y no le observé cosa alguna sospechosa a nuestra nación; por tanto y porque es útil a los indios, como se ha dicho, y está ligado con ellos, no parece conveniente volverle a expulsar. El terreno, hasta en las casas, es todo anegadizo.

Gualatara, (Walpatara), o Río Grande

Dista de Valpasisa doce leguas y cincuenta del Cabo; tiene igual barra que aquél; a cuatro leguas arriba yace en su ribera la sabana de Arenas Blancas, que se ha dicho ser la residencia del almirante Alparis. Consta esta población de veinte y seis casas, y en distancia de una legua hacia arriba hay otras seis poblaciones, cada una con diez o doce casas, circundadas de pinos de extrema magnitud. Hay aquí muchas sabanas muy pobladas de pastos para ganados mayores, aunque se carece enteramente del vacuno y hay poquísimo del caballar. Todo este terreno es de finísima y blanquísima mezcla de tierra; no produce grano algu-

no, ni raíces comestibles, razón que obliga a los habitantes a tener sus chacaras, seis, ocho, y más leguas río arriba, en sus riberas y alrededor de varias lagunas que forma. Esto no obstante no experimenta este Almirante tantas hambres como el gobernador. Hay aquí muchas piraguas, pipantes y dorises de todos tamaños, con que hacen su tráfico a Blewfield. Este jefe es absoluto y despótico; tiene consigo tres ingleses, uno de los cuales es del mismo genio de Samuel y profesa contra los españoles el mismo odio, administrando a los indios iguales sugerencias.

Este Almirante me recibió con más de veinte indios sobre las armas, porque hubo dos o tres de ellos que habiéndome visto tomar el río, le informaron que venía un oficial del rey de España con el designio de llevarle preso o muerto; sin embargo de esta demostración entré a su sala, en donde le hallé decentemente vestido, con un sombrero de plumas, botas y espada, ostentando su bastón. Vi un personaje de agradable, aunque grave presencia, que en el modo de proponer sus razones manifestaba una índole sencilla y un ánimo despejado. Atendió mis satisfacciones, que admitidas hizo inmediatamente castigar con cincuenta palos a cada uno de los chismosos. Traté con él largamente, confirmando siempre el buen concepto que a mi llegada formé de su carácter, porque en todo descubría una nacionalidad generosa y desembarazada en el modo de proponer sus sentimientos de su tío. Dispuse, en fin, abrazar su amistad, y tratamos que a mi regreso se vendría conmigo, con el designio de reconciliarse, y aún acompañarme hasta el Cabo.

Estas recomendables prendas le hacen en extremo amable a los suyos y le granjean más y más partidarios, que por lo común lo son todos los desafectos a su tío. Aquí paré ocho días, y hasta aquí me serví de la piragua del gobernador Castilla, transbordando mi equipaje y demás a otra menor que me franqueó el Almirante, y de que me serví hasta mi regreso al Cabo.

Entrada de la laguna de Perlas por el norte.

Dista del río Grande ocho leguas, y cincuenta y ocho del Cabo; tiene doce leguas de longitud, y en su latitud es irregular, porque forma varios estrechos, ensenadas y recodos; abunda de bajos y canalizos, por cuya razón, aunque la barra admite pequeñas balandras y guairos, no es de provecho la laguna para estos buques, por el frecuente peligro de vararse. Hacia el mediodía tiene otra entrada que por su poco fondo es solamente útil para piraguas y pipantes. Hacia la parte del Leste es todo el terreno bajo y anegadizo, y por consiguiente infecundo; al contrario, por el Mediodía y Oeste es alto, de arena fina mezclada con tierra negra, en algunas partes colorada, en gran manera fértil, porque produce abundantísimamente toda especie de granos y raíces comestibles. Toda esta fertilidad está ociosa por la suma desidia de sus habitantes, que se contentan con tener solamente su más preciso sustento. Hay una isleta (Hog Cay) de una legua de longitud y media de latitud, tan abundante de caza, mayormente de puercos monteses, que en la de un día traen a su casa la carne que consumen en una semana.

Abundan aquí tanto el ganado vacuno y caballar, que estos solos yndios tienen más de ellos que juntos todos los demás de la costa.

Al principio de la laguna hay una población. Aquí tiene el almirante Alparis una como casa de recreo, en que reside la mayor parte del año. No muy distantes y siempre a la rivera, hay otras dos poblaciones en que habitan dos coroneles hermanos del almirante; cada uno de ellas se compone de la familia y parientes de cada uno de los coroneles.

Al extremo de la laguna hay otros cinco pueblecitos de Zambos, dependientes del rey Jorge, bajo el gobierno del capitán Sisa; los subalternos que hacen cabeza de ellos son hijos y sobrinos de este, con títulos de general, almirante, coronel, etc. Separada de estos pueblos hay una casa de una mestiza inglesa que tiene consigo cinco hijos de ambos sexos, menor edad, y quatro ingleses y dos esclavos.

Laguna de Blewfield (Bluefields)

Esta situada en la latitud observada de 11° 52' Norte y en la longitud de 292° 25' del meridiano de Tenerife. Dista de la laguna de Perlas doce leguas; setenta del Cabo; tiene tres leguas de longitud y otras tantas de latitud; entra en ella por cuatro distintas bocas el río de este nombre—hoy Escondido—el cual tiene su origen en la provincia de Nicaragua. Tiene dos entradas la laguna, y en ambas barra; la principal—hoy El Bluff—es de bastante fondo para embarcaciones de más de doscientas toneladas, las cuales con toda comodidad y seguras de todos vientos pueden anclarse en gran parte de la laguna, que es capaz de dar asilo a muchos buques, aunque éstos no pueden arrimar a la población, que está al otro extremo opuesto, por impedirlo muchos bajos que la inutilizan para barcos de este tamaño, como igualmente la otra entrada—Hodgson Bar—la cual sólo es útil para piraguas y pipantes.

Esta toda circunvalada de bosques, muy útil para la abundancia de madera, palma y bejuco que produce. Todo de buena calidad para construir casas pajizas y en donde quiera que se corte hay toda comodidad para conducirlo por agua donde se necesite. Hay excelente tierra para construir teja y ladrillo, y en los cayos, caracoles, conchas y otros mariscos de que se puede sacar muy buena cal. Y últimamente hay poca plaga y las aguas, aire y temperie son igualmente saludables que agradables.

Los indios Oluas [Ulwas] habitan las riberas del río y suben con pipantes hasta las montañas de Chontales, cuya navegación, aunque es larga—de diez días—y trabajosa, porque se pasan muchos saltos, y así que reman contra muy rápidos raudales, la emprenden gustosa y frecuentemente, porque en toda ella encuentran plátanos y caza abundantemente, y retornan muchas trozas de caobillas y de otras clases, y piraguas, y pipantes de enorme tamaño, los cales venden en cambio de aquellos géneros de que necesitan.

Aquí reside el coronel don Roberto Hodgson, cuya familia

compone toda la población, como demuestra el plano. Tiene doscientos esclavos negros de ambos sexos y treinta individuos de distintas naciones: ingleses, americanos, franceses, etc., unos son marineros, otros trabajan en distintas faenas, y algunos están sin ejercicio, esperando proporción de pasar a otro destino. Todos los que están por cuenta del coronel se ejercitan en cortar maderas, aserrarlas y escuadrarlas; en buscar zarza, y otros ejercicios de esta clase, cuyos efectos remite a Jamaica e Inglaterra, y muy pocos a Cartagena.

A ocho de Febrero di fondo aquí, y le traté (a Hodgson) hasta el día veinte y cinco, por no dejarme salir los vientos contrarios; se esmeró en mi agasajo con generosa afabilidad; mas desde el principio le caractericé de hombre de segunda, porque le observé mucha reserva en cuantos asuntos ocurrían a la conversación acerca del gobierno del Estado, del comercio y de la costa. Le penetré también una porfiada política, cuyo objeto ha fundado en sostener las desavenencias que hay entre indios y zambos, y en fomentar la pluralidad de partidos, como abajo veremos.

Desde mi llegada se estaba cargando de maderas una fragata inglesa titulada Sarah Bristol, de construcción holandesa, y porte¹³ de más de trescientas toneladas, mandada por Guillermo Russ, y por las demostraciones y aparatos del coronel me persuadí que su viaje se dirigía hacia Cádiz, o al Ferrol.

Me instaba porfiadamente que supuesto que los malos temporales me impedían mi regreso, lo emprendiese hasta la Laguna de Perlas, subiendo por el río de Aloba; cuya idea rehusaba yo por estar informado ser una navegación pesadísima, por haber que arrastrar un día entera la piragua sobre las balseras de palos y troncos que abundan en aquellos riachuelos y tres cuartos de legua por tierra hasta introducirla en otro río que va a dicha Laguna.

El citado día veinte y cinco amainó el tiempo y emprendí mi regreso en la piragua; mas no bien me había hecho a la mar, repi-

¹³ Capacidad.

tió el temporal, que me obligó a volver a la Laguna. Di fondo junto a la fragata, y como de antemano había establecido amistad con el capitán, pasé a su bordo; allí vi que estaba tripulada de doce ingleses. Permanecí en ella hasta el día tres de Marzo, en cuyo intermedio presencié el cargamento hasta su fenecimiento, y vi el diario que trajo desde Bristol, los pliegos de correspondencia que para allí y Londres llevaba, y últimamente la orden del coronel para que el día siete se hiciese a la vela para el puerto de su origen. Con esto entendí que los aparatos que antes fingió el coronel fueron para deslumbrarme, y los esfuerzos que hizo para que adoptase mi regreso por el río, fueron también porque no me informase yo de todo lo dicho. Cuyo pensamiento confirmé cuando me refirió el patrón de mi piragua, que había encargado me facilitase el regreso por el río, fueron también porque no me informase yo de todo lo dicho. Cuyo pensamiento confirmé cuando me refirió el patrón de mi piragua, que le había encargado me facilitase el regreso por el río; mas en caso de que no lo adoptase, nunca me llevase a bordo de la fragata.

Ya me habían informado su escribiente y algunos marineros y negros que tienen un bergantín que trafica hacia las colonias de Norte América, y una balandra que cruza a Jamaica, y otra que anualmente va a Cartagena, y que la fragata hace un viaje anual a Bristol, cargada de maderas, carey, gomas y peletería.

Ultimamente, viendo que el tiempo se pasaba inútilmente y el viento no amainaba, me fue preciso adoptar a mi pesar mi regreso por el río, en que pasé innumerables penalidades, haciendo arrastrar la piragua, como se ha dicho: mas cuando salí al mar, aún estaba embravecido, razón que me obligó a continuar la molestísima, y pesadísima faena de arrastrarla por la costa, a precio de no exponer las vidas a la voluntad de las ondas.

Finalmente, de todos los puertos que he reconocido en este viaje, el más a propósito para una ventajosa colonia es esta laguna, por muchas razones; la primera por la capacidad y abrigo de su puerto; la segunda, por la fertilidad de la tierra, que promete compensar con ventajas el costo de su agricultura, la tercera,

por su saludable clima; la cuarta, por la proporción que hay aquí para fomentar el comercio con los indios de la costa y los Oluas, y aún los Chontales; sobre que es de advertir que la abundancia de maderas buenas que tiene este río [Escondido], y el carey, gomas y peletería, en que comercian los indios, es un considerable ramo de comercio; máxime cuando todo lo dan a cambio de los efectos nuestros. Y la quinta y más fuerte razón es la proporción que franquea este terreno para una ventajosa fortificación. Sobre este punto me ocurren algunas reflexiones que supuesto el superior permiso de V.S.M.I. voy a exponer:

El coronel don Roberto Hodgson se imagina príncipe de este distrito, y aún dice ser señor de esta Laguna e islas adyacentes, y se porta en todo con toda independencia, jactándose de ella, por cuya razón y sus consecuencias, sin embargo que con permiso de la corte esta aquí en calidad de gobernador, se debe suponer que aún está este terreno sujeto a un príncipe extranjero, por medio de un comercio clandestino fundado sobre las ventajas que acabo de exponer; lo cual hemos visto practicado en la fragata, lo han querido sus dependientes, y en conclusión, el mismo lo confiesa cuando refiere los comisos que se le han hecho en Cartagena y Granada; sobre que es de notar que en Granada aún tiene pendiente una causa de esta naturaleza.

De lo dicho se sigue que sin embargo que se supone tendrá órdenes de la corte para fomentar aquí una colonia, en nada menos que esto piensa, pues no se encuentran más edificios que su casa pajiza y las demás casuchas de que necesita para sus esclavos, operarios, y almacenes, ni más desmante que el que han menester cultivar sus negros para su propia subsistencia, ni se ejercita en otra cosa que en el comercio que hemos dicho.

Si hubiese de exponer mi dictamen acerca del método que en toda esta costa se debería establecer para cortar el comercio clandestino que en toda ella se practica, y desterrar los buques ingleses que continuamente la infectan, sin dejar de frecuentar los indios, tendría por conveniente que aquí se fundase una colonia sobre el mismo pie que la de la boca del río de San Juan,

cuyo gobierno se encargase a un gobernador español, hombre a quien su propio honor le estimulase a procurar sus adelantos, y que se pusiesen almacenes Reales y particulares, bien provistos de todos aquellos géneros y efectos que apetecen los indios; estableciendo el mismo método que con ellos observaban los ingleses, en que cada particular les fiaba lo que necesitaban, y ellos pagaban puntualmente al plazo en carey, maderas, etc., lo que aún hoy practica el Coronel. De esta manera los indios que desde el río trafican hasta los Bocatoros, como este puesto es precisa escala, se nos familiarizarían cada día mas y más, y experimentarían el trato con los españoles, ventajoso sobre el que tenían con los ingleses.

Ya queda dicho que para salir de la Laguna de Perlas se continuó la faena de arrastrar la piragua. En esto, pues, gasté cuatro fatigadísimos días, al cabo de los cuales hube de arribar al río Grande; al siguiente me dirigí a la habitación del almirante Alparis, ansioso por ver logrado el empeño con que tomé su reconciliación con el gobernador Castilla, pues como hemos dicho, esperaba traerlo conmigo hasta el Cabo; mas toda esperanza se frustró, pues ya había desistido de aquella sana intención, dando por pretexto para no acompañarme, tener que pasar a Blewfields a tratar con el Coronel cierto asunto urgente; mas no estimando yo por bastante razón este pretexto, procuré informarme del indio patrón de mi piragua; éste, mediante mis regalos me hizo saber que con el mismo le había pasado recado el Coronel para que no accediese aquella paz, ni emprendiese tal viaje, por serle indecoroso, pues tan gobernador es él en su distrito, como su tío en el suyo, y el comandante en el Cabo.

Sin embargo de esta desazón en tres días que aquí paré esta vez, y otros cuatro a que me obligó una arribada impelido de los vientos, habiéndome visto muchas veces casi sepultado en las aguas, cada vez experimentando mayor agrado en el almirante Alparis, que dos o tres veces me proveyó de víveres y bogadores, porque estos cuando se les antojaba me comían los que tenía y me dejaban solo.

A pesar de contratiempos hube de arribar a Tupapi, que le deseaba con ansia, confiado en el asilo que esperaba hallar en el gobernador Castilla: pero ¡oh, cuán en vano! pues no apareció que trataba con un cristiano de quien debía esperar se portase conmigo del mismo modo que tantas veces ha experimentado se portan con él los nuestros, sino con un enemigo declarado, porque me negó cuanto estuvo de su parte, los auxilios de que necesitaba; y esto con la terquedad más agria, hasta llegar a decir que no podía obligar a su gente a servir a los españoles de balde; a que satisface haciéndole ver que jamás yo ni algún otro español nos habíamos servido de ninguno de ellos a quien no hubiésemos compensado con ventajas su servicio. Aquí añadió que mejor le estaría dejar el partido de los españoles y procurar estar bien con su gente.

Sírvase V.S.M.I. permitirme que con razón me maraville como tantos caballeros del mayor carácter y relevantes talentos han podido formar de este indio tan distinta idea, que lo han llegado a definir tan honrosa y ventajosamente, cuando de lo expuesto consta ser diametralmente opuesto su mérito; de tal manera que no me parece yerra el concepto quien quiera seguir al partido de quien más le regalare, abandonando ligeramente el que actualmente sigue.

Mediante, pues, mi protesta, la experiencia que de mi agrado se tenía, me hubo en fin de auxiliar para continuar mi regreso, a que contribuyó mucho haber arribado a esta sazón el bergantín de guerra el Galveston, del mando del teniente de navío D. Adriano Troncoso, quien le puso una carta, diciéndole que por cuanto tenía que regalarle, y los malos tiempos no se lo permitían hacer allí alto, le estimaría se sirviese pasar al Cabo, en donde esperaba tener la complacencia de verle y obsequiarle. Con esta novedad se embarcó en otra piragua y se vino juntamente conmigo. Ultimamente arribamos a 10 de abril, donde tuvo la satisfacción de verse magníficamente obsequiado del Sr. Troncoso, y convidado a espléndidos banquetes, tanto a bordo como en tierra.

Ya que he dado fina mi narración y razón del reconocimiento, a costa de tantas fatigas fenecido, no pienso será irregular, antes muy consentáneo, se me permita exponer las reflexiones que acerca del sistema de la costa me ocurran, adquiridas por experiencia palpable.

Reflexiones

He hallado todos los indios y zambos resentidos y disgustados del trato con los españoles, y esto por dos razones: la primera, porque no se hallan satisfechos de los regalos que se les ha hecho en el Cabo, pues el estilo que en esto se observó fue entregarlo al rey Jorge, y gobernador Castilla, para que los distribuyesen entre sus dependientes; mas como estos jefes son adictos a la codicia, y por otra parte están dominados de varias pasiones respecto a los suyos, resulta que se han tomado para sí la mayor parte, y a ellos individualmente han dado poco o nada, y estos pocos sólo a sus favoritos. Y la segunda razón es porque están persuadidos a que los españoles les engañan en sus tratos; esto piensan por otras dos razones: la primera, porque como en el Cabo se les paga a dinero los efectos que ellos venden, y no entiendan la moneda, y están habituados al estilo inglés de diez reales por un peso, y por otra parte experimentan continuas alteraciones en los precios de los almacenes del rey, de estas dos antecedencias deducen consecuencias perjudiciales a la fidelidad del trato español. Y la la segunda razón es porque el comandante D. Francisco Peres Brito ha establecido la prohibición de que puedan vender a ninguno otro que a su merced cuanto traigan, y como ellos son amantes a su libertad y quisieron tal vez vender mejor a otros de quienes han recibido algún obsequio, o que se lo pagarían mejor, les disgusta esta opresión; a que se añade que de verse precisados a vender privativamente a uno solo, se ven, por consiguiente, compelidos por su necesidad a profesar con el precio que éste quiera, por ínfimo que sea, y efectivamente lo es mucho, pues se ha dado caso en que por un caballo regular sólo ha pagado

quince reales. Y habiendo enviado a venderle el rey Jorge una silla de montar nueva, y tan bien puesta que cualquiera habría dado caso por ella treinta pesos, y una escopeta fina inglesa que nunca sería cara por catorce o dieciséis, pagó por una y otra tan solamente diez pesos, cuya injusticia sufren no más que obligados de la necesidad, no porque dejan de conocerla; mayormente el rey, a quien no falta discernimiento para conocer el intrínseco valor de cada cosa, y aún cuando le faltase, se lo haría ver el inglés Samuel. Todas estas desavenencias son muy a gusto de los ingleses que hay entre ellos, pues se aprovechan de la ocasión para vituperar el trato de los españoles y ensalzar el de su nación, cuya diferencia saben explicar con vivacidad, de tal manera que no se controvierte otro punto en sus conversaciones ni asambleas, que éste, y el poco o ningún aprecio que aquí se ha hecho del rey Jorge. De todo lo dicho se perciben las razones a que éste le asisten para sernos desafecto, inconveniente que de sí mismo está brindando fatales consecuencias, y que no faltará mientras no se mude de sistema.

Para atacarlo, pues, parece muy conveniente haya siempre en los almacenes reales un considerable surtimiento de coleta, camisas ordinarias y algunas finas, calzones, hachas, machetes ligeros a manera de hoja de sable: pues los que hasta aquí se les ha dado, traídos de La Habana y Cartagena, no los han apreciado ni usado por ser toscos y pesados; sombreros ordinarios, anzuelos de todos tamaños; navajas de golpe, grandes y pequeñas, abalorios negros pequeños, aritos de plata; cintas anchas y encarnadas, azules y plateadas; listados ordinarios, pólvora y munición; cachimbas y tabaco; bretañas contrahechas; algunos sombreros finos; zapatos y limas, y sobre todo mucho aguardiente, cuyos efectos son los que más apetecen.

Provistos así los almacenes, convendría reglar por cuenta fija y días señalados—que deberían ser inmediatos a la Navidad—

¹⁴ A finales de 1789, cuando aún no se redactaba este informe, fue autorizado por el rey para hacerse sacerdote. Salvatierra, CAP. II, pág. 515.

los regalos que se han de distribuir, no como hasta aquí se practicó, sino entregando su porte a cada individuo en mano propia, para que de este modo cada uno supiese lo que se le diera y lo disfrutase agradeciéndolo al trato español.

Para el comercio que con ellos debe siempre sostenerse, sería importantísimo que así como los precios de los efectos que ellos traen son inalterables, lo fuesen también los que en su retorno se les diese, y que se les permitiese comerciar libremente con quien quisiesen de los residentes españoles que hubiese en los establecimientos, sobre que es muy de notar que el comandante Don Pedro Brizzio,¹⁴ que fue el primero que allí mandó, estableció al principio el sistema que arriba queda dicho observa el actual; mas viendo los pocos progresos que se hacían, permitió vendiesen libremente, con cuyo ensancha se experimentó mayor gusto y frecuencia en los indios.

Para tener siempre estas incultas naciones a nuestra devoción, sería importantísima máxima de la más fina política, pedirles a los principales algunos de sus hijos para educárselos, pues hay experiencia de que los dan sin mucha dificultad; de cuyo sistema se seguiría precisamente una paz inalterable, porque siempre temerían cayesen sobre sus hijos las consecuencias de cualquiera deslealtad suya. Y sería más ventajoso este proyecto si se pudiese conseguir de cada uno de los principales un muchacho, que serían otros rehenes de la paz.

Todos estos arbitrios serían muy saludables, y para que lo fuesen más convendría extirpar enteramente su trato y frecuencia con la nación inglesa, que se propaga por medio de muchos buques que nunca faltan en los cayos de Sandibay, y río Grande, ni en la Laguna, y cayos de Perlas, máxime al tiempo en que se pesca el carey. Esta extirpación pareceme se conseguiría estableciendo en cada uno de los establecimientos, Trujillo, Río Tinto, Cabo de Gracias, Blewfield, tres o cuatro piraguas bien esquipadas, tripuladas y prontas a cualquier expedición, y además que hubiese dos barcos menores de guerra que cruzasen la costa de extremo a extremo, con el designio de escarmentar los barcos

ingleses y sostener las piraguas mientras entrasen a reconocer los ríos, lagunas, caletas, y cayos, para expulsar los ingleses que en ellos encontrasen; cuya idea me parece tan importante, que mientras no se establezcan nunca podrá cortarse la comunicación entre ingleses e indios.

Estas son, M.I.S., las cortas reflexiones que según mi modo de pensar me dictan la lealtad y el amor y celo al Real Servicio. Pueden salir falibles, pero no saldrá nunca la recta intención que me obliga a proponerlas y si mereciesen la alta aprobación de V.S.M. daré por suficientemente compensadas las penas y fatigas que este reconocimiento me ha tocado.

Trujillo, 1 de Agosto de 1790.

Tomado de
Nicaragua en los Cronistas de Indias-siglo xviii
Colección Cultural Banco de América SERIE CRONISTAS NO.2
Notas de Jorge Eduardo Arellano
Managua, Nicaragua, 1975

XIX

José del Río

Disertación del viaje a las Islas de San Andrés, Santa Catalina, Providencia y Mangles en la Costa de Mosquitos

1793

San Andrés

Presenta la Isla de San Andrés, situada su centro en la latitud de 12 grados, 32 minutos, y en la longitud occidental del meridiano de Cádiz de 75 grados 42 minutos, uno de los objetos más recomendables. Su posición entre otras pequeñas islas, cayos y placeres la hacen superior al frente de la costa de Mosquitos, distante de ella 40 leguas. Su situación de norte a sur, como manifiesta el plano, es de $7\frac{1}{3}$ millas, y de oriente a occidente en su mayor dimensión de 2 aproximadamente, resultado su área de 50 millones de varas cuadradas.

La bahía generalmente por toda su margen es de piedra, y las puntas que más se avanzan al oeste son de limpias de seboruco, exceptuando alguno que otro punto del Este que es piedra y lo demás de arena muy menuda y blanca, rodeada por un arrecife que la hace inaccesible.

A la parte del Oeste y donde se halla fondeadero se hallan dos montañas que se descuellan del resto de la isla, que generalmente es montuosa, pero sin formar cañadas ni precipicios, siendo muy suaves, de que resulta ser casi toda ella muy llana y susceptible a un regular cultivo. No se presenta río ni arroyo, ni se conoce manantial, por lo que sus habitantes se ven constituidos a hacer uso del agua de cazimbas o pozos, que es gruesa y contiene algunas partículas salitrosas.

De los árboles y arbustos de que está poblada toda la isla se ven entre ellos ceibas, naranjos, limones, agama, almácigo, yayti, yaya, pimientos de exquisita calidad, de que se ha hecho de su fruto algún cargamento para Cartagena de Indias y ha sido preferida a la pimienta de Tabasco, cocos, papayas, plátanos, no siendo menos abundante en boniatos, bananas, y toda legumbre que el gusto y la necesidad quiera que le produzca. El algodón es un arbusto característico de esta isla, el que cultivado, como así lo hacen, adquiere toda la superior calidad y hacen varias remesas a Cartagena.

Muchos de sus colonos tienen la industria de hacerla café y caña dulce para su uso, de la que hacen pequeños laboratorios; el azúcar muy regular en el color y nada desemejante a la quebrada de La Habana. El añil y tabasco son abundantes, y el examinado es de un mediano gusto y hoja grande; es verdad que no se elabora su cultivo como en Las Vegas y La Habana, que quizás se le aproximaría, pero basta para el vicio y hacen mucho uso de él.

He reconocido varias yerbas medicinales para el uso de la economía animal en sus dolencias, como aperlampazo, sicamo o abeleño, aberbena, yerba terrestre, brusco, celidonia, lenguas de buey y otras.

Como estos habitantes han estado vacilantes de su subsistencia en esta isla, no han cuidado del fomento y cría de ganado vacuno y caballar; y así no tienen más que el muy preciso para sus labores, contentándose con su diario alimento con el doméstico que tienen en abundancia, como cerdos, pavos, gallinas, y la facilidad de la caza que sin salir de su habitación matan para mantener a sus familias, y con el socorro del plátano asado, que es su pan cotidiano, viven sin carecer de alimento. Las aves que con más abundancia pueblan sus campos, son loros, cotorras, palomas, sinsontes, rabijuncos, rabihorcados, y gaviotas, no conociéndose animal ponzoñoso entre los reptiles e insectos.

Sus pequeñas enseñadas están llenas de pescado de muy

buen gusto, y lo más particular es que abundan de sardinas que tiene mucha analogía con las de Galicia, aunque no en el tamaño, ni ciertamente en aquel exquisito gusto.

La pesca de tortuga y carey es un ramo interesante en que se entretienen sin mucho trabajo ni dispendio, usando de una pequeña canoa, una red y un negro que la tiende, dejándola hasta el otro día en que levantan la que se ha enredado entre sus mallas. Esta pesca la hacen en la parte del norte y este de la isla, por ser de más placer y sembrada de comederos.

Los paseos que he hecho para la proyección del plano a varias habitaciones me han proporcionado el correr toda la isla, y aunque de paso por no permitirme otra cosa lo avanzado de la estación y los demás reconocimientos de Providencia y Mangles, he notado que toda la arboleda no es muy alta, ni de troncos gruesos, lo que atribuyo a la naturaleza del terreno algo arenoso y pedregoso, que no permite recibir toda la sustancia a las raíces, ni tomar su natural inclinación, quedándose en la superficie y formando un entretejido muy peligroso al que quiere correr a caballo y penoso al de a pie. Se nota de cuatro años a esta parte un gusano que daña mucho a la planta del algodón, corroyendo sus raíces, lo que hace no ser tan abundantes sus cosechas; se atribuye la emigración de estos insectos a un fuerte huracán que sufrieron cuatro años hace por el sureste, y arrojó tan perjudicial semilla, pero advierten al mismo tiempo que se va exterminando.

La calcinación de muchas piedras, y otras que se hallan formadas como lavas me hace creer que su origen ha sido alguna erupción volcánica.

Las enfermedades a que están sujetos y que generalmente los atacan son: obstrucciones, hidropesías y calenturas, en los meses en que son generales en todas la América; pero con el uso del aguardiente de Ginebra logran cortar la primera, y se cuenta la mayor edad a noventa años en una mujer que murió antes de mi llegada.

El número de habitantes que puebla la isla, como manifiesta

el estado general que de ella acompaño, asciende su total, incluidas todas las edades, clases y sexos, a 373 personas que viven sin formar pueblos, repartidas cada familia en la hacienda de su propiedad, según manifiesta el plano con las veredas de comunicación de unas con otras.

La labor de sus campos, con preferencia es el cultivo del algodón, en que emplean la mayor parte del año en su total beneficio, limpiándolo de la pepita con máquinas muy sencillas y de fácil movimiento, con la ventaja de ser tan poco complicadas y sencillas, que ellos, o sus esclavos, hacen cuantas necesitan.

La exportación de esta materia que es la de único comercio en toda la isla, en la actualidad de mis exámenes, la hacen a Cartagena, pero no es con aquella actividad que requiere el comercio, por falta de embarcaciones que quieran fletarse para dicha plaza y así se hallan precisados a depositar sus sacos, hasta que uno de los demás cosecha, y uno de embarcación tenga beneficiada la suya, que entonces tienen ocasión de hacer sus remesas, que venden a bajos precios y hacen el retorno de un poco de vinos y ropas muy precisas, si no pasan a Jamaica.

El adorno y sencillez de sus casas, la mediocridad de sus vestidos, y el ningún lujo en sus mujeres, todo anuncia no más que lo preciso para su existencia, y sólo se contentan con algún sobrante para no carecer de la mantequilla, ron y vino de la madera, que es todo el aparato y esplendidez en sus recíprocos banquetes, afianzando por este medio ciertos vínculos de amistad que mantiene el orden, sin magistrado, tranquilizando un tercero cualquiera desavenencia que se suscita, a la que se someten con gusto y cumplen.

De intento no trato de su culto, pues no he visto ninguno, y sólo me contento con expresar en el estado general, el que es católico y protestante.

Para abordar a dicha isla no hay necesidad de práctico: las tres vistas que acompañan al plano representan el todo para la conducta de su piloto; navegando al oeste o al este. Al frente de ella y a su vista gobernará a la parte más sur, sin cuidado de

acercarse a tiro de pistola; verá la ensenada llamada del oeste y se dirigirá a un estero, y sin entrar en él, fondeará en diez o menos brazas de agua. Es abrigado de los vientos del 1º y 2º cuadrante, pero de los demás es menester dar la vuelta si se teme el noroeste y sudoeste que reinan desde octubre hasta enero.

A la parte del este no hay fondeadero más que para embarcaciones que calen sólo de 6 a 8 palmos, y es menester del práctico para mantenerse y entrar por entre los quebrados que forman los arrecifes.

Santa Catalina y Providencia

Se hallan situadas las islas de Santa Catalina y Providencia su centro en la latitud norte de 13° 26 minutos, y en la longitud de 75° 19 minutos del meridiano de Cádiz, distante de la isla de San Andrés al rumbo de nor-nordeste 18 leguas, dejándose ver ambas islas de una a otra en los días más serenos.

La isla Santa Catalina que se haya separada de la Providencia por un pequeño estrecho a la parte del norte, como se manifiesta en el plano, en nada es interesante; su terreno casi todo cubierto de piedras y la montaña escarpada que la domina, llena de irregularidades, la hacen despreciable.

Por la fragosidad fue preferida por el famoso pirata Morgan, a últimos del siglo pasado, para mantener más a cubierto las piraterías con que infestaba nuestra costa, y se ven vestigios de baterías en la Punta de Cañones, que señalo en el plano, con dos cañones de calibre 16 derrocados a la orilla, y consumidos del tiempo; nadie la habita y sólo tiene de extensión una milla escasa.

Es la Providencia grande de norte a sur de 4 millas y de norte a oeste de 2, y su área de 30 millones de varas cuadradas. Es muy apreciable el terreno por la naturaleza de suelo negro y limpio de piedra, y la que se ve fácil de mover y buena para lastre por su tamaño y solidez.

Desde la superficie del mar y puntas más salientes empieza su escarpado a elevarse en una planicie muy suave hasta el centro

de la isla que se levanta en anfiteatro, y resultan cuatro collados cubiertos de montes, y en algunos parajes piedras. De la cúspide de la montaña del Este se reparten de un manantial de agua cuatro ríos que en distintas direcciones corren a la orilla, dividiéndose en su curso en pequeños arroyos, siendo su agua, por el continuo choque en el serpenteo que hace ser de piedras su cauce, muy delgada y de exquisito gusto; pero sólo en el tiempo de seca es preferible en el río que va al paraje llamado de Agua Dulce por conservarla más abundante y limpia.

La arboleda más preciosa que se presenta, aunque en muy poca cantidad por haber los ingleses de la Jamaica talado sus campos, lo que en el día también hacen, son caobas, cedros, acacias, ceibas, y el árbol de las nueces, único alimento con que los primeros habitantes se mantenían, hasta que producían sus plantaciones en el día, sirve para mantener los cerdos; tienen alguna semejanza a nuestras nueces, pero muy remota.

Las únicas plantas que se conocen medicinales son las raíces llamadas de rata y china; la primera es excelente para el mal venéreo con sólo el beneficio de ponerla a hervir en tres cuartillos de agua, y disipado un tercio se toma, resultando su virtud por la vía natural, según me han informado, y la otra es un buen atemperante.

Se ven algunas bandadas de cerdos monteses, morrocots, jicoteas, cangrejos grandes y ratas muy impertinentes que gustan de las simientes. Hay también en la clase de volátiles, loros, palomas, turpiales, canarios monteses y otras castas menos apreciables.

Los arrecifes, cayos y placeres que guarnecen ambas islas están poblados de muchas castas de pescados, y con abundancia extraordinaria de tiburones, tortugas y carey, de que se hace de su concha muy buen comercio a Jamaica. Hay algunas perlas y la que yo he habido es del tamaño de un garbanzo regular, pero su oriente tira a color de rosa.

Pueblan la isla de la Providencia cuatro familias, siendo el total de individuos, incluso todas las clases y sexos, 32 personas.

El más rico y único católico es Francisco Archebo, viudo, con una hija de edad de 7 años, que son todas sus delicias: sus sentimientos están llenos de religión y no está contento hasta verla entre españoles, mandándola a La Habana para mejorar su educación. Me pidió una bandera española y que de algún modo lo autorizase en aquella isla para más bien contener la libertad que se toman las embarcaciones de Jamaica, con la corta de maderas, y otros excesos a lo que condescendí, por parecerme racional su solicitud, hasta que la superioridad determine otra cosa. Tiene entre negros, negras y mulatos 21 esclavos y cultiva el algodón en 1760 varas cuadradas de siembra, ascendiendo la labor para boniatos, maíz y demás granos a 99 libras; las demás cabezas de familia Juan John, Andrés Brown, y José Ohggs son protestantes y entre todos cultivan 83 varas cuadradas de algodón, y 99 de comestibles.

El solo comercio que hacen con la cosecha de algodón es a Jamaica, pero sin libertad de hacerlo por sí; y se ven precisados, por no tener embarcaciones, a venderlo a los barcos de Jamaica que van a la pesca de carey y tortuga, que los proveen de ropa y demás materiales en permuta.

Gozan de muy buena salud y el más antiguo en ellos no ha estado enfermo, ni a conocido ninguno de los que existen principalmente de los males de calentura e hidropesía que son más característicos en San Andrés.

Sus enseñadas, por estar acordonadas de arrecifes, sirven para abrigo de embarcaciones que calen sólo de 10 a 11 pies, siendo indispensable valerse de un práctico para abordar a ella; en el día no le hallo de absoluta necesidad, teniendo presente el plano que he levantado, seguro de representar en él todos los objetos que existen.

Determinado pues un piloto a fondear, puesto a la parte del norte de la Catalina, y descubierto al monte partido, por lo más oeste de ella, irá haciendo el rumbo de la costa por la sonda de 6, 5, 3 y 2 brazas hasta fondear y se hallará en la ensenada que he nombrado de la Catalina. Desde este surgidero, si quiere ir al

sudoeste, costeará la isla de Providencia por la parte del oeste, según trazo la derrota; puede fondear en todos los puntos de las anclas; pero será mejor en la primera por quedar al frente de la aguada.

Islas de los Mangles (Corn Island)

Estas islas que hasta ahora se han mirado de mayor extensión se pueden poner en el rango de cayos. La mayor que se creía ser de 5 a 6 millas de norte a sur y de 4 del este al oeste, no es según las operaciones geométricas que he empleado para la proyección, más de 2 millas y un $\frac{1}{5}$ de norte a sur y de 2 en lo más norte de ella de este a oeste, y su área de 10 millones de varas cuadradas. La (isla) chica ha corrido la misma suerte; su extensión sólo es de 5 millones de varas cuadradas, distante del Mangle Grande al ángulo de 22 grados en el primer cuadrante de 7 millas.

La latitud observada en que se halla situada la (isla) grande es de 12 grados 12 minutos, y la chica en 12 grados 18 minutos 30 segundos, siendo su longitud al oeste del meridiano de Cádiz de 85° 21 minutos, distante de la costa firme este-oeste 19 leguas, como manifiesta la carta geográfica que acompaña.

El terreno y demás producciones del Mangle Grande tienen la misma analogía que la de San Andrés y Providencia; las tres pequeñas colinas que se levantan de norte a sur, siendo la del mediodía la más alta, están llenas de matorrales y sólo dominan los cocos, de que hay en abundancia, no teniendo árboles capaces de sacar una tabla de 12 pulgadas de ancho.

Sus costas están guarnecidas de arrecifes sin formar puertos y sólo hay la seguridad para los vientos del primero y segundo cuadrante en la ensenada llamada del Bergantín. Toda la orilla, exceptuando algunas playas, no presentan más que vestigios de calcinaciones volcánicas; sus piezas ferruginosas a poco análisis que de ellas se hagan, se sacará cobre, y en algunas quizá metales más preciosos.

No se encuentra manantial de agua, pero es fácil sacarla en cazimbas, limpia y de buen gusto; el ganado vacuno de que abunda ascenderá a 400 cabezas según me ha informado el único poseedor Don Guillermo Ottogson [William Hodgson], teniendo la fortuna de haber tres pequeñas lagunas y buenos pastos. Abunda de cerdos silvestres de muy buen gusto, pero tan enemigos de nuestra presencia que es difícil, no obstante la abundancia, alcanzarlos con el golpe de bala.

Dn. Guillermo Ottogson, que sólo habita esta isla acompañado de su madre y un hermano, tiene formado un pequeño pueblo en la parte del norte, según se ve en el plano. El número de esclavos que la habitan, inclusas edades y sexos, asciende a 102 individuos y 43 dependientes con 30 indios transeúntes. Su cultivo en el día es de algodón.

La tiranía del indio Sulera y su parcialidad, que acaba de ser muerto por su enemigo el jefe de los indios moscos, Jorge, dio motivo de retirarse de Bluefields y establecerse en esta isla. En ella, después de haber sufrido la destrucción de sus casas y labores en aquel sitio por este infame, ha estado más bien fabricando su defensa para recibirle, por el designio que tenía formado de venirle a sorprender y quemarle vivo; en la actualidad, ya se ha tranquilizado con su exterminio, y sólo atiende a su fomento.

El Mangle Chico [Little Corn Island] nadie le habita; está generalmente despoblado de arboleda, y se ve una gran sabana poco elevada, pues hace toda su altura, y la orilla está llena de cicales; regularmente la abordan los tortugeros de Jamaica haciendo su pesca en el parte del norte y nordeste, que es todo de arrecife, y se avanza milla y media a la mar. En la parte sur, como se ve en el plano, es el punto más abrigado y único que reúne con más ventaja la naturaleza de surgidero, siendo también el único aunque pequeño, que he reconocido en todos mis exámenes, para más seguridad de toda clase de buques. Se ven algunas langostas y de tres en tres años; dicen se levantan para arrojar a la hierba que más estimula su olfato, y arrasan con todo cuanto encuentran hasta el otro trienio.

Sus vistas y estar situadas ambas islas en el placer de la costa de Mosquitos, con la precaución de sondas, se toman fácilmente sus fondeaderos, sin necesidad de práctico, teniendo presente el plano particular de ellas o la Carta Geográfica.

Idea del carácter de los indios

Las parcialidades o castas de indios, que habitan la costa desde el río de San. Juan de Nicaragua hasta el Cabo de Gracias, se consideran de 4 a 5 & [?] individuos; su entretenimiento es la caza y pesca de carey, que en permuta dan a los ingleses todos los años, procurando estos últimos por todos los medios alejarlos de nuestra devoción, llevándoles para seguir sus cambios, pólvora y escopetas, lo que les hace ser más atrevidos.

La barbarie en que viven les pone muy distantes de la vida natural o salvaje; los vicios que han tomado de las tripulaciones inglesas los hace ser insufribles y es muy raro en él que se descubra alguna virtud moral. No tienen religión y sólo miran como oráculos los prestigios de sus suquias y santones, que dicen consultan con el diablo, y que se les presenta con mil formas diferentes, a quien respetan como a único para el bien y el mal en su creencia, pero sin adoración pública. Sus costumbres aun en las diversiones indiferentes son monstruosas; su ambición no tiene límites, son ladrones y serían sanguinarios contra nosotros sino temieran el valor de los españoles.

Les damos todos los días pruebas de la más sincera amistad; el halago que se usa con ellos, acompañado del regalo, no basta para atraerlos; les domina extraordinariamente la lujuria y tienen todas las mujeres que pueden mantener tratándolas como a esclavas; siendo tan voraces que no están libres de su furor, las jóvenes de 8 a 10 años.

He tratado con muchos de ellos, y los que han venido a mi bordo, que regularmente han sido almirantes y capitanes; no tienen más idioma que pedir aguardiente que beben hasta quedar rendidos.

Jorge, el jefe de los Mosquitos, al que ellos llaman Rey, recibe todos los atributos de respeto de sus indios, como tal soberano: su presencia está adornada de cierta gravedad, que más se hace temer que amar. Es en efecto cruel, hasta en el bello sexo que idolatra se ven señales de su tiranía, pues rara es la mujer de las que tiene para su uso que no presente la espalda llena de cicatrices.

En el día inflamado con la muerte que acaba de hacer en la Laguna de Perlas, a su adversario Sulera, trata de hacer lo mismo con todos los jefes de las demás parcialidades, y quedar absoluto déspota. A mi regreso al Cabo de Gracias tuve noticia del extrañamiento que había hecho y había algún recelo que quiere atacar al establecimiento de sorpresa. Yo dudo que él se atreva en la actualidad a sorprender un puesto que con particular gusto he visto en bella disposición para recibirle, y sus defensores con deseo de tener un día agradable y lisonjero; pero como esto no basta para vacilar y temer su perfidia, parece exigir romper una amistad, que los hacer mirar la piedad y amor con que quiere nuestro amado soberano que sean tratados, más como principio de respeto hacia ellos que beneficencia y deseos por medios tan suaves de atraerlos para la religión, que la miran ya con odio por no permitir la pluralidad de mujeres.

Ya no hay que esperar de ellos una amistad permanente, ni que se despojan de la inercia y vida brutal en que hacen; la fuerza y desprecio me parece será el resorte más poderoso para abatir su orgullo, y conseguir tal vez el principio de nuestro sistema.

Son pusilánimes: póngase gran cuidado en que los ingleses no aborden la costa para que nada tengan, sino de nuestro trato, y con particularidad carecerán de pólvora, balas, y otras armas.

El quitar a Jorge y a su hermano de la vista de los indios es fácil, y llegará el caso de ser preciso hacerlo.

Tomado de
Documentos referentes a la Historia Colonial de Nicaragua
Tipografía y Encuademación Nacionales
Managua, 1921

XX

Josef Domas y Valle

Preguntas sobre los Moscos y su Territorio

1800

*Consulta de Don José Domas, Presidente Gobernador
y Capitán General del Reino de Guatemala.
Contestación de Don Juan de Zavala.*

Enterado de las diferentes preguntas que en oficio de 7 de febrero próximo pasado se sirvió Vuestra Señoría. confiarme, procedo a su contestación del modo que verá V.S., poniendo aquellas para mayor claridad al margen, con la debida separación de puntos, y mis respuestas a su frente.

1ª—Qué fuerzas tienen los Moscos?

En cuanto a gente armada hay muy poca, o en sustancia ninguna, y en orden a la cantidad de hombres capaces de tomar las armas, nadie puede saberlo; pero es constante que componen un extraordinario número, cuya ignorancia nace de la suma libertad de ellos, de su ningún arreglo, ni subordinación, y de la considerable extensión del terreno que ocupan.

2ª —Si son muchas parcialidades, y cuantas?

Aunque son varias sus parcialidades, solamente la del rey Jorge es de algún respeto, y no puede saberse cuantas serán.

3ª—Si hay alguna entre ellas que comparativamente tenga tanta que absorba el resto de todas las otras?

La del rey Jorge es la más respetable, por sus mayores conocimientos, nacidos por el roce que él y sus súbditos o vasallos han tenido con los extranjeros; pero si se unieran las demás, indispensablemente acabarían con ella, por su inmenso número.

4ª —Qué extensión de terreno ocupan, o si sólo están establecidos desde el Cabo de Gracias a Bluefields, inclusive, o exclusive ambos puntos?

Las tierras en que residen los moscos y demás indios salvajes, o caribes, abrazan desde las orillas del río Tinto hasta las del río Mico, que desagua en la bahía de Bluefields, ambos inclusive, cuya extensión ocupa como cien leguas por línea recta, o por elevación.

5ª—Si tienen establecimientos fijos y permanentes dentro de ellos, o si los mudan y en este último caso cuándo y cómo?

Viven en rancherías o palenques permanentes, excepto los que por determinados tiempos recorren la costa que va para el sur hasta Bocatoro, (Bocas del Toro), pescando carey, tortuga, etc.; y por separado hay otros caribes montaraces que abandonando sus rancherías se dirigen a algunas vegas de ríos que tengan buen pescado, y en que construyen otras de nuevo.

6ª—Si hacen estas mudanzas sólo con relación a la pesca, o con algún otro objeto; en qué embarcaciones, en qué tiempos, y si estos son periódicos siempre, o comúnmente?

Al recorrer dicha costa por mar, que lo verifican en sólo piraguas, no llevan otra mira que la pesca indicada, cuya navegación emprenden anualmente en los meses de abril y mayo y regresan como por octubre o noviembre.

7ª—Qué comercio o comunicación tienen con los ingleses?

En estos últimos años ninguna sensible comunicación han tenido con los ingleses, aunque con demasiado sentimiento suyo, por las inmensas ventajas que lograban con su trato, que les era en sumo grado más beneficioso que nuestros regalos, por cuanto de aquel modo nada les faltaba, y de éste les escasea todo; siendo lo más gracioso que los ingleses resultaban beneficiados, y nuestros regalos quedan sin recompensa ni agradecimiento alguno, causándoles ésto mas bien cierto odio hacia nosotros, por la memoria que con ello hacen de lo que perdieron con la expulsión de los ingleses. Hoy sólo tratan con dichos moscos los vecinos isleños de San Andrés, de Santa Catalina y de Mangles; esto es, que lo sepa yo.

8ª—Si estos procuran tenerlos adictos con regalos, con cambios, con uno y otro, o de qué modo?

Cuando los ingleses comunicaban a dichos moscos, procuraban tenerlos adictos y contentos, sin otro artificio que el de los cambios, de cuyo modo lo proveían de cuanto les podía hacer falta, admitiéndoles en pago diferentes peleterías, maderas, zarza, brasil, carey, tortuga y demás producciones de la costa.

9ª—Cuál de los medios, el de cambios o el de regalos, será preferible; o si convendrá substituirle con otro, u otros nuevos, y cuáles sean o pueden ser estos?

Por la contestación que precede se echa de ver que el medio más preferible o único para tenerlos contentos es el de los cambios, a imitación de los ingleses, admitiéndoles todo lo que produce aquel terreno y surtiéndoles de cuanto ellos necesitan, a saber: de anzuelos, aparejos de pescar, hachas, machetes, algunas escopetas y municiones para cazar, aguardiente, crudos angostos, listados ordinarios y otras diferentes ropas bastas que ellos usan.

10ª—Si navegan algunos ríos, y qué nombres tienen los más frecuentados y conocidos?

Desde Tinto a Matina—cuyo puerto también visitan los moscos—cuentan ellos cinco ríos navegables y conocidos por nosotros, a saber: el del citado río Tinto, que llega a las inmediaciones de Olancho; el de Segovia o Cabo de Gracias, que es uno mismo, y se sube por él hasta cerca de la Nueva Segovia, el de Bluefields, nombrado río Mico, cuyas cabeceras están cerca de Chontales; el de San Juan, y el de Matina.

11ª—Si los indios salvajes que habitan aquella región merecen el nombre de tales, y si están mezclados o separados; si son enemigos entre sí, o de nosotros?

Muchos de los indios que habitan aquella región merecen realmente el nombre de salvajes; otros algo menos, y también los hay bastante racionales. Huyen comúnmente de comunicarse con los Moscos-Zambos de la costa, y lo mismo de nosotros, excepto tales cuales que vienen de cuando en cuando a buscarlos con la idea de hacer algunos cambios.

12ª—Qué país ocupan dichos indios, así en la costa como en el interior?

Ocupan toda la costa que se cita en la respuesta 4ª, y no se sabe cuánto internan para el Oeste, o que terreno ocupan en lo interior; pero es regular que no exceda de cuarenta leguas el palenque más internado.

13ª—Qué carácter es el de unos y otros, y lo mismo en religión, costumbres, medios de subsistencia, fuerzas y modo de reducirlos?

Los Moscos Zambos son robustos, valientes, muy ágiles, morenos, buenos cazadores o escopeteros, famosos pescadores e insignes nadadores y muy marineros de embarcaciones menores. Los indios Moscos son del color de los demás indios del reino; los que viven cerca de la costa y de los ríos grandes, casi son de las propias circunstancias que los Zambos, y los de las montañas mucho más débiles, menos ágiles y muy caribes o salvajes. Parece que ninguno de todos ellos tiene religión alguna, o si la tienen se ignora totalmente; como faltos de educación carecen también de costumbres, y en orden a medios de su cómoda subsistencia se ven hoy casi totalmente sin ellos, por no haber quien les compre lo que producen sus costas y terreno. El reducirlos a todos es moralmente imposible, pero muy fácil el domesticar cuanto se quiera a los de las inmediaciones de la costa, por medio de los cambios, y no de otro modo.

14ª—Qué distancia hay de sus establecimientos a nuestras poblaciones; la calidad del terreno o camino que intermedia; si su temperamento es saludable, o mortífero, con especificación de lo que éste pueda influir con respecto a ellos, o a nosotros?

Desde las poblaciones que ellos tienen a las orillas del río Mico, hasta las más inmediatas de nosotros, dista de 12 a 25 leguas, según el rumbo que se quiera tomar para dar con ellas. De las haciendas de Olancho, hasta los palenques de los indios Payas, hay como veinte leguas; y en cuanto a la distancia que habrá en lo interior desde sus pueblos a los nuestros, se ignora totalmente. El terreno que divide sus poblaciones de las nuestras, en parte es llano, en otras pantanoso, y también lo hay muy montañoso. Su temperamento para nosotros es enfermizo, por estar

sin el menor cultivo, no obstante ser templado; pero para ellos al contrario, a causa de haber nacido y ser criados en él.

15ª—Si hay facilidad o gran dificultad para que puedan venir muchos de ellos junto a nuestras poblaciones, y el paraje o parajes por donde con más probabilidad podrán verificarlo?

Aunque ellos tienen bastante facilidad para que puedan venir muchos juntos a nuestras poblaciones por cualquiera de los puntos de río Tinto, Cabo de Gracias, Bluefields y Matina, no es verosímil que lo verifiquen, como tampoco lo han hecho jamás, excepto tal cual vez que en cantidad de sólo ciento o doscientos de ellos han venido a Matina, Lóvago y Juticalpa, con la idea de robarse algún cacao, ganado u otra cosa de poca entidad; ya se ve que en aquellos parajes tampoco hay cosas de más valor.

16ª—Si unidos a los ingleses, o éstos solos, es verosímil emprendan expedición formal, a menos que sea por el río de San Juan?

A no ser unidos con los ingleses, tampoco es creíble emprendan ellos expedición alguna contra nosotros, ni contra nadie, por su impericia, por sus ningunos conocimientos, poca subordinación y menos ambición.

17ª—Qué circunstancias son las de éste?

El río San Juan es el que presenta menos escollos, que otro alguno de dichas costas, para subirlo en cualesquiera de todas las estaciones del año. Toda su longitud, que corre con corta diferencia de este a oeste, asciende a 40 leguas marítimas de 20 en grado, sobre muy poco más o menos. Sus orillas son bajas en la mayor parte; su ancho desde 100 a 200 varas; su fondo muy vario; sus corrientes, en medio muy rápidas en sus mayores crecientes, y en las orillas corren entonces desde 2 hasta 4 millas; y cuando no lleva crecientes, su mitad. Tárdase en subir con buques medianamente aparentes de 6 a 9 días, a media carga, en todos tiempos.

18ª—Qué facilidad y dificultades se pulsan para resistirlos en caso de que suban por dicho río San Juan, y los medios más económicos y baratos que se pueden tomar para impedirlo?

Para impedir su subida deben colocarse ocho cañones, no contando por ahora el puerto de San Juan, y en el que hecha la paz deben formarse dos baterías rasas, y cuyos fuegos crucen la entrada a él, y que sean del calibre de a 8, o cuando menos de 6; a saber: 4 en Concepción, que es donde se divide el río Colorado del de San Juan, distante 6 leguas del puerto, para impedir que suban por él; y los otros 4 en el sitio que ocupó el castillo viejo de San Juan. De estas dos pequeñas baterías sólo debe permanecer en tiempos de paz la de Concepción, eligiendo el terreno menos bajo y más sólido, no solamente para el indicado objeto, sino también para la formación de un grande almacén que deberá servir para la custodia de los diferentes cargamentos mercantiles que convendrá se depositen en él por ciertas razones que el comercio representará a su tiempo.

19ª—Si en el caso de superar ellos las dificultades que presentan el citado río, los detendría mucho el fuerte de San Carlos. Si en el caso de posesionarse de éste, tomando nosotros buenas providencias podrían subsistir mucho tiempo en la provincia, y cuáles serían más adaptables, atendidas así las circunstancias de la tropa, como su calidad y la del paraje?

En el caso de estar proveído el fuerte de San Carlos de buena pólvora y demás pertrechos de defensa, con un destacamento de 150 a 200 soldados regularmente disciplinados, parece moralmente imposible superen los enemigos aquel punto por agua, y mucho menos si se establece, casi a ningún costo, una batería rasa flotante, formada de gruesos y ligerísimos maderos de balsa, (de que abundan aquellas vegas), fondeándola en medio de la misma boca del río, frente a la propia fortaleza. Si no obstante lo expuesto llegasen los enemigos a posesionarse de ella, que siempre sería precediendo algún desembarco, con mucha fuerza de gente, e inmensos afanes y costos, por lo cerrado y cenagoso de todo aquel terreno, el mejor, el más acertado y el más económico medio para echarlos, sería el dejarlos en ella hasta que su mortífero temperamento y los incalculables nuevos costos que tendrían que sufrir para medio alimentarlos, les

hiciera abandonar el puesto irremisiblemente. Y si no contentos con apoderarse de dicha fortaleza, pensasen en dirigirse para lo interior de esta provincia, dejando guarnecida aquella, aun en este increíble evento, sus pérdidas, costos, desgracias y trabajos, serían infinitamente mayores que los nuestros, y su utilidad ninguna, por mil razones que a ningún hombre medianamente sensato se le pueden obscurecer, atendida la dilatada, molesta y mortífera distancia que tendrían que atravesar sin más auxilio que el de sus fusiles, y por lo que no me molesto en relatarlas.

20ª—Cuáles son también las circunstancias de dicho fuerte, y las del destacamento de Chontales, dando noticia de sus temperamentos?

La citada fortaleza de San Carlos, (que ya queda dicho ser de fatal temperamento), está situada en la propia boca superior del río de San Juan, o desaguadero de este gran lago. Su terreno es duro, firme y bastantes elevado; su artillería, sino carece de defectos, y en que no tengo el menor voto, es más que suficiente. La mayor parte de sus enfermedades dimanar del errado método que se observa en el arpillage, conducción y conservación de los víveres con que se raciona su guarnición. El destacamento de Chontales se ve situado en paraje bastantemente sano, esto es, en una de las haciendas de aquel partido, pero la más inmediata a las montañas del Norte por el rumbo que guía hacia Bluefields.

21ª—Si son precisos o útiles uno y otro, o si convendría substituirlos, y con qué?

Por ahora es preciso que continúe el destacamento de la fortaleza de San Carlos, y al contrario el de Chontales, que no puede servir más que para impedir algún leve robo que los Moscos intenten hacer precisamente por donde está el propio destacamento, porque por otro lado no lo podrán estorbar.

22ª—Qué gente costará anualmente a esta provincia ambos destacamentos, por una regulación prudente?

Es imposible calcular la infinidad de gente que cuesta anualmente dicho destacamento de San Carlos a esta provincia,

por cuanto la mayor parte de los milicianos van a morir a sus casas al cabo de cuatro, seis, ocho, diez y veinte meses de haber vuelto de ella; otros fallecen por desertarse, sin conocimiento del terreno, en las asperísimas montañas que intermedian entre aquella fortaleza y las haciendas de Chontales; otros mueren en este hospital de Granada, a donde vienen a parar, ya sea por haberse enfermado antes de cumplir su tiempo, o ya después de cumplido con sus compañías, que se desembarcan todos aquí; y otros, en fin, que quedan enterrados en el campo santo del mismo San Carlos. El destacamento de Chontales no causa regularmente más muertos que las que sus mal acondicionados víveres acarrear, que no son muchas por cuanto tampoco permanecen allí más de cinco meses cada año, y en la mejor estación.

23ª—Si convendrá que siga el destacamento en Chontales, aumentando o aminorando su número de tropas, y lo mismo las que están de guarnición en el fuerte, expresando en caso de convenir y otra rebaja, hasta qué número deben reducirse?

El destacamento de Chontales no puede servir más que para lo que ya queda dicho, y en cuanto al del fuerte de San Carlos, con que quede este reducido a solo la tropa de morenos franceses y otros cien soldados bien disciplinados del regimiento fijo, tiene suficiente tropa para defender en aquel punto la subida del río.

24ª—Y qué fuerzas navales existen en este lago; su utilidad o inutilidad; si conviene reforzarlas, o disminuirlas, expresando cuáles deban quedar?

Las fuerzas navales de este lago siempre he guardado por inútiles, atendida la ninguna instrucción de su oficialidad, patrones y tripulación, la poca diligencia de los buques, lo inaparente de su jarcia, velas y lonas, y principalmente porque juzgo que jamás se les presentará ocasión de hacer fuego; pero ya que ha costado el rey todos los que en el día existen, se debe ver el mejor modo de conservarlos, teniendo listos y tripulados sólo dos de los siete de cubierta que conserva y mantiene actualmente Su Majestad, y que los cañones de los que conviene de-

sarmar se coloquen en la balsa de que trato en la respuesta 19 de este papel, bajo el supuesto que dichos dos barcos son muy suficientes para todas las atenciones del servicio que aquí puedan ofrecerse.

Espero tenga Vuestra Señoría Muy Ilustre, la bondad de disimularme los defectos que habré cometido en la contestación que precede, bajo el firme supuesto que en nada he procedido de malicia, tampoco lo permita Dios.

Nuestro Señor guíe a Vuestro Señor, lo más que le deseo.

Granada, 5 de Marzo de 1800.

M.I.S. Presidente Don Josef Domás y Valle.

Tomado de
Relaciones Históricas y Geográficas de la América Central
por Manuel Serrano y Sanz
Madrid, 1908

XXI

Orlando W. Roberts

Viaje por la Costa Caribe de Nicaragua 1818

Desde el puerto de San Juan hasta Punta Gorda

El puerto de San Juan de Nicaragua, es sin lugar a dudas el mejor para buques de guerra o embarcaciones grandes en todo el trecho comprendido entre Boca del Toro y el Cabo Gracias a Dios, siendo superior a este último porque no está expuesto a vientos del sur. Tiene suficiente profundidad para dar cabida a 15 ó 20 embarcaciones grandes y otras tantas pequeñas, que una vez allí, se verían abrigadas de los vientos por la tierra.

Muchos pescadores, indios y otros, a su regreso de pescar, se detienen en esta región para recoger manatíes que abundan en el río y en un riachuelo en el extremo superior del puerto. Centenares de esos pescadores se quedan salando y ahumando la carne en Punta Arenosa, sin ser molestados por los españoles. El manatí se puede considerar como el enlace entre los cuadrúpedos y los peces; conserva las patas delanteras, o manos, del cuadrúpedo y la cola del pez, que tiene la forma de un abanico extendido horizontalmente. Bajo la piel, que es extraordinariamente dura, tiene una capa gruesa de excelente calidad. La carne, en sus partes más gruesas, tiene la rara propiedad de tener vetas de carne alternada con vetas de carne magra, haciéndose de ella un plato exquisito. Las personas que padecen de escorbuto o de escrófula encuentra pronto alivio alimentándose con manatí; éste les purifica la sangre y la virulencia o malignidad de la enfermedad es arrojada a la superficie del cuerpo de donde pronto desaparece.

El manatí tiene un oído muy agudo y se sumerge bajo el

agua al menor ruido; se alimenta de los tallos de hierba y saca hasta dos tercios de su cuerpo del agua para alcanzar su alimento: puede ser solamente encontrado en los riachuelos y ríos más solitarios y menos frecuentados; la hembra y el macho generalmente viven juntos, su tamaño promedio es de ocho a doce pies de largo y pesa de 500 a 800 libras. Los indios generalmente los sorprenden muy de mañana cuando están comiendo y los matan con un arpón; pero si hacen el menor ruido al acercarse, inmediatamente se sumergen y se escabullen.

De Río San Juan a Punta Gorda hay una distancia como de 30 ó 40 millas en que la costa forma una gran bahía en la que desemboca el río Trigo, el "Indian River" y otros más pequeños que en la mayoría de los mapas de Jefferies, Lawrie y Arrowsmith aparecen comunicados en el interior con el río San Juan;¹ aunque he oído decir en la costa que existe esa comunicación por medio del "Indian River", nunca me he podido enterar de fuente fidedigna; ni tampoco he podido constatar que exista esa comunicación en mis viajes por dicho río.

Entre el río Trigo y Punta Gorda se encuentra la Bahía de Grindstone con un anclaje de cuatro a cinco brazas de agua. En este sitio, a poca distancia de la costa, el terreno se eleva considerablemente; y desde las cercanías de San Juan hasta Bluefields está habitado por los indios Rama, cuya principal aldea está en el río Rama, conocido también como río de Punta Gorda, siendo éste un río majestuoso que según dicen tiene una longitud de unas 80 millas, siguiendo su curso por una región muy pintoresca y fértil y pasando por entre dos cadenas de montañas no muy lejos del mar. Su embocadura se conoce por una isleta desierta y extremadamente elevada que está situada como a cuatro millas de la entrada.² La bahía es poco profunda,

¹ El río Indio actualmente desemboca en la bahía de San Juan del Norte, situación que no aparece reflejada en los mapas anteriores al siglo xx. Por otra parte, el río Trigo que menciona Roberts posiblemente es el vecino Corn River, el río Maíz.

² Booby Cay.

pero hay bien anclaje a sotavento de Monkey Point, que queda como cuatro millas más al norte y que se puede reconocer por la presencia de varias isletas en su cercanía.

Toda la región desde el Río San Juan hasta aquí está cubierta de vainilla de la mejor calidad. Esta planta trepa con facilidad a la cima de los árboles más altos. Vista de lejos, las hojas se asemejan un poco a la vid; las flores son blancas, entremezcladas con rojo y amarillo; cuando caen estas flores aparecen las vainas en racimos bastante parecidos a los racimos de plátano; siendo las vainas del grueso del dedo de un niño. Las vainas primero son verdes, luego se tornan amarillas y por último café; el método para conservar el fruto es cortar las vainas cuando aún están amarillas, antes de que empiecen a abrirse; entonces se colocan en montoncitos por espacio de tres o cuatro días para la fermentación. Luego el fruto se tiende en el sol para secarse; cuando está medio seco se aplasta con la mano y se frota con aceite de coco, de palma o de cualquier otro aceite: de nuevo se pone al sol para acabarse de secar y se frota con aceite por segunda vez. Luego se hacen pequeños atados y se envuelven bien en hojas de plátano secas o en enea india.

Se debe tener cuidado en no permitir que transcurra mucho tiempo sin cortar las vainas porque si eso sucede, éstas exhalan, o sean trasudan, un bálsamo negro fragante que la priva del delicado sabor y olor que la hace tan apetecida. La planta de vainilla se da en casi todo lugar de la Costa Mosquitia, en Breo del Rero y en las Lagunas de Chiriquí; necesita calor, humedad y sombra para llegar a su perfección, y cuando se usa en tal estado de perfección da un sabor exquisito al café, chocolate, etc, formando un importante artículo de comercio, especialmente entre los españoles. También en la región alledaña a las lagunas de Chiriquí se da un grano muy fragante muy parecido, si no igual al grano de Tonquin.

Los indios Rama fueron en un tiempo muy numerosos, pero en la actualidad no pasan de quinientos; están sujetos al Rey Mosquito, a quien pagan un impuesto anual con carey,

canoas, hamacas, etc. Los Rama están considerados como una gente pacífica e inofensiva; se mezclan muy poco con otros indios; y durante la temporada de pesca es muy raro que pasen más al sur de Matina; son más expertos que los Mosquitos en el manejo de canoas y otras embarcaciones y salen ilesos de situaciones en la que los más expertos navegantes europeos no tendrían la menor oportunidad de éxito. Sus canoas y "dories" son bastante más anchas y menos profundas que las embarcaciones que se usan comúnmente en la costa; también son mucho más boyantes y más adaptadas para navegar en la mar embravecida y en el fuerte oleaje y también para pasar los bancos de arena de los ríos.³

Los Ramas han sido fieles servidores de los ingleses cuando éstos han contratado sus servicios. Los habitantes de Bluefields desconocen el origen del río Rama; pero algunos lo han explorado hasta por un trecho de sesenta o setenta millas y aseguran que fluye por una región bastante plana pero de apariencia muy fértil, cundida de caoba, santa maría, algarrobo y otras maderas valiosas.

Los cayos e isletas no lejos de esta región de la costa y de Bluefields son muy frecuentados por los indios de todas partes durante la época de la pesca de la tortuga "pico de halcón."⁴

Bluefields

Bluefields es el segundo lugar de importancia sobre la costa, y según dicen toma su nombre de un famoso capitán de bucaneros ingleses en el siglo diecisiete.⁵ Para embarcaciones de comercio que no arrastran mucho agua, la laguna situada en el

³ Los dories son botes provistos de quilla y vela para navegar en aguas abiertas, a diferencia del pipante que se usa en los ríos y cuyo fondo es redondeado.

⁴ La tortuga Carey.

⁵ De Abraham Blauvelt, un corsario holandés que solía esconder su barco en la bahía y comerciaba con los Rama, a alrededor de 1630.

extremo superior es quizás el mejor puerto que se puede hallar en toda la Costa Mosquita, por estar completamente protegida de todos los vientos. Tiene dos entradas; la del sur, en dirección a "Hone Sound", es muy difícil y peligrosa, hasta para las embarcaciones pequeñas; el banco de arena generalmente está cubierto de olas y sólo tiene cuatro o cinco pies de profundidad; pero la entrada principal y la única para buques es la situada hacia el norte, cerca del Bluff, una elevación escarpada y rocosa que puede ser fortificada fácilmente y que domina toda la entrada, en cuyos bancos que se extienden hasta la Isla del Venado (Deer Cay), siempre hay una profundidad de 15 pies por lo menos.

Después de pasar este banco hay una profundidad de cuatro a seis brazas. Cerca de la playa sigue profunda, pero paulatinamente va disminuyendo hasta llegar a una profundidad de tres brazas, o tres y media, que es la profundidad usual de las dos lagunas. Hay muchos bancos de arena y bajíos cerca de las entradas, pero ninguno de ellos está situado en un sitio tan peligroso que impida el tráfico; muchos de ellos se secan durante la marea menguante y se pueden recoger magníficas ostras y en abundancia.

La laguna inferior está llena de cayos o isletas, mide de 15 a 20 millas de largo y es suficientemente profunda como para embarcaciones bastante pesadas, pero sus canales son enredados y sólo los conocen los vecinos de Bluefields. La laguna superior, que es una continuación de la inferior, pasa de una milla de ancho a su entrada, pero más adentro sigue aumentando de ancho hasta alcanzar cinco o seis millas, en ella desemboca el Río Nueva Segovia de los Españoles, y otros ríos más pequeños.⁶

Las tierras que rodean todos estos ríos son muy abundantes y fértiles, capaces de producir algodón, cacao, café, azúcar y todos los productos de las Indias Occidentales Británicas. Los bosques

⁶ Aquí Roberts confunde al río Escondido con el río Segovia o Coco, no obstante en el mapa que acompaña su obra, (fechado en 1825), aparece aquel río como Escondido o Bluefields River.

están repletos de cedros gigantes, caoba y otras maderas valiosísimas. Los bosques de pino que llegan hasta la orilla de Bluefields y la laguna de Perlas producen cantidades inagotables de madera de pino de tea de superior calidad que se puede usar para mástiles.

El Coronel Hodgson, Superintendente Inglés, vivió en este lugar durante muchos años mientras los ingleses estuvieron en posesión de la Costa Mosquita y tenía vastos cortes de caoba en las riberas del río más importante y se efectuaba un comercio considerable con los españoles y criollos del interior. Este caballero enérgico y sesudo también tenía bastantes terrenos en Black River [RíoTinto], y abandonó la Costa Mosquita muy a su pesar y en contra de su voluntad, cuando el gobierno británico obligó a los colonizadores ingleses a salir de esta región en el año 1786. El vivió gran parte de su vida en esta costa y los indios aún hablaban de su Gobernador con respeto y dan muestras de pesar porque ahora carecen de un representante autorizado.

Antes de abandonar Bluefields, algunos de sus esclavos y otra de su gente que se había establecido en el interior se negaron a abandonar el lugar. Esta gente y sus descendientes, que son Mulatos y Sambos, se habían establecido en el extremo meridional de puerto, como a nueve millas de su entrada principal, y han aumentado considerablemente en número desde la época del Coronel Hodgson. Viven sin temor de ser molestados por los indios, quienes viven bastante lejos de ellos; y aunque el gobierno británico no la reconoce como tal, se puede considerar una auténtica colonia británica. En su mayoría están bajo el dominio de dos inteligentes jóvenes que dicen tener parentesco con el que fue su superintendente.

El río de Bluefields, o Río de Nueva Segovia, tiene su origen en la región que pertenece a los españoles, como a cincuenta o sesenta millas del Mar del Sur, (océano Pacífico), y recorre varios centenares de millas; pero pocos de los actuales habitantes de Bluefields lo han recorrido hasta una altura digna de consideración. Los indios Cookra [Kukra] y Woolwa [Ulwa] son tri-

bus que se han establecido en las riberas de este río, pero a una distancia considerable en el interior, y son pacíficos, serenos y se llevan bien con los Rama y con los habitantes de las lagunas de Bluefields. Carecen de mucha energía y debido a ello a menudo son hechos esclavos o asesinados por los indios que viven en Río Grande (de Matagalpa), al cual me referiré más tarde. Estos indios de vez en cuando viajan por el río hasta Bluefields, trayendo provisiones de pecarí (warre), iguanas, etc.

Bluefields, con su excelente puerto protegido por el Bluff que puede convertirse en un lugar inexpugnable, está en una posición magnífica para abrir una comunicación hasta el Lago de Nicaragua, y tiene tantas otras ventajas como centro comercial, que tarde o temprano se convertirá en un lugar de gran importancia.

La Laguna de Perlas

De Bluefields a Laguna de Perlas hay una distancia como de treinta millas; una punta medianamente elevada conocida con el nombre de Falso Bluff es el único terreno elevado que existe en la costa hasta llegar a Bragmans Bluff,⁷ al que los españoles han dado el nombre de Monte Gordo. Está compuesto de tres o cuatro lomas medianamente altas, de un color rojizo y que se elevan en forma casi perpendicular a la playa; contienen gran cantidad de arcilla y se extienden a lo largo de la costa por un trecho de casi dos millas, menguando poco a poco en cada extremo con un moderado declive que termina en la pradera. Como media milla hacia el sur del Bluff hay un buen fondeadero. El terreno aledaño al Bluff es arenoso, pero está cubierto de vegetación; hay varios árboles de pino elevados en cuya sombra se ha construido una "casa del rey" para acomodar a los viajeros, no habiendo indios cerca de este lugar, aunque en un tiempo hubo cerca de aquí una colonia inglesa.

⁷ El acantilado junto a la playa del actual Puerto Cabezas.

La entrada a Laguna de Perlas mide escasamente un cuarto de milla de ancho, y en su extremo inferior o extremo sur, tiene un banco de arena en el que hay aproximadamente diez pies de profundidad. El sitio más seguro para anclar embarcaciones es al extremo norte, no lejos del cual hay varias islas, cayos y escollos en los que según dicen se han encontrado ostras de perlas, pero nunca pude saber la razón por la cual se les llama así, porque no hay ostras de perlas o ningún otro tipo de ostras en ellos o en los escollos que los rodean. Sin embargo, en la laguna hay abundancia de excelentes ostras que se pueden obtener en las riberas cuando estas quedan secas con la marea menguante. Estas ostras vienen en racimos como de 8 a 10 cada uno; son un poco más grandes que las ostras de manglar, pero de un tipo diferente a las que se encuentran en la bahía de Panamá y otros lugares productores de perlas. Con frecuencia he examinado las otras de la laguna, pero jamás he encontrado perlas en ninguna de ellas; y digo esto especialmente porque desde mi regreso a Inglaterra me he encontrado que esos relatos y la codicia desmedida de ciertos especuladores ignorantes han persuadido a una compañía formada recientemente en Londres a enviar una embarcación que ya estaba lista para zarpar a la región para que se dedicara a recoger perlas únicamente; pero al informarles la verdad la mudaron de rumbo.

Hay varias islas en la Laguna de Perlas y algunas de ellas miden de una a tres millas de circunferencia; en algunos casos son usadas para cultivar víveres primarios o básicos. En ella desembocan varios ríos y torrentes importantes, de los cuales el principal es el Wawashán como a 25 millas al norte de la entrada. En las riberas del Wawashán, como a once millas de su desembocadura, un señor francés de apellido Ellis tiene una plantación muy buena. Cuando la isla de San Andrés fue traspasada a los españoles este señor era el gobernador allí; después del traspaso, él en compañía del señor Goffe y sus respectivas familias y seguidores se trasladaron al sitio en que se encuentran actualmente, donde consideran que están a salvo de los españoles y donde uno de los

reyes de la Costa Mosquita les concedió tierras, que ellos procedieron a cultivar. Por el esfuerzo propio y con la ayuda de veinte negros, (hombres, mujeres y niños), Ellis ha podido levantar una plantación de café, algodón y caña de azúcar que por su belleza y buen orden puede hacerle la competencia a cualquier plantación similar de Jamaica. Ellis primero se dedicó al cultivo del café y algodón; luego se dio cuenta que el ron le daría mejores ganancias y hace como ocho años comenzó a destilarlo; cuando yo me fui de la costa vendía al por menor 20 a 30 "puncheons"⁸ al año, quedándole inmensas ganancias. Como dicha propiedad está en Jupiter Head (hoy Old Bank) a pocas millas de Wawashán y cerca de la laguna, se ha dedicado más a la cría de ganado y al cultivo de víveres 'primarios. Tiene gran cantidad de bueyes, cerdos, cabros y aves de corral de todos los tipos; así mismo hay abundancia de ñame, yuca, plátanos y maíz que vende a comerciantes, colonos y visitantes de ocasión. Se puede decir que Ellis es el único colono que ha cultivado la tierra en el sentido que se le da a la expresión "cultivar la tierra" en las Indias Occidentales; pero hay muchos otros lugares que tendrían más ventajas desde el punto de vista del suelo y de otras cualidades favorables al que ocupa actualmente.

Hay escasos colonizadores Mosquitos y Sambos en Kirkaville (Kakabila) y Rigmans Bank (Brown Bank) en las orillas de la laguna; la colonia principal queda en un lugar como a seis millas de la entrada y está habitada por gente muy similar a la gente que vive en Bluefields; por tanto puede considerarse como colonia inglesa. Son en su mayoría Criollos, Mulatos y Sambos de Jamaica, San Andrés y Corn Islands; muchos de ellos se han casado con mujeres indias y se puede decir que viven relativamente bien. La colonia está compuesta de treinta o cuarenta viviendas, se llama "English Bank" y está situada al frente de la orilla de la laguna.⁹ La población puede ser de unas 150 ó 200 almas

⁸ Medida inglesa equivalente a 20 arrobas.

⁹ Posiblemente corresponda a la actual población de Pearl Lagoon.

que ocupan casas de un solo piso muy nítidas y compactas; los lados de arcilla apelmazada con firmeza para formar una armazón de postes de madera dura en que montar el techado que a su vez es hecho de una hoja de palma muy duradera.

Los comerciantes de Jamaica han abierto dos almacenes para la venta de productos entre ellos mismos y también hay uno que es abastecido directamente de los Estados Unidos; los representantes que están al cuidado de estos almacenes tienen residencia fija en English Bank y son visitados por diferentes tribus de indios y Mosquitos provenientes de todas partes de la costa. Estos traen consigo Carey, copal, hule, cueros, remos, canoas y muchos otros artículos para cambiar por lienzos, lona, machetes y otros artículos. Los moradores se dedican a la pesca de la tortuga durante la época adecuada para eso, y a cosechar provisiones, a la caza y a la pesca durante el resto del año. Se mantienen en términos amistosos con los indios. En general son justos y honrados en sus negocios con ellos y en los negocios entre ellos mismos y hospitalarios con los europeos u otros extranjeros que los visiten. Sin embargo, carecen de instrucción religiosa y tengo que lamentar de nuevo que ni un misionero ha visitado esta parte de la costa; aunque es probable que en un principio se encontrará con un poco de resistencia de parte de los comerciantes "visitantes"; fundamentalmente haría mucho bien; y me atrevería a asegurar que en este lugar un misionero no se encontraría con las frustraciones con que se han encontrado los misioneros en las colonias de Barbados y Demerara que están supuestas a ser más civilizadas.

Nunca supe de un matrimonio que se celebrara entre ellos de acuerdo con la usanza inglesa, o de acuerdo con algún rito religioso conocido; simplemente se hacen por arreglos tácitos que a veces, aunque muy raramente, son rotos por mutuo consentimiento. Generalmente los niños de English Bank y de Bluefields son bautizados por los capitanes de embarcaciones de comercio de Jamaica, quienes efectúan la ceremonia del bautismo a su llegada cada vez al año. Esta ceremonia se realiza con poca

reverencia y en ella bautizan a todos los niños que han nacido durante su ausencia; muchos de esos niños deben a esos hombres algo más que el bautismo. A causa de esta conducta licenciosa e inmoral, se han identificado hasta un grado tal con los nativos y con algunos de los principales personajes de la costa, que gozan de una especie de monopolio para la venta de artículos que sería difícil de anular para un extraño que no esté bien familiarizado con el carácter de los indios; al mismo tiempo se han ganado la simpatía de los jefes principales de la costa de tal manera que a su llegada son recibidos con júbilo por todos los habitantes, y su llegada es celebrada como una ocasión de fiesta, borrachera, bautismos y vida licenciosa. Los funerales, sin embargo se hacen con decencia y solemnidad. Ellis, o una de los representantes de los comerciantes, junto con los ancianos del lugar, honran con su presencia estas ceremonias.

A pesar de que viven de una manera muy libre, sin leyes y sin control religioso, en la ausencia de los comerciantes ellos solos mantienen el orden y la paz al igual que en cualquier aldea rural de Inglaterra. En caso de contienda se apela al arbitraje de Ellis, o de alguno de los ancianos de la comunidad y con eso basta. Ellis ha hecho mucho bien, tanto entre los residentes como entre los indios, y en más de una ocasión ha dado muestras de tener un genio amable y benévolo. Al igual que todos los que han visitado la colonia o han vivido allí, también yo he sido objeto de sus atenciones y me da mucho placer confesar la deuda personal que tengo para con él.

Mientras duró la soberanía británica en esta parte de la costa Mosquita bajo la superintendencia del Coronel Hodgson, hubo muchos colonizadores y si el gobierno británico no hubiera retirado su apoyo, la región de la Laguna de Perlas estaría hoy día cubierta de espléndidas plantaciones. El clima es bueno y con un poco de esfuerzo y atención se puede llevar una vida con todo lo necesario y hasta con comodidades.

En toda esta región y la Laguna hay abundancia de la caza y pesca que son típicas de esa región. Los Mosquitos y los Ramas

y otros indios prestan sus servicios a los colonizadores de Bluefields y Laguna de Perlas como cazadores y pescadores con un salario de cuatro a cinco dólares mensuales pagado en artículos, además de su comida, que los colonizadores siempre proveen en abundancia, con pescado, carnes, etc. Para estos trabajos se prefiere siempre a los Ramas u otros indios puros, en vez de las razas mezcladas. La importancia de esos hombres para los trabajos arriba mencionados era bien conocida de los viejos bucaneros, que siempre se llevaban a unos cuantos en sus expediciones, muchas veces hasta el Mar del Sur, a donde eran guiados por esos indios a través del continente.

La Laguna de Perlas tiene una magnitud considerable; una parte de ella llega a un punto distante ocho millas de Great River o Río Grande; su longitud de noreste a suroeste debe ser de unas sesenta millas aproximadamente y su anchura de 16 a 20 millas. Cuando hace mal tiempo, en vez de seguir la costa, los indios se meten a la Laguna de Perlas arrastrando sus canoas por el angosto trecho de tierra que separa a ésta de la Laguna de Bluefields; y en su extremo superior tienen otro pequeño trecho por donde arrastrar su canoa entre la laguna y el mar.

El índigo, o añil, se da de una manera espontánea a la orilla de la laguna, pero los suelos más ricos y fértiles son los que quedan en partes elevadas y en las riberas de los ríos bastante alejados de la costa.

Los Cookras [Kukras], una tribu de indios que ahora está casi extinta, residieron en las orillas de algunos de los ríos que desembocan en esta laguna; y antes de eso tuvieron una colonia a orillas del río Wawashán, pero la abandonaron poco después de la llegada de Ellis.

Después de permanecer algún tiempo en la Laguna de Perlas, continué hacia Río Grande y Prinzapolka, (este último nombre lo escribo como se pronuncia), siendo esos los mejores lugares para conseguir las canoas grandes que necesitaba.

Llegada a Río Grande (de Matagalpa)

Río Grande desemboca en el mar como 30 millas al norte de la entrada a la Laguna de Perlas; su entrada está completamente expuesta a los vientos del noreste, lo cual lo convierte en un lugar muy peligroso; y aunque es un río magnífico, no hay más de cuatro o cinco pies de agua sobre su banco de arena. Dicen que es navegable por un trecho de casi 200 millas, pero su origen es completamente desconocido por los ingleses. Hay varias islas pequeñas al otro lado del banco de arena, pero no hay islas en su desembocadura como afirman algunos escritores. Hay varias aldeas de indios en sus riberas, en su mayoría a distancia corta de su desembocadura. Estos indios están sujetos al rey Mosquito, a quien pagan tributo; pero, al igual que todas las otras tribus de indios puros, no están satisfechos con la autoridad que sobre ellos ejercen los Mosquitos o Sambos. Sus jefes, Drummer y Daibis, dos hermanos, ejercen una influencia considerable sobre ellos y sobre otros indios que viven en aldeas a la orilla de los ríos Grande y Prinzapolka.

El Rey Mosquito anterior tuvo la magnífica idea de conferir el título de "gobernador" a Drummer, "almirante" a Daibus y "capitán" al jefe de Prinzapolka; este último también es indio de pura raza. Pasé directamente a la aldea del gobernador Drummer, que dista como ocho millas de la desembocadura del río y está situada a orillas de uno de los tributarios de dicho río, muy cerca de un magnífico y extenso campo cubierto de pinos.¹⁰ La casa del gobernador es grande y está dividida en tres apartamentos; a un lado hay una pequeña cabaña que sirve de cocina para otros quehaceres domésticos. Está situada en una especie de colina, no lejos del río, y rodeada de 20 a 30 casas más pequeñas. Al entrar me encontré con que por dentro estaba bien amueblada con suficientes mesas, bancas, taburetes, lozas de barro y de vidrio, etc; y todo en ella daba la impresión de una

¹⁰ Actualmente Karawala.

residencia ordenada y cómoda. Su dueño me recibió muy afablemente y por medio de un enviado pronto averiguó y me comunicó que entre la gente de su aldea y un poco más allá conseguiría las seis canoas que necesitaba; también ofreció conseguirme Carey, en una palabra, que sería yo tratado "a la verdadera usanza de un caballero inglés".

Toda estas bondades se debieron hasta cierto punto a unos cuantos galones de ron que había traído. Me aconsejaron que mejor descansara bien esa noche y que dejara los negocios para el día siguiente. Mientras tanto, las provisiones y el ron fueron cuidadosamente sacadas del dori y puestos en uno de los apartamentos de la casa; al poco rato se sirvió una comida de pescado, carnes, pollos y frutas que, de haber estado bien preparadas, no habrían deshonrado la mesa de un concejal. Por la tarde realicé una larga caminata por el campo, que en su mayoría está cubierto de árboles de pino de tea de todas las edades y tamaños; los troncos de muchos de ellos tienen una altura de 60 a 80 pies, sin una sola rama, gruesos y completamente rectos. Hacia el anochecer se veían venir numerosas bandas de lapas y loros a posarse en los árboles cercanos a las casas; esta algarabía al anochecer y al amanecer, cuando parten, me hizo pensar en los barrios bajos de Inglaterra. Estos animales gustan de posarse cerca de los indios que nunca los molestan. Habían varios caballos paciendo en la pradera, pero no vi ganado; luego me informaron que el ganado lo mantienen en el interior, en los terrenos de pasto.

A mi regreso a la casa me encontré que los hombres principales de la aldea me estaban esperando; y como yo sabía que habían adoptado las ideas de los Mosquitos, que juzgan a un comerciante por la cantidad de licor que les regala, invité a Drummer a que dispusiera de mis botellas de ron como si fueran suyas propias; y, a consecuencia de esto, pronto todos se encontraban en estado de embriaguez.

Temprano en la mañana siguiente levanté a Nelson, uno de los hijos de Drummer, para que me acompañara en un paseo

por la pradera. Este consiguió un par de caballos que parecían estar acostumbrados a ser montados, pero para freno sólo contábamos con un trozo de cuerda; una especie de alfombra gruesa de hojas de plátano secas, carente de espuelas, nos sirvió de montura.

La pradera estaba cubierta de numerosos senderos, en su mayoría de arena finísima, que iban en todas direcciones y que conducían, según me informó Nelson, a los sitios de cacería y plantaciones de la gente que estaba al mando de su padre, su tío y el almirante. Cada uno de ellos tenía varias esposas que vivían con ellos en sus respectivas aldeas.

El suelo de la pradera parece estar compuesto de arena micácea, estando algunas partes sin vegetación, casi desiertas. Permítaseme añadir aquí que todas las praderas cubiertas de pino de la Costa Mosquita y que están situadas cerca del mar, son arenosas y estériles comparativamente hablando; por otra parte, el suelo de las praderas del interior es mucho más fértil; como consecuencia de esto, los habitantes de la costa se ven obligados a sembrar sus provisiones, plátanos, etc., en las riberas de los ríos bastante lejos de la costa; la yuca es la única excepción, puesto que se da bien en suelo arenoso y por tanto se puede sembrar cerca de las aldeas que bordean el mar. A este respecto, la región ocupada por los indios Valientes, Tiribíes y Ramas es decididamente superior a la ocupada por los Mosquitos y sus vecinos inmediatos.

Nos encontramos con varias huellas de venado en los senderos, y al hacer mención de lo brillante que parecía la arena, que en ciertos sitios brillaba como limaduras de acero, Drummer me informó que en un punto de esta extensa pradera, como a 30 millas de su aldea, se podían obtener grandes cantidades de hierro en estado natural; pero como no pude ver una sola muestra del metal, lo menciono solamente como algo digno de ser investigado.

Mi anfitrión nos proporcionó un desayuno excelente, pero se quejó de que los excesos de la noche anterior le habían "estro-

peado la cabeza,” una expresión muy común entre los hombres Mosquitos quienes, a diferencia de los indios que habitan más al sur, no tienen objeciones en “estropear sus cabezas” cada vez que pueden obtener ron.

Mientras desayunábamos me atrajo la atención un indito como de siete años. Nelson me informó que en una de sus expediciones de rapiña, hacía unos tres meses, de pronto se encontraron con una canoa en cuyo interior se encontraba este niño con su hermanita y su papá; este último se tiró al agua y huyó a nado y los niños fueron tomados como esclavos.

Permítaseme observar aquí que todos los indios de esa región, movidos por las medidas infernales adoptadas por los jefes Mosquitos, optaron por hacer invasiones frecuentes a las tribus vecinas de Cookras, Woolwas y Toacas,¹¹ que habitan en terreno fronterizo a los españoles, con el único propósito de apoderarse de ellos y venderlos como esclavos a los colonizadores y hombres importantes en toda la Costa Mosquita. A consecuencia de eso, esa pobre gente ha sufrido muchas desventuras y aunque hoy en día ya se les molesta muy poco, se han retirado a los rincones más apartados del interior y tienen muy poco contacto con los indios de la costa. A los Cookras ya casi no se les ve y los Woolwas también se han retirado de la costa y sus colonias las tienen en los tributarios superiores de los ríos de Nueva Segovia, Grande y otros que quedan a una distancia considerable de los indios de la costa y de los Mosquitos.

En su juventud Drummer fue un azote intolerable para esas tribus del interior y en especial para los Woolwas, de los que capturó cientos para venderlos todos como esclavos. Su método era introducirse clandestinamente y si posible en ausencia de los varones y tomar por sorpresa los pequeños grupos errantes que vagan de uno de los ríos mencionados a otro, apoderándose de las mujeres y los niños y retirarse, si posible, sin luchar. En algunos casos esos secuestradores han realizado sus fechorías

¹¹ Kukras, Ulwas y Twahkas, pertenecientes al grupo de los Sumus.

hasta en las aldeas españolas y de Criollos españoles, sin titubear en llevarse y apropiarse de sus esposas e hijos. Durante mi permanencia en la Costa sucedió un caso de esa naturaleza. Yendo en busca de indios y al no encontrarlos, Drummer y sus seguidores penetraron en las aldeas de los españoles; al hacer su retirada río abajo sorprendieron a un dori en el que iba un criollo español, su esposa y sus dos hijos; el hombre huyó instantáneamente, pero la mujer, que estaba en estado bastante avanzado de embarazo, y los pequeños, fueron capturados, llevados a la Laguna de Perlas y ofrecidos en venta a Ellis. Este caballero, para su propia honra, no sólo rehusó comprarlos sino que, una vez que los tuvo en su casa, se negó a entregarlos a sus aprehensores y atendió a la mujer, que dio a luz un hermoso niño en su casa, y los cuidó con verdadero sentido humanitario, y consiguió, con muchos esfuerzos y valiéndose de sus influencias con el Rey Mosquito, devolverlos al seno de su familia y amigos, y por este acto de caridad mereció las gracias de las autoridades españolas del distrito a que pertenecían. Se puede citar muchos otros casos de obras similares realizadas en bien de la humanidad por este buen hombre.

Repito, que es más causa de las diabólicas instigaciones de los jefes Mosquitos y no por maldad de los indios, que se cometen estos abusos atroces contra aquellos que, de no ser por eso, se tendrían considerados como hermanos en el sentido más completo de la palabra; dichosamente la influencia de los jefes Mosquitos va disminuyendo poco a poco, de modo que estos ultrajes van a desaparecer paulatinamente.

Para mí mismo, yo había tomado la resolución de seguir río arriba por uno de los ríos más grandes para averiguar su curso y para explorar la región, costumbre y estado de las tribus del interior, la proximidad del río de Bluefields a los lagos de Nicaragua, a León y al Mar del Sur, y asimismo averiguar si habían tribus importantes en el interior, entre la que se pudiera hacer comercio; yo deseaba conseguir a uno de estos cautivos que yo tenía pensado ligar a mí, a fuerza de buen trato y educación,

para que me sirviera de guía e intérprete entre esa gente. Al mencionar esto a Drummer, éste inmediatamente ofreció venderme al indito Woolwa de quien ya he hablado, por un valor de 20 libras. Para poder adquirirlo tuve que deshacerme de casi toda mi ropa, que accidentalmente había sido vista y codiciada por Nelson;¹² y aunque un tiempo después ciertas circunstancias me obligaron a abandonar a este jovenzuelo, tengo la satisfacción de creer que su situación mejoró debido a mi intervención.

Viaje al Río Prinzapolka

Dalbis accedió a acompañarme al río Prinzapolka que quedaba como a 30 millas, y después de pagar el valor de los tres dories y del carey que había comprado, partimos de la aldea a la puesta del sol; llegamos al río Prinzapolka temprano a la mañana siguiente y fuimos muy bien recibidos por el “Capitán” Tarra.

Aunque es un río magnífico, tiene al igual que Río Grande, un banco de arena peligroso que tiene sólo cuatro pies de agua. Los indios, que se han establecido en su ribera izquierda como a siete millas del mar y a orillas de una laguna que queda como a diez millas de este punto, son en total un poco más de cien. Son de la misma raza que los del Río Grande, pero a diferencia de Drummer, los jefes de aquí se han dado cuenta que les conviene apoyar y favorecer a los Woolwas y Tongulas—Tunglas—del interior, en vez de oprimirlos; como consecuencia, hacen con ellos un comercio constante de artículos como canoas, dories y pipantes que esas tribus traen por el río sin acabarlas, o a medio hacer, y que luego se les da el acabado perfecto y se adornan para ser vendidas. El gran tamaño de esas canoas, sacadas del tronco de un solo árbol de cedro o caoba, da una idea de los árboles de madera que se dan en esa región y del volumen

¹² Nelson encontró la muerte poco después de esta transacción a manos de los Woolwas, en una expedición de pillaje que organizó contra ellos. (Nota original del autor).

de comercio que se podría hacer con ellos si se les protegiera de los Mosquitos y si se les animara a que visitaran la costa. Pude comprobar que algunas de esas canoas medían más de 30 pies de largo, unos cinco de profundidad y como seis de ancho. Me enteré que las de caoba son las mejores para navegar expuestos al viento, impelidas por las velas, mientras que las de cedro son más boyantes y no se hunden fácilmente, aun cuando están medio llenas de agua y cargadas en parte.

Cuando los indios de Prinzapolka desean comprar una embarcación grande, se hace un contrato dando al indio a quien se la van a comprar un trozo de mecate o hilo de bramante en que se señala, por medio de nudos, el largo, ancho y profundidad de la embarcación que se desea. Al mismo tiempo se da al indio por adelantado dos o tres hachas, azuelas y otros artículos con valor de aproximadamente la cuarta parte del valor total de la embarcación. Este a su vez entrega un duplicado de esas dimensiones, junto con un trozo de cabuya con nudos que corresponden al número de días en que ha convenido completar el trabajo. Uno de esos nudos se corta o se suelta cada día que pasa, y cuando se llega al último, pueden tener la certeza de que ese día aparece el indio con la canoa, acompañado de sus amigos. En caso de muerte o accidente del indio, los amigos se hacen cargo de terminar y entregar el trabajo.

El jefe de Prinzapolka ejerce mucha influencia sobre los indios del interior. Un nativo muy listo, llamado Brown, también ha sido instrumento en conseguir que dichos indios lleven sus dories y otros artículos a Prinzapolka para venderlos; y ahora los indios visitan ese lugar más que ningún otro de la costa. A cambio de los artículos que venden, reciben hachas, azuelas, cuentas para hacer collares, espejos y otros objetos similares. No hay duda que si se establecieran almacenes o agencias entre los indios de este lugar, se podría hacer buen negocio con el interior y aún con las colonias españolas.

Brown, el indio que acabo de mencionar, me acompañó en muchos de mis viajes de negocio y siempre dio muestras de ser una per-

sona digna de confianza y fiel, aún en las situaciones más difíciles.

Habiendo hecho los arreglos con Tarra para que me vendiera tres dories y una cantidad pequeña de carey, regresé a Río Grande, y de allí, después de haber acordado tanto en Prinzipolka como en este último lugar que les compraría todo el carey que recogieran en la siguiente temporada, me alejé en la embarcación que había comprado en compañía del pequeño ayudante Woolwa, que daba muestras de agrado al verse libre de sus apresadores, en dirección a la Laguna de Perlas, con la intención de regresar de allí a mi residencia en Chrico Mola (Panamá), en una de las embarcaciones comerciantes procedentes de Jamaica que se detienen como de costumbre en English Bank al hacer su recorrido por la costa. A mi llegada a la Laguna me dirigí inmediatamente donde mi amigo Ellis en Wawashán; y fui recibido por él con la acostumbrada hospitalidad y amabilidad.

Pocos días después, los comerciantes con quienes yo había tenido un poco de contacto, llegaron a English Bank. A su llegada a Wawashán me di cuenta inmediatamente, por la frialdad con que me trataron, que mi éxito en los negocios les había producido sentimientos de celos y rivalidad, sentimientos que siempre los hacía mantenerse en guarda y estar listos en cualquier momento para aniquilar a cualquier persona que tratara de hacerles competencia en los negocios. Para probar el grado a que llegan estos secretos negocios, diré sin temor a contradicciones, que uno solo de estos comerciantes generalmente tiene muchos productos, incluyendo carey y otros, y muchas deudas en diferentes sitios dispersos por toda la costa, que no bajan de 5,000 a 6,000 libras esterlinas. Valiéndose de las conexiones artificiosas que tiene con los principales nativos de la región, se las ingenia no sólo para adueñarse del producto total de sus esfuerzos, sino también para mantenerlos endeudados con él, sin que puedan salir de su deuda por mucho éxito que tengan en la pesca o en cualquier otra empresa.

Sería tedioso y falto de interés hacer una narración detallada de todos estos sucesos que me obligaron a apartarme de

ellos; baste por el momento con decir que, después de haberlos inducido a exponer sus ideas, con la esperanza que me concedieran derecho para participar de las utilidades de mis propios esfuerzos, me llevé un gran chasco al enterarme de que tal cosa era contraria a su política e indignado debí hacer un esfuerzo para interesar a personas más inteligentes y de mente más amplia en los planes que yo tenía para el comercio y la exploración. Con esta intención decidí regresar a Chico Mola, continuar mi viaje siguiendo hacia el norte y dejar en manos de mi honrado viejo amigo Jasper, y de mi amigo Whykee Tarra la protección de mis propiedades de Chrico Mola, hasta que yo pudiera reclamarlas, en vez de regresar con esos comerciantes a todos cuyos reclamos pude hacer frente, con la excepción de una pequeña porción por la cual insistieron en tomar al pequeño Woolwa como fianza o rehén.

Como me encontraba completamente en sus manos, por el momento tuve que acceder a lo que pedían, no sin antes me prometieran que respetarían mis ideas respecto a la educación del chico y al modo de tratarlo, y con la esperanza de que pronto podría reclamarlo.

Continúa el viaje

Continuando con mi determinación de seguir hacia el norte, salí de Laguna de Perlas, subiendo por río Grande hasta Prinzipolka donde, como lo tenía planeado, me encontré con el Almirante Earnee, que es uno de los jefes principales de la Costa Mosquita, y quien había viajado hasta Bocas del Toro para cobrar los tributos que se debían al Rey. Llegó a Prinzipolka en una embarcación grande acompañada de otras embarcaciones más pequeñas, y fue recibido con el debido respeto por el Capitán Tarra, Brown y otros nativos que lo condujeron a la casa del Rey.

El Almirante es un negro 100%, sin la menor señal de tener ni una gota de sangre India; me encontré con que era un hombre sensato, astuto e inteligente, descendiente de los Sambos

que antaño sufrieron naufragio en esta costa. Como había anunciado el día exacto en que llegaría, se hicieron preparaciones para dar alojamiento a él y a 15 de los que los acompañaban y fueron acogidos con festejos en la casa del Rey. La mayoría del tributo consistía en carey; se exigía una concha a cada canoa que participaba en la pesca de la tortuga. Se exigía el mismo valor en dories, hamacas y tela tosca de algodón a las Canoas que se dedicaban a otra cosa que fuera la pesca de la tortuga.

Con relación a las casas del Rey, es menester observar que las principales colonias de los Sambos y sus aliados inmediatos forman una cadena de villorrios, a cierta distancia uno de otro, de un extremo de la Costa Mosquita propiamente dicha al otro; y en cada uno de esos villorrios se erige una casa llamada la casa del Rey, para cuya construcción cooperan todos los miembros de la comunidad, y es destinada para ser ocupada únicamente por el Rey y sus acompañantes cuando estos visiten la colonia. En esa casa también, el jefe de la colonia, o uno de los tres jefes principales que la gobiernan, se reúnen para mediar en las discordias y forjar las leyes y regulaciones, que luego son sancionadas por el Rey antes de ser puestas en uso. Algunas de esas casas son de tamaño bastante grande y edificadas con mucho cuidado y solidez.

Tan pronto como Earnee se enteró de que yo deseaba hacer una visita al Rey, me ofreció toda la ayuda posible. Después de permanecer unos días en Prinzapolka lo acompañé en su viaje al Cabo; salimos a media noche río abajo favorecidos por un viento terral. Este viento generalmente comienza a soplar a la puesta del sol y cesa hasta como a las diez de la mañana del día siguiente. Viendo que el mar cerca de la desembocadura del río estaba embravecido, Earnee, algunos de sus acompañantes y yo, desembarcamos en la desembocadura y continuamos por tierra hasta la Laguna de Tongula,¹³ dejando a la otra gente en los

¹³ La laguna de Tongula o Tungla es la actualmente llamada Laguna de Wounta.

¹⁴ Laguna de Karatá.

dories luchando para hacer el viaje por mar. Cruzamos el río que conduce a la Laguna y continuamos nuestro viaje hasta que la brisa del mar comenzara a soplar sobre la costa; y paramos en una de las casas del Rey que había sido construida para comodidad de los viajeros a pocas distancia del banco de arena, como a la mitad de la distancia entre Prinzapolka y la laguna de Wawa.¹⁴ En la Laguna de Tongula nos reunimos de nuevo con las canoas. En este lugar hay unos cuantos Mosquitos e indios Tongulas, pero no hay blancos o descendientes de blancos, sin embargo los nativos nos suministraron abundancia de provisiones y todo lo necesario.

Al anoecer todo mundo se embarcó de nuevo para continuar el viaje con la excepción del Almirante, unos cuantos de la comitiva y yo, que decidimos continuar nuestro viaje por tierra como habíamos hecho antes. Como a la medianoche llegamos a las riberas del río Wawa, que conducía a una laguna de tamaño considerable y del mismo nombre; allí encontramos una canoa que había sido puesta en ese lugar adrede para que en ella cruzáramos el río, que es bastante ancho, pero el banco en la desembocadura es poco profundo y muy peligroso: el mar es bravo, por lo que es peligroso llegar a la costa, y hay varios bajíos y cayos pequeños, que se señalan en los mapas de una manera muy vaga, o no se señalan del todo.

Un número considerable de Indios Towka¹⁵ habita las riberas del gran río que desagua en la laguna de Wawa, y según dicen, tiene su origen a más de 150 millas en el interior. A poca distancia de la Laguna de Wawa está la laguna de Para¹⁶ que se conecta con la primera por medio de un río de tamaño considerable, y cerca de Para está la residencia del "Gobernador" uno de los tres jefes principales de la región. Después de cruzar el río Para seguimos hacia el Risco Brancman¹⁷ y de la cima de éste

¹⁵ Twahkas, Tawakas, Toacas, según varios autores..

¹⁶ Páhara, al norte de la actual Puerto Cabezas.

¹⁷ Ver nota 7.

pudimos contemplar el panorama de la región, la cual, hasta donde alcanza a ver el ojo, está compuesta de praderas cubiertas de una hierba áspera y larga y de pinos y maderas muy buenas. Así son casi todas las praderas de la Costa Mosquita, con la excepción de los terrenos demasiados bajos, los cuales se cubren de agua durante la época lluviosa y producen únicamente una hierba áspera y fétida y arbustos típicos de las regiones pantanosas.

En la región de Brancman abunda el venado; uno fue divisado por un indio desde la cima mientras pacía, y éste procedió a quitarse toda la ropa y empezó a deslizarse a gatas hacia el animal, permaneciendo inmóvil excepto cuando este último se inclinaba para comer; cuando estuvo como a 50 varas del animal, lo derribó fácilmente con un solo disparo de rifle. Los indios se lo repartieron dejando algunas de las mejores partes para nuestra cena. Hay una circunstancia rara, y es que, del último menguante al primer creciente, los venados gustan pacer sobre la costa. A menudo me aproveché de esta oportunidad, y en mis pasadas por la costa, adoptando en parte el estilo indio, nunca fracasé en conseguir carne de venado.

A medianoche de nuevo nos hicimos a la mar en nuestros dories; después de pasar el Bluff, la tierra se aleja bastante hacia el poniente y logramos hacer una espectacular zarpada y poco rato después, al soplar un viento favorable, pudimos izar nuestras velas. Hay solamente un río de tamaño considerable entre Brancman y Duckwarra,¹⁸ el cual lo pasamos y llegamos a Sandy Bay como a las once, de donde sólo hay 30 millas de distancia hasta el Cabo Gracias a Dios.

En el extremo sur de Sandy Bay está la entrada a una laguna pequeña a orilla de la cual está situada la colonia principal de indios Mosquitos donde el Rey reside con frecuencia; está cerca

¹⁸ Dákura.

¹⁹ La laguna junto a Sandy Bay es Li Dákura; la laguna Wano o Warner es la hoy llamada Bismuna.

de la laguna como a 8 millas de su entrada y rodeada de unas praderas como las que ya han sido descritas. La laguna tiene una comunicación con un extremo de Wano o Warner, pero ningún río de importancia desagua en estas dos lagunas.¹⁹

A nuestra llegada el Almirante fue recibido y la gente principal de la aldea le dio la bienvenida: se izó la bandera inglesa en señal de festividad y nos informaron que había llegado una canoa con la noticia de que el rey iba a visitar la colonia, y por tanto se hacían grandes preparativos para su llegada. La mayoría de la población se empleaba en recoger piñas, plátanos, bananos y yuca para la fabricación de su licor preferido, el "mishlaw." El jugo de la piña por si solo es una bebida muy agradable; el "mishlaw" que se saca del plátano y banano también es a la vez intoxicante, y su preparación es una operación tan repugnante que, si yo no considerara que es deber imperioso no suprimir nada que tienda a esclarecer y explicar las costumbres de todas estas tribus y demostrar cuán distante están de la civilización, lo omitiría completamente sin siquiera hacer mención de ella.

El método de preparar dicha bebida es el siguiente: la raíz de la yuca se machaca y se pela, y luego se cuece igual que si fuera a utilizarse para comerla. Cuando se baja del fuego se escurre toda el agua y se deja enfriar. Luego que están frías, un grupo de mujeres, jóvenes y viejas, provista de sendos tazones, rodean las ollas y comienzan a masticar la yuca hasta que alcanza la densidad de una pasta espesa, que van escupiendo en los tazones hasta llenarlos; cuando están llenos, son llevados a la casa del Rey donde el contenido es vertido en una gran canoa que ha sido puesta en ese lugar especialmente con ese propósito, teniéndose que usar una canoa porque ningún otro recipiente sería lo suficientemente grande. Pude observar asimismo que algunos de los jóvenes también tomaban parte en el proceso de masticación, el que se continuaba con mucha perseverancia hasta que el producto de los tazones llenaba la tercera parte de la canoa. Luego se tomaba más yuca por aparte y se machacaba en un mortero de madera con un majador también de madera,

hasta que alcanzaba la densidad de una masa, la que después se desbarataba en agua fría y se le añadía una porción de maíz indio, medio cocido y masticado al igual que la yuca. Toda esta mezcla se vertía en la canoa y luego se llenaba la canoa de agua y se revolvía con una gran pala hasta que a las pocas horas se encontraba en completo y abominable estado de fermentación.

El Almirante me aseguró que la saliva es la causa principal de la fermentación; y que si todo hubiera sido machado y preparado con sólo agua, el licor se habría agriado demasiado antes de la fermentación y no se habría podido utilizar; además, el licor era más o menos apreciado de acuerdo con la edad y estado de salud de los masticadores; por tanto, cuando él deseaba agasajar a sus amistades con una bebida de "chicha" se cuidaba de que sólo sus esposas y sus pequeñas hijas tomaran parte en la masticación; opinaba que el licor que en estos momentos íbamos a saborear sería tolerable porque en su preparación se habían empleado pocas mujeres de edad avanzada, y que "pronto estaríamos embriagados." La canoa contenía aproximadamente tres "puncheons", y había cantidades similares en las casas de otro dos de los hombres principales de la aldea además, había bebidas más sencillas tales como jugo de piña y plátano cuya preparación consistía en asar la fruta, en este caso los plátanos y bananos, y luego majarlos y mezclarlos con agua.

Había también el presente del Sr. Ellis al Rey, que consistía de aproximadamente 20 galones de ron, otro tanto de ron que había sido llevado por el Almirante y los de su grupo y una porción que yo mismo llevé. Earnee había invitado a los ancianos y hombres principales de Duckwarra, Wano Sound y regiones aledañas para que llegaran a conocer al Rey, recibieran un informe del estado en que se encontraban las aldeas vecinas que el Rey acababa de visitar, despachaba asuntos de interés público y beber.

La casa del Rey, al igual que la de Earnee, la de un sambo conocido con el nombre de "General" Blyatt y la de unos cuantos más, eran casas bastante bien equipadas con bancas, mesas, platos, vasos, ollas, cuchillos, tenedores y otros utensilios. En la

casa del Almirante había una hamaca por cada uno de sus invitados, de acuerdo con la usanza. Después de una prolongada discusión acerca de las condiciones en que se encontraba la región, las costumbres, pujanza y comercio de las diferentes aldeas y política general de los Mosquitos, me retiré a descansar, satisfecho con las atenciones de que había sido objeto, pero un poco preocupado por la magnitud de las preparaciones que se hacían para la actividad que se aproximaba.

Encuentro con el Rey Mosco

Durante el viaje desde Prinzapolka el Almirante me había contado varias anécdotas del Rey y me había revelado algo de su carácter. El Almirante parecía lamentarse que el Rey no se preocupara más por las cosas que eran de interés para su país y se preocupaba por la inclinación de éste hacia la bebida y las mujeres, su extremada ligereza y por la facilidad con que se asociaba y ponía oídos a cualquier plan visionario que le presentaran los comerciantes; la facilidad con que se había dejado enredar del patriota General Aurey para una de sus expediciones contra los españoles en Trujillo; y su descuido general en lo que toca a la seguridad, progreso y bienestar de sus súbditos. También se lamentaba que no hubiese un superintendente británico en la costa, como antes en tiempos del Coronel Hodgson, cuando los indios Mosquitos podían encontrar trabajo y había demanda en Back River y las otras colonias para sus productos; tiempos en que los jefes en toda la costa se podían vestir y vivir "al verdadero estilo de un señor inglés." Los jefes y los ancianos estuvieron de acuerdo con él en todas esas observaciones; todos ellos también desaprobaban la manera arbitraria en que los comerciantes de Jamaica ejercían la influencia que habían adquirido en algunas de las aldeas de la costa, añadiendo que para evitar hacer negocio con ellos, habían vendido gran parte del carey recogido en esta temporada a los Americanos quienes, a pesar de que tenían una variedad tan grande de productos, eran más limpios

en sus negocios y pagaban mejores precios.

Al día siguiente muy temprano me despertó el ruido de los tambores; los nativos estaban en un estado de bullicio y actividad, preparándose para la competencia de beber y la recepción del Rey. Este llegó en una gran canoa, con diez personas, escoltado por igual número de personas en dos canoas más pequeñas. En el desembarcadero estaban a esperarlo el Almirante Earnee y el general Blyatt con algunos de los hombres principales de las aldeas vecinas; los dos primeros iban con uniforme con charreteras de oro. Hubo poco protocolo o ceremonia en el saludo al Rey: un apretón de manos, un “Cómo está usted Rey” en inglés y en voz baja, fueron los únicos saludos que le dieron los súbditos de todas las clases sociales. Preguntando brevemente los motivos que yo tenía para venir a verlo, me invitó para que lo acompañara al Cabo, donde yo tendría la oportunidad y qué relación existía entre él y su gente, entre quienes, hacía cuatro años, al regresar de Jamaica donde había recibido su educación, se encontró como un extraño.

Era un joven como de 24 años, de piel bronceada, cabellos largos y rizados que formaban bucles alrededor de su rostro; sus pies y manos eran pequeños, ojos oscuros y expresivos y dientes muy blancos. Presentaba una figura atractiva y apuesta; y su apariencia denotaba más agilidad que fuerza. En otros aspectos, al irlo conociendo más, me di cuenta de que era desenfrenado como los venados de las praderas de su tierra.

En el transcurso del día llegaron indios de distintas partes de la costa y del interior. En la reunión que se llevó a cabo en la casa del Rey, se discutieron asuntos relacionados con el gobierno de las aldeas vecinas, disputas, y otros asuntos de interés público. Observé que el Rey lo dejaba todo en manos de Earnee, Blyatt y unos cuantos más. A decir verdad, parecía interesarse muy poco en lo que se decía y se limitó a sancionar las resoluciones que se tomaban para que pudieran ser promulgadas como “órdenes del propio Rey.” Esa es la expresión que usan, y tales órdenes son obedecidas al pie de la letra. Mientras estuvo

reunido el Consejo no admitieron mujeres; a unas cuantas se les permitió entrar luego durante las competencias de bebida para atender a sus maridos cuando estos llegaban a un estado de insensibilidad debido a la intoxicación.

Al finalizar las discusiones en casa del Rey dieron comienzo los festejos. Había dos hombres, uno a cada extremo de la canoa, que se encargaban de verter el "mishlaw" en grandes calabazas que eran llevadas por unos cuantos jovencitos hasta donde estaban los invitados. A medida que los hombres se iban embriagando, empezaban a bailar imitando bailes regionales y animadas contradanzas escocesas que habían aprendido de los colonizadores ingleses; pero pronto se encontraron en un estado tal de intoxicación que no fue posible mantener el orden. Todos, incluso el Rey y sus amigos más cercanos, dieron rienda suelta a sus deseos de beber y se dedicaron a satisfacerlos. En el transcurso de la noche llegó Andrés, el tío del Rey, hombre principal de Duckwara, acompañado de una de las esposas favoritas de su Majestad. Andrés era un hombre fornido y de baja estatura, de pura raza india, animado y de ágiles movimientos, que ocultaba gran astucia y sagacidad bajo una apariencia de liviandad. Hablaba el inglés bastante bien y con sus relatos acerca de los comerciantes de Jamaica y sus comentarios mordaces y graciosos acerca de algunos de los Misquitos presentes, mantuvo a la concurrencia en carcajadas. El Rey me dijo, durante el transcurso de la noche, que no me debía extrañar de verlo y proceder en la forma en que lo hacía, pues tenía planeado instigar poco a poco a los nativos a que fueran adoptando las costumbres ingleses y el modo de vida inglés, consintiéndolos en la bebida; como prueba de ello me dijo que podía observar cómo los nativos se habían despojado de la "pulpera", el vestido que comúnmente usaban los indios, y se habían puesto chaquetas, pantalones y sombreros ingleses. Algunos de ellos llevaban abrigos y vestimentas que hacían juego con los abrigos, y, como ya he dicho antes, se vanagloriaban de ir vestidos al "estilo de un verdadero señor inglés".

Como de costumbre, su Majestad se dedicó más a las mujeres que a los jefes, y diciéndome que las mujeres de aquí podían bailar igualmente bien que las de las otras colonias inglesas me invitó a que le hiciera compañía junto con el Almirante y el tío Andrés, en una danza en la que participarían también las mujeres que mandaría a llamar. Por supuesto que yo acepté encantado, y al llegar las mujeres, empezamos a bailar al compás de un tambor, que era el único acompañamiento de que disponíamos.

Blyatt había recibido orden de impedir que el grupo que estaba en la casa del Rey nos interrumpiera, pero como nuestra música era tan estrepitosa como la de ellos y se había regado la noticia de la llegada de las mujeres, nuestra casa pronto se vio rodeada de una multitud que se agolpaba de tal manera que se produjo en el interior un calor insoportable y nos vimos obligados a abandonar la danza; sin embargo los indios protestaron de tal forma que el Rey, muy complaciente, accedió a continuarla al aire libre. Al juntársenos a bailar el otro grupo con su música, se produjo un gran tumulto en el que se mezclaron Rey, Almirante, General y hombres y mujeres Misquitas, todo en una gran confusión y algarabía de la que los que podían se alegraban de escapar. Antes de perder la cabeza completamente por intoxicación, los jefes ordenaron que las mujeres regresaran a sus casas para evitar que luego no estuvieran en condiciones de atender a sus maridos. La bebedera continuó sin cesar toda la noche, y en ella participaron jóvenes y viejos por igual. Se siguieron tocando los tambores y se dispararon mosquetes, algunos de ellos cargados de pólvora hasta la boca, hasta que casi toda la concurrencia se encontraba en un estado de embriaguez bestial, siendo atendidos por las mujeres, que con ese fin eran llamadas de vez en cuando. Ocasionalmente, sin embargo, uno que otro se recuperaba pero sólo para dirigirse de nuevo a su "mishalw" favorito y reanudar sus excesos. Todo el siguiente día se ocupó para beber, y no fue sino hasta el otro día que los licores quedaron reducidos a los desechos del maíz y yuca, pero aún éstos fueron exprimidos con las manos y su jugo vertido en ca-

labazas y dado a los que todavía estaban deseosos de beber más. La tercer noche todos los licores habían sido consumidos y los indios comenzaron a retirarse a sus respectivas casas, muchos de ellos quejándose, con razón, de que "sentían mala la cabeza." Sin embargo, es cosa notable que durante toda esta festividad no se presencié una sola riña.

Permítaseme hacer aquí la observación que el tambor inglés es el principal instrumento musical de los Mosquitos, quienes lo tocan muy bien, como el mejor tamborilero europeo; se comenzó a usar cuando las fuerzas británicas estuvieron en la Costa Mosquita y desde entonces ha sido el instrumento favorito. Cada aldea tiene su tambor. El único otro instrumento musical que vi fue una rústica pipa o flauta hecha de bambú. Un extremo tiene la forma de un caramillo (flautilla de caña) y tiene cuatro hoyos para los dedos. El primero de éstos como a dos tercios de la longitud total del instrumento y los otros a intervalos de media pulgada aproximadamente; se necesita un esfuerzo bastante grande para hacerla sonar y su tono es ronco y monótono con muy pocas variaciones. Dos de esos instrumentos se tocan simultáneamente; los bailarines ejecutan una especie de minué en el que avanzan y retroceden, acompañando esto con gesticulaciones grotescas. Una de sus danzas favoritas es una especie de obra teatral en la que representa el cortejo indio.

Debido a que el Gobernador Clementi, uno de los tres hombres principales de la Costa Mosquita, no se hizo presente, decidieron enviar a una persona para que tratara de traérselo. Los motivos de la aversión de este jefe para reunirse con los demás son las siguientes: su difunto hermano, conocido por toda la gente con el nombre de Don Carlos, había sido muerto hacía algún tiempo por la gente del Rey, bajo el pretexto de que estaba demasiado estrechamente vinculado con los españoles de Granada

²⁰ Se refiere al antiguo gobernador de Tuapi, Colville Breton, que se alió con las autoridades españolas para poder casarse con su excautiva Manuela Rodríguez y fue bautizado como Carlos Antonio de Castilla. Breton fue asesinado por órdenes del Rey Jorge, padre del rey anfitrión de Orlando Roberts

y Nicaragua, con quienes tenía asiduo contacto y de quienes había recibido muchos presentes de ganado, etc.²⁰ La gente del Rey sospechaba que este hombre tenía planeado prestar su ayuda a los españoles para que éstos formaran una colonia en la Costa Mosquita. Pero es más probable que su conexión con los españoles haya sido sólo una de varias razones por las cuales le dieron muerte. Era un indio de pura sangre y de bastante capacidad: el único que merecía tal descripción, a excepción de su hermano Clementi, y tenía una posición de importancia en el gobierno del Rey Mosquito. Gozaba de mucha influencia entre los indios, incluso las diferentes tribus de Woolwas y Cookras. Sus dominios se extendían de Sandy Bay a la Laguna de Cayo de Perlas, y como consideraron que era una amenaza para ellos el dominio de este hombre, dispusieron eliminarlo.

Desde entonces su hermano Clementi nunca volvió a visitar al Rey, o a poner pies en las aldeas de los Mosquitos. Esta desavenencia entre el Rey y Clementi se vio agravada debido al mal comportamiento de un negro favorito del primero quien hacía algún tiempo había acompañado a Robert, hermano del actual Rey, en una visita a Clementi, quien los recibió y los trató con mucha hospitalidad. Sin embargo, en una fiesta ofrecida en honor de Roberto, el negro no solo insultó de una manera extremadamente grosera al Gobernador, sino que apoyándose en la amistad que tenía con el Rey y la supuesta estupidez de Clementi, irrumpió en uno de los depósitos de este último y cargó con varios objetos que le llamaron la atención. Al ver que Roberto no interfería, Clementi se armó de un mosquete y dio muerte al negro. El Rey, que no se atrevía a atacar abiertamente al Gobernador, decidió vengarse apoderándose de su ganado o ahuyentándolo cada vez que se le ofrecía la ocasión. Para evitar esto, Clementi se deshizo del ganado, de modo que ahora ya no se ve un solo animal en las praderas, como se veían en tiempos de Don Carlos. Ahora se suponía que Clementi estaría tramando algo para vengarse, y para evitar una guerra civil entre Mosquitos e indios, el Rey, antes de regresar al Cabo, esta deseoso de

reconciliarse con Clementi. Además tenía otras razones para querer hacer las paces: se daba cuenta de que en una ocasión había insultado a Earnee, el mejor amigo de Clementi, y el único jefe capaz de gobernar el país desde la muerte del "general" Robinson, teniendo libertades con una de las esposas favoritas de Earnee en ausencia de éste, y que, por consiguiente Earnee se había aliado con Clementi casándose con una de las hermanas menores de este último, y por lo tanto, al producirse una guerra, era probable que el primero se hiciera al lado del Gobernador. Earnee se había excusado de tomar parte en esta expedición, y por lo tanto, el Rey me pidió a mí que acompañara a Blyatt, junto con una comitiva como de veinte personas, para que fuéramos hasta Clementi portando una carta del Rey en la que decía que, no habiendo podido asistir en persona, había encargado al Almirante que lo asistiera en castigar a los que se resistieran a obedecer su autoridad; pero que no pudiendo ir el Almirante, enviaba a Blyatt. Fui escogido para leer esta carta a Clementi en presencia de Blyatt, quien a su vez fue escogido para aclarar que "el papel que se estaba leyendo era auténtica orden del Rey y debía obedecerse al pie de la letra".

Emprendimos nuestra jornada recorriendo como ocho millas hasta llegar a la parte superior de la Laguna de Wawa, donde nos embarcamos en tres canoas que nos llevaron hasta un río en cuyas riberas desembarcamos. Luego atravesamos una extensa pradera hasta llegar a un afluente del Río Wawa donde encontramos canoas en las que trasladarnos a la residencia del Gobernador. Cruzando el río, dormimos hasta la medianoche en sus riberas y a esa hora reanudamos nuestro viaje.

En sus viajes los indios generalmente avanzan hasta la diez de la mañana, hora en que se detienen a descansar hasta las dos o tres de la tarde. A esa hora reanudan la travesía hasta el anochecer. En los diferentes sitios de descanso los indios duermen en el suelo sobre hojas de palmera y se cubren con una frazada ligera; después de estas pausas siempre me levantaba más ani-

mado; antes de tomar el descanso se hace una hoguera y se prepara el alimento. Para viajar los indios sólo se visten con la tradicional “pulpera”,²¹ pero siempre llevan en su equipaje un traje completo de ropa buena, el cual se lo ponen a poca distancia de la residencia de la persona a quien van a visitar.

A eso de las diez de la mañana llegamos a una pradera en la que había un camino que conducía a la casa del Gobernador, a media milla de distancia. Como Earnee había avisado a Clementi de la visita que le haríamos, aconsejándole que nos invitara a beber “mishlaw”, encontramos a un grupo de su gente que nos estaba esperando en este lugar para acompañarnos hasta la residencia del Gobernador. Los de nuestra comitiva se vistieron con su buena ropa y Blyatt, unos cuantos más, y yo, montamos los caballos que nos habían sido enviados para nuestra mayor comodidad. Marchamos en línea recta sobre el camino, uno tras otro, llevando a la cabeza nuestra bandera y tambor, hasta llegar a la residencia donde un grupo como de veinte hombres, sin contar mujeres y niños aguardaban nuestra llegada. La casa está situada en una loma, y de ella se tiene una vista extensa de la región, en cuyas praderas pacían algunos caballos, pero no pude ver ganado, aunque al parecer había suficiente pasto para alimentar a miles de cabezas.

El Gobernador no salió a recibirnos; estaba adentro, ataviado con sus vestimentas de gala y sentado; se levantó para darnos la bienvenida a Blyatt y a mí, pero no se ocupó del todo, ni tomó en cuenta para nada, a los que nos acompañaban. La apariencia física y modo de conducirse de este viejo jefe me impresionó sobremanera hasta llegar a la conclusión de que tenía ante mis ojos a un verdadero descendiente de los antiguos caciques indios. Era un hombre alto y robusto, entre 50 y 60 años, rostro de facciones típicamente indias y que expresaba seriedad y dignidad; no pude evitar el pensar que parecía sentirse humillado por el yugo de los Mosquitos; era un hombre que había nacido para

²¹ Taparrabo.

mandar y se daba perfecta cuenta, como el “viejo Crotimbo”, de que “no era el menos importante entre sus compatriotas.” Llevaba un uniforme español, de tela azul, cuello rojo y adornado con encajes de oro, un chaleco de satín bordado, con lentejuelas y con grandes bolsillos; pantalones blancos, medias blancas de algodón, zapatos con hebillas de plata y un gran bastón con empuñadura de oro similar a los corregidores y alcaldes de las provincias sudamericanas, con los que completaba su atavío.

Esas ropas, que eran de corte antiquísimo, las había heredado de su desafortunado hermano; la digna apariencia y finos modales de este viejo jefe hacían un contraste enorme con la aspereza de los Mosquitos y me convenció de una manera contundente que la dominación de los Sambos había retardado grandemente la prosperidad de los verdaderos indios. Clementi ordenó refrescos y atendió abundantemente a los de nuestra comitiva en otra casa, no permitiendo que se sentaran a su mesa nadie más que los hombres más importantes.

Después de la comida leí la carta del Rey y al enterarse éste de su contenido, expresó gran satisfacción; se izó la bandera inglesa a la entrada principal de la casa y el Gobernador pareció sentir que ahora sí se le estaba tratando con el debido respeto y se le otorgaban los derechos y privilegios que le pertenecían. Señaló a dos o tres indios que en su opinión no habían respetado su autoridad o le habían ofendido; acto seguido fueron capturados por los miembros del grupo de Blyatt y amarrados; pero en vez de ser azotados, como era la costumbre, los azotes fueron dados a un cuero de toro seco. No me enteré a ciencia cierta si esto satisfizo enteramente o no al Gobernador, pero luego me enteré de que los indios libres consideran el azote como una seria humillación. La noche transcurrió sin sucesos desagradables. Yo tuve que leer la carta del Rey una y otra vez y el Gobernador pareció alegrarse de sentirse libre de la amenaza de más daños de parte de la gente del Rey. Me mostró varias cartas y certificadas que comerciantes y otras personas habían otorgado a él y a su difunto hermano, todos ellos dando testimonio de su

honorabilidad y honradez.

El terreno, en esta región, se compone de praderas bajas, en parte cubiertas de pinos. Los principales terrenos de cultivo de la gente del Gobernador quedan muy distantes, en un sitio conocido con el nombre de "Hills" (colinas) por lo cual se les conoce en toda la costa con el nombre de "hill people", o sea "gente de las colinas." Esas colinas, o elevaciones son tres y quedan al occidente de Brancmans, a una distancia bastante considerable tierra adentro; no se distinguen desde el mar, al aproximarse a tierra, por su poca elevación.²² El terreno de las colinas y demás al occidente es muy fértil y muy bien cultivado, abasteciendo de provisiones tales como bananos, plátanos, etc., a las poblaciones de Sandy Bay, Cabo Gracias a Dios y otros lugares de la Costa. Debido a que está demasiado lejos de la costa para combinar las ventajas de la agricultura y la pesca, no se ha establecido nadie en las "Hills." Descubrí algunos depósitos de marga de excelente calidad al otro lado de los pinares, un poco al oeste de Brancman's Bluff, sobre el camino que conduce a la Laguna de Para. También encontré buena arcilla blanca; si los indios conocieran algo sobre la fabricación de loza de barro se darían cuenta que tienen allí una rica fuente de material de la mejor calidad.

Clementi se considera dueño de toda esta tierra, las extensas praderas, los pinares, y todo lo que está comprendido entre este punto y la costa, incluyendo las colinas y las tierras del interior; tiene a su favor el voto de confianza que le dan los indios puros, y no dudo que, en caso de cualquier intento de parte de esos aborígenes para librarse del yugo de la raza mezclada de los Mosquitos, él o sus descendientes pueden estar destinados a desempeñar un papel prominente. Por ello he querido hacer una descripción de lo poco que vi de este hombre, de una manera tan circunstancial como me ha sido posible.

Cuando Blyatt hubo terminado su misión con el Gobernador, y después de haber permanecido en su casa tres días,

²² A juzgar por la descripción Clementi vivía en las colinas de Maniwatta.

abandonamos el lugar y emprendimos el regreso recorriendo los mismos caminos que habíamos recorrido no hacía mucho. Gran parte de la costa de esta región se halla inundada durante la época lluviosa, de tal forma que es posible navegar en canoa de la Laguna de Para hasta el Río Wawa. Igual cosa sucede, generalmente, en todas las praderas bajas desde Laguna de Perlas hasta el Cabo, y de ahí hasta "Plantain River".²³ En Duckwarra fuimos muy bien recibidos y agasajados por Andrés, el tío del Rey: este jovial anciano nos rogó que nos quedáramos unos días más en su casa con él y sus amigos Rowla y Tarra, dos de los jefes, pero nosotros reanudamos nuestro viaje a la mañana siguiente. Me hizo una impresión muy favorable de la apariencia física de la gente de la colonia de Andrés; tienen excelente textura, siendo los hombres muy activos y buenos pescadores, y hermosas las mujeres y niñas.

A nuestra llegada a Sandy Bay nos encontramos con Earnee, quien no estaba muy bien, el cual nos suministró hombres y una canoa para nuestro viaje hasta el Cabo, hacia donde me encaminé siguiendo un pasaje interno, pues hay una comunicación entre Sandy Bay y Punta de Wano (Wano Sound),²⁴ siendo este último el lugar que tiene solo cuatro o cinco pies de agua en la barra y es igualmente seco en su interior.

Al anochecer llegamos a una colonia de Mosquitos en el extremo superior de Wano Sound, donde fuimos recibidos con la misma hospitalidad que ya he dicho encontré en todas las aldeas de la Costa. Reanudamos el viaje temprano a la siguiente mañana y seguimos hasta la entrada de Wano Sound donde desembarcamos y continuamos a pie hasta el Cabo, una distancia como de ocho millas.

²² A juzgar por la descripción Clementi vivía en las colinas de Maniwatla.

²⁴ Boca de la laguna de Bismuna.

Arribo a Cabo Gracias a Dios

A mi llegada al Cabo Gracias a Dios me sentí defraudado al encontrar que solo habían unas pocas casas y las pocas que habían eran de un aspecto malísimo, con la excepción de la del Rey, la de Dalby, uno de sus asistentes principales, y la de Bogg, un viejo mercader; todas las demás no eran otra cosa que pequeñas chozas que apenas protegían a sus moradores de las inclemencias del tiempo.

Permanecí en casa del Rey varios meses y tuve la oportunidad de llegar a conocer íntimamente, tanto a éste como a su gente. Las circunstancias que hicieron que en su juventud fuera enviado a Jamaica, donde recibió una educación deficiente son, en breve, las siguientes: Su padre, recibió una educación deficiente son, en breve, las siguientes: Su padre, el Rey George, era de raza mezclada, o sea mitad negro y mitad indio; tenía un carácter duro, indómito y vengativo; por su causa habían sido esclavizados muchos indios de las tribus Blanco, Woolwa y Coo-kra; y al igual que todos los demás jefes Mosquitos, tenía muchas esposas y mujeres a quienes a menudo trataba con tanta crueldad que más de una había recibido la muerte de sus manos. La muerte de una de esas mujeres bajo circunstancias de horrible crueldad le había traído el resentimiento de los amigos de la víctima, quienes se habían revelado y habían creado un motín en el que el Rey recibió un disparo que le causó la muerte. Dejó dos hijos, George Frederick, el actual Rey, y Roberto que era medio hermano de éste, a la sazón ambos de tierna edad. Un comerciante de la Bahía de Honduras, creyendo que podría obtener grandes ganancias si se apoderaba de esos niños, se las ingenió para ponerlos en su embarcación y convenció a los jefes de que sería de gran beneficio para todos si el futuro Rey fuera educado a la "usanza inglesa", para que pudiera comprender algo de las costumbres, leyes y modo de vida de sus amigos los ingleses. Los pequeños partieron y los jefes formaron una especie de regencia. Los tres jefes principales acordaron que el país se-

ría regido por el mayor de los niños, y mientras tanto lo dividieron en tres partes; la primera comprendía desde Roman River, cerca del Cabo de Honduras, hasta Patook, incluyendo las tribus de Kharibees, o Caribes, Poyers, (Payas) Mosquitos y algunos negros que habían pertenecido de antaño a la colonia británica. Esta parte fue puesta en manos del "general Robinson".

La segunda división, desde Caratasca (o Cruta), hasta Sandy Bay y Duckwarra, incluyendo a todos los Mosquitos propiamente dichos, o sea la raza mezclada de Sambos e indios. Esta fue puesta bajo el mando de un jefe hermano del difunto Rey, conocido con el nombre de "Almirante".

La tercera división comprendía desde Brancmans hasta el Río Grande fue puesta en manos de Don Carlos, conocido con el nombre del "Gobernador"; incluía las tribus de Tongulas, Towcas, Woolwas, Cookras, etc. Cada uno de esos tres jefes nombró su asistente principal (o jefe subalterno) en cada una de las tres divisiones, quienes estarían bajo su autoridad. Sin embargo, a las pequeñas colonias de Sambos en Laguna de Perlas y Bluefields se les permitió escoger a sus propios gobernadores.

Pasado algún tiempo, los pequeños fueron enviados desde Honduras a Jamaica y su Alteza el Duque de Manchester parece haberse ocupado un poco del mayor, quien siempre hablaba del Duque con sentimientos de respeto y gratitud. Después de terminar la rutina de una educación insuficiente, fue enviado a Belice donde los principales jefes Mosquitos lo recibieron y la ceremonia de su coronación se realizó con bastante pompa. El joven líder fue acompañado por el superintendente británico hasta la iglesia, la milicia y las personas más sobresalientes de la colonia. El Reverendo Armstrong le ciñó la corona, (obsequio de los ingleses a uno de sus antepasados), y se le confirió la espada y las espuelas; se disparó salva de artillería y se le otorgó el título de "Rey de la Costa y Nación Mosquita".

Los jefes fueron obsequiados con vestimentas y medallas, todo lo cual fue enviado a la costa en una corbeta inglesa. Accidentalmente la carga fue bajada en la residencia del General

Robinson, entre Black River y la Laguna de Brewer, y el Rey empezó mal su reinado insultando y riñendo con el general, su jefe más poderoso. En Cabo Gracias a Dios el Rey fue recibido de la manera más amistosa por sus familiares, la mayoría de los cuales residen en un espeso pinar conocido con el nombre de "The Ridge" (la Sierra) que queda como a cuarenta millas del Cabo y a poca distancia de las riberas del gran "Cape River" (río Coco).

El Rey me aseguró repetidas veces que a su llegada al Cabo Gracias a Dios y por muchos meses después, se arrepintió de haber regresado a su país, o de haber salido de él, pues se sentía completamente como un extraño, sin conocer los intereses de sus súbditos y sin saber la influencia y capacidad que tenían los jefes, quienes en otras circunstancias, le habrían podido ayudar a formar un gobierno. Al mismo tiempo sus amigos, los ingleses contaban con que él realizaría labores para las que no se sentía preparado en lo más mínimo, como él mismo confesó. Parecía darse perfecta cuenta de sus deficiencias, pero carecía de la energía o la dedicación necesarias para corregirlas o para asumir y mantener, con dignidad, el cargo y posición que la Providencia le había deparado. Todas estas consideraciones a veces le amargaban la vida, pero sus resoluciones y esfuerzos para enmendar la situación se desvanecían cuando tenía que escoger entre ellos y los placeres de la botella y sus otros vicios, los cuales se encontraban en perfecta armonía con la vida licenciosa que llevaban sus súbditos, con quienes el Rey consideraba necesario congraciarse, hasta que a la larga se acostumbraran a él, y se intoxicaba siempre que llegaba una embarcación y podía obtener el ron. En tales ocasiones, su genio, liberal por naturaleza, vencía su prudencia y el pueblo se dio cuenta que les convenía dar alas a este vicio, regocijándose a la llegada de las embarcaciones de los comerciantes como señal de que ya podían dar gusto a sus deseos beber, a la satisfacción de los cuales el Rey también se entregaría, y en los momentos de total abandono, les haría valiosos presentes.

Bajo tales circunstancias, no es sorprendente que George

Frederick no hiciera realidad las esperanzas de los que esperaban grandes cosas de él. Cuando estaba recién llegado, el gobierno británico le hizo obsequios de ropa, frazadas, telas y otros artículos para que los distribuyera entre sus súbditos y creara buenas relaciones con ellos, manteniendo así su autoridad. En esas ocasiones el Reverendo Armstrong no dejaba de enviarle cartas con consejos respecto al modo en que debía de conducirse y los deberes que tenía para con su pueblo, incluyendo asimismo trozos religiosos a los que no hacía caso, opinando el Rey y su Primer Ministro que mejor habrían quedado enviándoles un presente de ron, pues les era imposible enseñar al pueblo ideas religiosas que el mismo Rey no comprendía y que todos consideraban un "manejo de mentiras de los ingleses."

Era generoso por naturaleza y bastante inteligente, y es lamentable que no hubiera recibido una educación europea en vez de la deficiente educación que recibió en las Indias Occidentales: con la primera es muy probable que hubiera adquirido buenas costumbres y que se hubiera dado una idea de la importancia del orden y el buen gobierno; en cambio con la educación que recibió, aprendió muy pocas cosas verdaderamente útiles y más bien combinó, como si dijéramos, las malas cualidades de los europeos y los Criollos con los vicios de los Sambos y el mal carácter de los indios, todo lo cual se juntó para amargarle la vida y a la larga, causarle la muerte.*

Colón y los tripulantes en su cuarto viaje fueron los primeros europeos que pusieron los pies en el Cabo.

El terreno de esta región es bastante malo y no produce nada, salvo hierba áspera que se utiliza como pasto para las bestias, con la excepción de unos cuantos sitios en que se da un

* Se dice que fue asesinado en 1824, pero nunca pude averiguar las razones inmediatas que llevaron a la catástrofe. A solicitud de los jefes, el coronel George Woodbine de San Andrés accedió a ser el "chairman" en las investigaciones que se realizaron y he oído decir que algunos de los implicados en el asesinato fueron condenados a muerte. Le sucedió Roberto, que a su vez fue sucedido por James, quien es descendiente de una rama más antigua de la familia.

poco de yuca. Por lo tanto, la población, incluso el Rey, tiene que obtener sus plátanos, maíz y otras provisiones de Hills, Croatch River y Great Cape River.

Eso, junto con la falta de agua y de animales de caza, hace que el Cabo no sea buen lugar para una colonia agrícola. Pero en cambio tiene muchas ventajas como punto comercial y para pastos; tiene una pequeña bahía que es puerto excelente, totalmente protegido de todos los vientos, aunque en algunos sitios queda abierto al viento sur, pero éste raramente sopla. La bahía puede dar cabida a una flota entera en agua con profundidad de tres a cinco brazas, buen anclaje y abundancia de pesca. Además, en la estación adecuada se ve visitado por bastantes zarceas y mareas. No queda lejos de los Cayos Misquitos donde se pueden conseguir en todo tiempo gran abundancia de tortuga verde. Es quizás gracias a esto último que el Cabo no es un sitio desierto, pues las embarcaciones que ahí se detienen lo hacen sólo por la abundancia de tortugas y carey y para comunicarse con el Rey.

Se dice que el "Great Cape River," o Wanks (Coco) tiene su origen en la misma región montañosa que más hacia el Pacífico da origen también al río de Bluefields o río de Nueva Segovia [?]. Los bucaneros que hace como 120 años se abrieron paso desde el Golfo de Fonseca hasta la ciudad española de Nueva Segovia y de allí, después de recorrer un corto trecho hasta llegar al río, descendieron por él hacia el Atlántico en balsas, describen la región diciendo que estaba compuesta de escarpadas y rocosas montañas con muchas caídas de agua; que el río sigue su curso sobre prodigiosos peñascos y que corre con bastante rapidez hasta sesenta leguas de su desembocadura.²⁵ Se dice que su longitud es de 200 a 300 millas y que pasa por una de las regiones más ricas y más románticas de América Central. Como a cuarenta o cincuenta millas de su desembocadura, el terreno se torna arenoso, bajo y pobre en general, con algunos pinares de tea

²⁵ Ver la crónica de Raveneau De Lussan en este mismo libro.

y uno que otro pedazo de terreno fértil. Pero a pesar que la tierra se presta para el cultivo del pasto, y en ella podrían pacer miles de cabezas de ganado, éste es excesivamente escaso.

"Cape River" desemboca en el mar a cierta distancia al norte de la bahía, y hay una comunicación, como especie de canal de poca profundidad, entre la parte superior de ésta y el río, por la cual pueden transitar canoas. Este canal fácilmente podría ser agrandado para evitarle a muchas embarcaciones pequeñas la pasada por los bancos de arena en la desembocadura del río, donde la profundidad raramente era mayor de cuatro o cinco pies. Si se formaran establecimientos comerciales en el Cabo, las embarcaciones podrían pasar todo el año ancladas en la parte superior del puerto sin ningún peligro, y si hubiera suficiente estímulo para el comercio, los productos del interior serían recogidos y traídos por el río y el canal hasta la bahía, de donde podrían ser exportados sin interrupción en todas las estaciones del año.

Por lo que ya he relatado, el lector se habrá dado cuenta que la región bajo el mando de Clementi, y parte de la que está bajo el mando de Robinson, está habitada casi exclusivamente por tribus de indios puros, a quienes pertenecen los terrenos más fértiles y cuyo modo de vida, costumbres y lenguaje son esencialmente diferentes de los de los Mosquitos, los cuales tienen que depender de los primeros para obtener animales de caza y otras provisiones.

En general, esos indios son de temperamento pacífico y benigno, y es en esto que se diferencian grandemente de sus jefes Mosquitos, quienes parecen haber heredado de sus antepasados de la raza negra un espíritu emprendedor que los obliga a mantenerse en constante actividad, en contraste con los indios genuinos quienes disfrutaban de un modo de vida pacífico y sosegado: por tanto, los Mosquitos se dedican más a la pesca que a la agricultura, y a pesar que tras mucho batallar han podido llegar a tener bastante influencia, desde el punto de vista moral no son tan estimables como los indios puros, pues son traicio-

neros, supersticiosos y mucho más inclinados a los excesos. En general, el indio siempre dice la verdad mientras que el Sambo, con muy pocas excepciones, no duda en violar cualquier principio de la decencia y honestidad para conseguir lo que desea. Sin embargo, son hospitalarios y en caso de emergencia, cuando se han sentido amenazados, no han titubeado un momento en aliarse con sus vecinos para luchar contra los españoles y para defender su libertad cuando se consideran que están en peligro.

Se cree que sus antepasados de la raza negra eran africanos de la región de Zambia que naufragaron en esta costa a bordo de una embarcación holandesa y que habiendo recuperado su libertad de esa manera, se dirigieron hacia el Cabo Gracias a Dios. Después de varios choques con los nativos, llegaron a un acuerdo con ellos y se les dieron esposas y tierras, y sus descendientes se han casado con los nativos y los descendientes de éstos a su vez han hecho lo mismo, hasta que se han convertido hasta cierto punto en indios, quienes, bajo la dirección de hombres prudentes y activos, mantendrían su dignidad. Sin embargo, no es improbable que los indios puros, cuyo número es mayor que el de cualquier otra raza, se subleven dentro de poco, estimulados por la estupidez e imprudencia de sus jefes, los cuales únicamente los han podido mantener sujetos gracias al amor por la paz que sienten los indios, al odio hacia los españoles y a las discordias que han sembrado entre ellos los Mosquitos. Aún hay otro grupo cuya sublevación y venganza puede ser fatal y esos son los Kharibbes (Caribes). Estos son los de piel más oscura y más industriosos que las dos tribus ya mencionadas (indios y Mosquitos), y si siguen multiplicándose como hasta ahora lo han hecho, llegarán a obtener totalmente la supremacía, al menos en la región al norte del Cabo.

Durante mi estadía con el Rey lo acompañé en varias excursiones por la costa y al interior del país, en especial a Black River, que queda en la región del los Poyais, y que ahora está en manos del General MacGregor. En esa excursión tuve la oportunidad de ver las principales colonias a lo largo de la costa, al

norte del Cabo Gracias a Dios, y para continuar con el estilo narrativo que he adoptado para hacer este relato, me limitaré a narrar lo visto y acontecido en esta excursión, dejando el informe acerca de los Kharibees (Caribes) hasta para después de mi regreso del viaje a Nicaragua y a la ciudad de León, pues no fue sino hasta entonces que tuve la ocasión de visitarlos.

Extracto de
**Narración de los viajes y excursiones en la Costa Oriental
y en el Interior de Centroamérica—1827**
por Orlando W. Roberts
traducción de Orlando Cuadra Downing
Colección Cultural del Banco de América SERIE COSTA ATLÁNTICA NO.1
Managua, 1978

OBRAS PUBLICADAS

SERIE ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS

- 1 **Nicaragua Antiquities** ED. BILINGÜE
Carl Bovallius
Traducción de Luciano Cuadra
- 2 **Investigaciones Arqueológicas en Nicaragua** ED. BILINGÜE
J.F. Bransford
Traducción de Orlando Cuadra Downing
- 3 **Cerámica de Costa Rica y Nicaragua** VOL. II
Samuel K. Lothrop
Traducción de Gonzala Meneses Ocón
- 4 **Quetzalcóatl**
César Sáenz

SERIE FUENTES HISTÓRICAS

- 1 **Diario de John Hill Wheeler**
Traducción de Orlando Cuadra Downing
- 2 **Documentos Diplomáticos de William Carey Jones**
Traducción de Orlando Cuadra Downing
- 3 **Documentos Diplomáticos para servir a la Historia de Nicaragua**
José de Marcoleta
- 4 **Historial de El Realejo**
Manuel Rubio Sánchez *Notas de Eduarda Pérez Valle*
- 5 **Testimonio de Joseph N. Scott 1853–1858**
Intraducción, traducción y y natos de Alejandro Bolaños Geyer
- 6A **La Guerra en Nicaragua según Frank Leslie's Illustrated Newspaper** ED. BILINGÜE
Selección, introducción y natos de Alejandra Balañas Geyer
Traducción de Orlando Cuadra Downing
- 6B **La Guerra en Nicaragua según Harper's Weekly Journal of Civilization** ED. BILINGÜE
Selección, intraducción y natos de Alejandra Balañas Geyer
Traducción de Orlando Cuadra Downing
- 7 **El Desaguadero de la Mar Dulce**
Eduarda Pérez Valle
- 8 **Los conflictos internacionales de Nicaragua**
Luis Pasos Argüello

OBRAS PUBLICADAS

SERIE LITERARIA

- 1 **Pequeñeces... Cuiscomeñas de Antón Colorado**
Enrique Guzmán
Introducción y notas de Franco Cerruti
- 2 **Versos y Versiones Nobles y Sentimentales**
Salomón de la Selva
- 3 **La Dionisiada Novela**
Salomón de la Selva
- 4 **Las Gacetillas 1878–1894**
Enrique Guzmán
Introducción y notas de Franco Cerruti
- 5 **Dos Románticos Nicaragüenses:**
Carmen Díaz y Antonio Aragón
Introducción y notas de Franco Cerruti
- 6 **Obras en Verso**
Lino Argüello (Lino de Luna)
Introducción y notas de Franca Cerruti
- 7 **Escritos Biográficos**
Enrique Guzmán
Introducción y notas de Franco Cerruti
- 8 **Los Editoriales de La Prensa 1878**
Enrique Guzmán
Introducción y notas de Franco Cerruti
- 9 **Poemas Modernistas de Nicaragua 1880–1972**
Introducción, selección y notas de Julio Valle Castillo
- 10A **Darío por Darío: Antología Poética de Rubén Darío**
Introducción de Pablo Antonio Cuadra
- 10B **Cartas desconocidas de Rubén Darío**
compiladores: José Jirán Terán y Jorge Eduardo Arellano
- 11 **El Movimiento de Vanguardia de Nicaragua**
–Análisis y antología
Pedro Xavier Solís
- 12 **Literatura Centroamericana**
–Diccionario de autores centroamericanos
Jorge Eduardo Arellano

OBRAS PUBLICADAS

SERIE HISTÓRICA

- 1 **Filibusteros y Financieros**
William O. Scroggs
Traducción de Luciano Cuadra
- 2 **Los Alemanes en Nicaragua**
Freiherr Götz von Houwald
Traducción de Resi de Pereira
- 3 **Historia de Nicaragua**
José Dolores Gámez
- 4 **La Guerra en Nicaragua**
William Walker
Traducción de Fabio Carnevallini
- 5 **Obras Históricas Completas**
Jerónimo Pérez
- 6 **Cuarenta Años (1838–1878) de Historia de Nicaragua**
Francisco Ortega Arancibia
- 7 **Historia Moderna de Nicaragua**
—Complemento a mi Historia
José Dolores Gámez
- 8 **La Ruta de Nicaragua**
David I. Folkman Jr.
Traducción de Luciano Cuadra
- 9 **Hernández de Córdoba, Capitán de Conquista en Nicaragua**
Carlos Meléndez
- 10 **Historia de Nicaragua TOMO I**
Tomás Ayón
- 11 **Historia de Nicaragua TOMO II**
Tomás Ayón
- 12 **Historia de Nicaragua TOMO III**
Tomás Ayón
- 13 **Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua**
José Coronel Urtecho

OBRAS PUBLICADAS

14 Colón y la Costa Caribe de Centroamérica
Jaime Incer Barquero y otros autores

15 Un Atlas Histórico de Nicaragua
–Nicaragua, an Historical Atlas ED. BILINGÜE
Francisco Xavier Aguirre Sacasa

SERIE CRONISTAS

- 1 Nicaragua en los Cronistas de Indias, siglo XVI**
Introducción y notas de Jorge Eduarda Arellano
- 2 Nicaragua en los Cronistas de Indias, siglo XVII**
Introducción y notas de Jorge Eduardo Arellano
- 3 Nicaragua en los Cronistas de Indias: Oviedo**
Introducción y notas de Eduarda Pérez Valle
- 4 Centroamérica en los Cronistas de Indias: Oviedo TOMO I**
Introducción y notas de Eduarda Pérez Valle
- 5 Centroamérica en los Cronistas de Indias: Oviedo TOMO II**
Introducción y notas de Eduarda Pérez Valle
- 6 Descubrimiento, Conquista y Exploración de Nicaragua**
Crónicas de fuentes originales, seleccionadas y comentadas por Jaime Incer Barquero
- 7 Piratas y Aventureros en las Costas de Nicaragua**
Crónicas de fuentes originales seleccionadas y comentadas por Jaime Incer Barquero

SERIE CIENCIAS HUMANAS

- 1 Ensayos Nicaragüenses**
Francisco Pérez Estrada
- 2 Obras de Don Pío Bolaños vol. I**
Introducción y notas de Franco Cerruti
- 3 Obras de Don Pío Bolaños vol. II**
Introducción y notas de Franco Cerruti
- 4 Romances y Corridos Nicaragüenses**
Ernesto Mejía Sánchez
- 5 Obras vol. I**
Carlos Cuadra Pasos

OBRAS PUBLICADAS

- 6 **Obras VOL. II**
Carlos Cuadra Pasos
- 7 **Memorial de mi vida**
Fray Blas Hurtado y Plaza
Estudia preliminar y notas de Carlas Malina Argüella
- 8 **Relación Verdadera de la Reducción de los Indios Infieles de la Provincia de la Tagüisgalpa, llamados Xicaques**
Fray Fernando Espino
Introducción y notas de Jorge Eduardo Arellano
- 9 **Muestrario del Folklore Nicaragüense**
Pablo Antonio Cuadra, Francisco Pérez Estrada
- 10 **Nicaragua: Investigación Económica y Financiera (1928)**
W.W. Cumberland
Traducción de Gonzalo Meneses Ocón
- 11 **El Sendero Incierto – The Uncertain Path** ED. BILINGÜE
Luis Poma
Traducción de Armando Arias, prólogo de Ricardo Poma

SERIE GEOGRAFÍA Y NATURALEZA

- 1 **Notas Geográficas y Económicas sobre la República de Nicaragua**
Pablo Lévy
Introducción y notas de Jaime Incer Barquero
- 2 **Memorias de Arrecife Tortuga**
Bernard Nietschmann
Traducción de Gonzalo Meneses Ocón
- 3 **Peces nicaragüenses de agua dulce**
Jaime Villa

SERIE VIAJEROS

- 1 **Viaje por Centroamérica**
Carl Bovallius
Traducción del sueca par el Dr. Camila Vijil Tardón
- 2 **Siete Años de Viaje en Centro América, Norte de México y Lejano Oeste de los Estados Unidos**
Julius Froebel
Traducción de Luciano Cuadra

OBRAS PUBLICADAS

- 3 **Piratas en Centroamérica, siglo xvii**
John Esquemeling, William Dampier
Traducción de Luciano Cuadra
- 4 **Ei Naturalista en Nicaragua**
Thomas Belt
Traducción y notas de Joime Incer Barquera

SERIE COSTA ATLÁNTICA

- 1 **Narración de los Viajes y Excursiones en la Costa Oriental y en el interior de Centroamérica, 1827**
Orlando W. Roberts
Traducción de Orlando Cuadra Downing

SERIE BIOGRAFÍAS

- 1 **Larreynaga: Su Tiempo y su Obra**
Eduardo Pérez Valle

SERIE TEXTOS

- 1 **Declaraciones sobre Principios de Contabilidad generalmente aceptados en Nicaragua**
Colegio de Contadores Públicos de Nicaragua

SERIE MÚSICA GRABADA EN DISCO

- 1 **Nicaragua: Música y Canto** BALD 00-010
CON COMENTARIOS GRABADOS
Salvador Cardenal Argüello
- 2 **Nicaragua: Música y Canto** BALD 011-019
SIN COMENTARIOS GRABADOS, CON FOLLETO IMPRESO BILINGÜE
Salvador Cardenal Argüello

SERIE EDUCACIÓN

- 1 **La Poesía de Rubén Darío**
José Francisco Terán

SERIE TESIS DOCTORALES

- 1 **La República Conservadora de Nicaragua, 1858-1893**
Arturo Cruz S.
Traducción de Luis Delgadillo, prólogo de Sergia Ramírez



PIRATAS Y AVENTUREROS EN LAS COSTAS DE NICARAGUA

*Crónicas de fuentes originales
seleccionadas y comentadas por Jaime Incer Barquero*

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
inFORMA (Managua, Nicaragua)
informa@ideay.net.ni

texto Adobe® Kepler MM, Adobe® Syntax
Fontshop MetaPlus™
encabezados Celestia Antiqua ©Mark van Bronkhorst

Agosto 2003



Colección Cultural de Centro América

OTROS TÍTULOS

SERIE CRONISTAS

Descubrimiento, Conquista y Exploración de Nicaragua
Jaime Incer Barquero

SERIE ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS

Nicaraguan Antiquities
Carl Bovallius *Traducción de Luciano Cuadra*

Cerámica de Costa Rica y Nicaragua
Samuel K. Lothrop *Traducción de Gonzalo Meneses Ocón*

Quetzalcóatl
César Sáenz

SERIE HISTÓRICA

La Ruta de Nicaragua
David L. Folkman Jr. *Traducción de Luciano Cuadra*

Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua
José Coronel Urtecho

Colón y la Costa Caribe de Centroamérica
Jaime Incer Barquero y otros autores

La República Conservadora de Nicaragua 1858-1893
Arturo Cruz S.

Un Atlas Histórico de Nicaragua
–Nicaragua, an Historical Atlas
Francisco Xavier Aguirre Sacasa

SERIE VIAJEROS

El Naturalista en Nicaragua
Thomas Belt *Traducción de Jaime Incer Barquero*

SERIE LITERARIA

Darío por Darío – Antología Poética
de Rubén Darío *Introducción de Pablo Antonio Cuadra*

El Movimiento de Vanguardia de Nicaragua
–Análisis y Antología *Pedro Xavier Solís*

Cartas Desconocidas de Rubén Darío
compiladores José Jirón Terán y Jorge Eduardo Arellano

Literatura Centroamericana, Diccionario de Autores
Centroamericanos, *Jorge Eduardo Arellano*

SERIE EDUCACIÓN

La Poesía de Rubén Darío
José Francisco Terán

PRÓXIMAS PUBLICACIONES

Serie Pablo Antonio Cuadra

Mayangna, Nosotros – Apuntes sobre la historia
de los indígenas Sumu
Freiherr Götz von Houwald



Las primeras historias sobre la Costa Atlántica de Nicaragua se conocieron a través de las crónicas dejadas por varios navegantes, entre ellos algunos piratas, aventureros y traficantes que solían visitar el litoral para intercambiar productos con los nativos, especialmente Miskitos, con quienes cimentaron una alianza que duraría más de dos siglos.

Aventuras de bucaneros-escritores en el siglo xvii, como las de Esquemeling, Dampier y De Lussan, fueron publicadas exitosamente en Europa. Relatan sus incursiones por el litoral caribeño, así como asaltos a las poblaciones españolas de costa del Pacífico. La enemistad de los Miskitos instigada por los ingleses, que estaban asentados en su territorio en los años de 1700, obligó al gobierno colonial a incursionar, reconocer y tratar de ejercer control sobre La Mosquitia, como entonces se llamaba la Costa Atlántica de Honduras y Nicaragua.

Este libro recoge la narración aventurera de aquellos tiempos. Presenta algunas crónicas de fuentes originales, extractadas y traducidas de libros escritos en inglés y francés por los mismos protagonistas que realizaron o vivieron dichas hazañas, complementadas con ciertos testimonios de autoridades españolas de la época colonial, entre los pocos que se han conservado desde entonces.

ISBN 9924-53-16-8



9 789924 531621